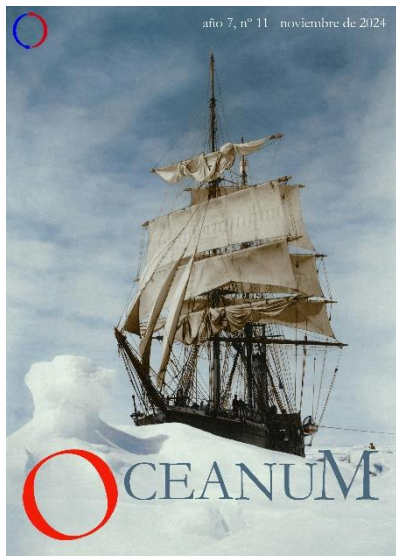


año 7, nº 11 noviembre de 2024



OCEANUM



ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 7, nº 11

Noviembre de 2024

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Osvaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

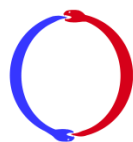
Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



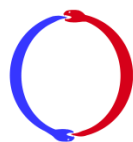
a literatura anda con prisa. Cuando se produce alguna noticia literaria, *Oceanum* la anota para hablar de ella en la sección “Espuma de mar”, pero cuando llega el momento de confeccionar esa sección, la mayor parte de las noticias acumuladas lucen una pátina añeja y, lejos de haber aportado un punto de maduración, bien parecen exhalar un tufillo a podredumbre similar al que produce la carne en descomposición. ¿Para qué publicarlo si hace un mes ya? No interesa. Hasta los muertos recientes parecen momificados. Todo lo pasado pertenece a otra época, a pesar de que solo pasa un mes entre número y número. Los tiempos son así, desmemoriados, y el mundo de la literatura no es más que una consecuencia de esos tiempos, así que corre con ellos y ¡ay de quien no pueda seguirlos! Sí, la literatura anda con prisa.

Aún no nos habíamos repuesto del Nobel a Han Kang —libreros apresurándose a poner en su escaparate algún libro de la escritora coreana, no lo tengo, pide un par de títulos al distribuidor, llegan pasado mañana..., críticos lanzados a juntar letras a ritmo de ariete, a veces, incluso leyendo—, y llega el Nacional de las Letras para Manolo Rivas, unos días después, el Cervantes para Álvaro Pombo. Nombres más familiares. La campana no deja de sonar para advertir de nuevos acontecimientos. Es un no parar, el otoño que se calienta y los tomos que se acumulan en la estantería de las lecturas necesarias, quizá en la de las lecturas urgentes. Hay que estar al día. Y entre una y los otros, se asoman, como cada otoño, Pérez Reverte y el Premio Planeta (nos olvidamos de él en el número anterior y eso que siempre da para meter cuchillo). Del primero hace años que no leo ninguna novela y del segundo, confieso que no recuerdo a quién se lo dieron. Tampoco me importa mucho, seguro que está en primera fila en el sucedáneo de librería de cualquier centro comercial. ¿Se lo envuelvo para regalo? No, deje, solo estoy echando un vistazo a la portada. Ya lo olvidaré después.

Miguel A. Pérez



6	La galera		
	Entrevista a Arnau Blanch	Ginés J. Vera	6
	<i>Las afueras del amor</i> , Luis Acebes	Miguel A. Pérez	10
15	Dentro de una botella		
	Avicena: inteligencia y derecho	Diego García Paz	15
	<i>Un detalle menor</i> , Adanía Shibli	Pravia Arango	19
21	Estelas en la mar		
	Con la poetisa Erika Martínez	Encarnación Sánchez	21
24	Boga de ariete		
	El teatro representado por mujeres en el Siglo de Oro: La Baltasara y La Calderona	Pilar Úcar	24
29	¡Avante toda!		
	Entrevista a Ada Bruguera, Llibrería Finestres (Barcelona)	Pravia Arango	29
34	Anaquido kalimat		
	عناقيد كلمات "مخيلة", محمد تنفو		
	"Fantasía", Mohamed Tinfou	Encarnación Sánchez	34
	Crítica al relato de Mohamed Tinfou	Víctor Hugo Pérez Gallo	38
40	L'imperceptible écume		
	Olivier Lechat	Miguel Ángel Real	40
46	Outros mares		
	Miño	Augusto Guedes	46
49	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		50
	Con un toque literario	Goyo	54
	Noticias breves		56



57 Gran Sol

El santo de la Isidra (sainete en un acto)	Carlos Arniches	57
--	-----------------	----

93 Nuevos horizontes

He-Man	Oswaldo Beker	94
--------	---------------	----

La semilla del mal	Ginés J. Vera	98
--------------------	---------------	----

La estación de Canfranc	Encarnación Sánchez	105
-------------------------	---------------------	-----

Tantos países han viajado por mí	Ángela Martín del Burgo	109
----------------------------------	-------------------------	-----

Viaje por los infinitos olivos	Goyo	113
--------------------------------	------	-----

Fantasía en fa menor	Miguel Quintana	116
----------------------	-----------------	-----

141 Créditos de fotografía e ilustración

Entrevista a Arnau Blanch





Ginés J. Vera



Para nuestro número de *Oceanum* de noviembre, he querido dar voz a alguien que la ha usado desde la faceta artística musical.

Me refiero a Arnau Blanch (Barcelona, 1993). Blanch estudió Comunicación Audiovisual, fundó la productora Stupendastic Films y apartó el proyecto para recorrerse toda España con su grupo Arnau Griso, creado en 2011, junto al también vocalista Eric Griso. Tras la disolución de la banda, en 2022, Blanch decidió plasmar sobre el papel una historia que desafiase lo políticamente correcto, los conflictos y las contradicciones de la sociedad actual. *El odio mueve el mundo* es su primera novela.

Siendo su primera novela y habiendo leído que la escribió en un periodo de cambios, no quiero dejar pasar la oportunidad de preguntarle por el origen y las motivaciones de *El odio mueve el mundo*.

Llevo toda la vida queriendo escribir una novela. Era una especie de reto personal, hasta que, en 2020, le dije a la pandemia “sujétame el

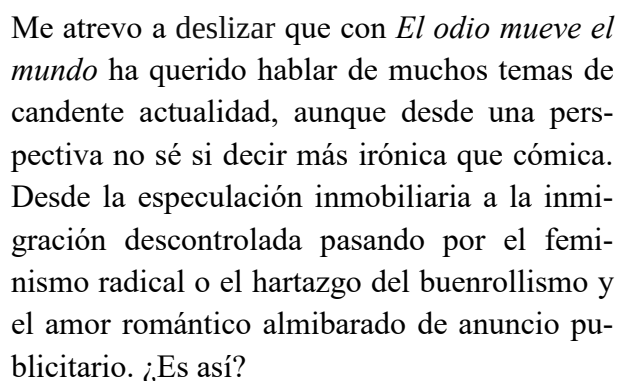
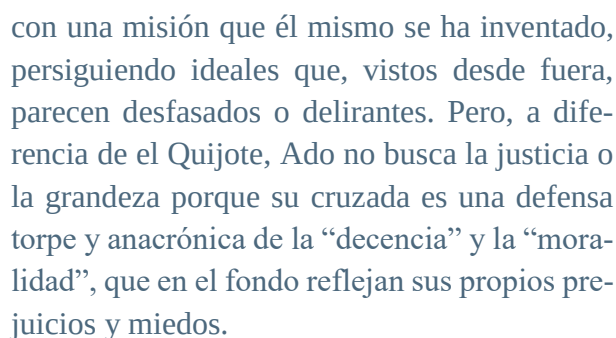
cubata” y me puse a escribir como un loco. Sabía que quería meter mucho humor, porque con tanta locura alrededor, necesitaba reírme mientras escribía. Pero también quería crítica social, para profundizar en temas que me intrigan y que, de otra forma, quizá nunca hubiera explorado.

Lejos de querer etiquetarla, al igual que hay *road movies* existen novelas como *El odio mueve el mundo*, *road novels*, en las que el viaje vertebraba la trama. Me sirve para preguntarle por sus novelas de juventud, sus lecturas fetiche y, si gusta, de alguna película de la que sea fan.

Me formé en Comunicación Audiovisual, pero creo que era el menos cinéfilo de la clase, lo que siempre me generó un poco de complejo. Ahora ya ni hablemos, porque encontrar tiempo para ver una peli o leer un libro... se me hace difícil. Sin embargo, escribir esta novela me obligó a leer para inspirarme y rescatar ese placer perdido. Algunos de los libros que más me influenciaron son *La conjura de los necios*, *On the Road* y *Miedo y asco en Las Vegas*. En cuanto a películas, te diría *Trainspotting* o *El gran Lebowski*. Ambas tienen esa mezcla entre lo surrealista y lo humano que intento transmitir.

Algo de quijotesco hay, se percibe, incluso se deja leer en algunos guiños en esta novela. El Caballero de la Triste Figura liberó a unos presos que iban a galeras, por ejemplo; por no hablar de la embestida contra los molinos, todo y que nuestro protagonista no monta a Rocinante, precisamente. ¿Los españoles tenemos algo de quijotes, sobre todo cuando salimos de nuestra piel de toro? ¿Ado es en parte un icono del español que se resiste a los cambios de esta sociedad líquida?

Ado es una mezcla absurda entre el Quijote, el Lazarillo de Tormes y Torrente. Tiene esa famosa picaresca española, ese cinismo y obsesión extrema que lo convierten en un antihéroe peculiar. Como el Quijote, está obsesionado



Exacto. La crítica aparece desde la tragicomedia, aprovechando que lo más serio se entiende mejor desde el humor. Supongo que, al ser mi

primera novela, tenía la necesidad de meter todas mis preocupaciones vitales comprimidas en un .zip de 344 páginas.

Otra frase que he que he extraído de *El odio mueve el mundo* es un pensamiento delicioso de Ado, cuando reflexiona acerca de que de todas las batallas que han determinado la evolución del hombre, la única conclusión extraíble es que “es mejor ganar una guerra sin honor que perderla con dignidad”. Creo que esto se ve mucho actualmente en política, por ejemplo. ¿Nos la comenta?

Hoy en día parece que lo importante no es decir la verdad, sino que te den la razón. Es como si la moral y la dignidad fueran lujos que no te puedes permitir si quieres ganar una discusión. Y lo vemos a diario en debates en los que las ideas parecen importar menos que la dialéctica.

Me ha gustado mucho *El odio mueve el mundo*, es irreverente, descarada, tierna y meditativa casi en cada capítulo, además de adictiva por la agilidad de su lectura. No sé si, además de disfrutarla como lectores, le ha servido como terapia, como exorcismo de algo que necesitaba contar, propio o ajeno, ¿quizá una parte de Arnaud Blanch está entre estas páginas...?

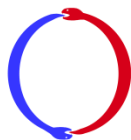
Escribir *El odio mueve el mundo* fue un aprendizaje brutal, tanto en la técnica de la escritura, que desconocía y tuve que aprender sobre la marcha, como en la investigación de temas que me resultaban ajenos, como el universo LGTBI+ en Irán. Pero más allá del reto intelectual, este libro fue, sobre todo, una terapia. Lo escribí durante dos momentos muy duros de mi vida: en 2020, después de una operación de pólipos en la garganta, y de nuevo en 2022, tras una segunda intervención que me dejó varios meses sin poder cantar. Además, tuve que lidiar con una depresión y la disolución de Arnau Griso, mi banda y proyecto de vida.



Como todo autor, hay algo de mí en estas páginas, aunque no me vea reflejado ni en el narrador ni en el protagonista. En cierto modo, escribir fue mi forma de canalizar el caos y la frustración, de darle un sentido a todo aquello que me resultaba difícil de aceptar. Ojalá este libro consiga transmitir mis ideas de forma correcta y que entretenga y eduque a partes iguales.

Las afueras del amor, Luis Acebes





Miguel A. Pérez

Hay dos tipos de libros, los que tienen prólogo y los que no. Quizá sean tres las categorías: los que tienen prólogo y merece la pena leerlo; los que lo tienen y no es más que un añadido para saciar algún ego, para arrimar una brasa caliente a una sardina anónima a modo de loa, para ser “un hombre a una nariz pegado”, para explicar lo que el autor no ha conseguido dejar claro o para repetir lo mismo de otra manera, como si el lector padeciese algún tipo de discapacidad mental que le dificultase la comprensión lectora; luego están los libros que no lo tienen porque no lo necesitan. Quizá sean más los tipos y el asunto no permita

simplificaciones. El caso es que *Las afueras del amor*, de Luis Acebes, no tiene prólogo y se lo agradezco al autor, a la editorial Páramo y a quien haya sido responsable de esta edición. No me gustan los prólogos, me los salto, paso las hojas con prisa a la búsqueda del capítulo uno —o lo que corresponda—, mientras no puedo evitar pensar que esas páginas, carne de olvido sin lectura, son papel malgastado, árboles que deberían seguir vivos y que han ofrecido su savia y sus hojas para nada.

Si el no-prólogo es el primer acierto del libro, título y cubierta constituyen el segundo. No es fácil poner título a un libro. A veces, nacen sin nombre y deben reposar un tiempo hasta que toman forma; otras, lo gritan desde la primera frase, lo que suele indicar que el autor sabe lo que quiere contar, lo que quiere escribir, y lo tiene tan asumido que es capaz de hacer un resumen en muy pocas palabras. Con la estructura más habitual en los títulos (artículo + sustantivo + preposición + artículo + sustantivo) y la construcción recomendada de artículo determinado y la preposición “de”, *Las afueras del amor* no solo cumple con las normas, sino que es una perfecta sinopsis del contenido, en sintonía con la imagen de la cubierta, la expulsión de Adán y Eva del Paraíso¹ según la pintura de Jean-Achille Benouville, uno de los más reconocidos paisajistas del siglo XIX. Esa identificación del amor con el paraíso, presente de una forma u otra a lo largo de toda la narración, hace innecesaria cualquier otra explicación adicional para advertir al lector acerca de lo que se va a encontrar en las páginas de la obra. Así, me resulta sobranter la pequeña sinopsis que figura en la contracubierta, único desacierto de la edición, por antiestética y superflua. Además, difuminan ligeramente las hermosas palabras dirigidas a M que, por sí mismas, son el anzuelo por el que atrapar a quien se acerque al libro como lector potencial.

¹ *Adam et Ève chassés du Paradis terrestre* (1841), Besançon, musée des Beaux-Arts et d'Archéologie.



LAS AFUERAS DEL AMOR

Luis Acebes



editorial PÁRAMO

Las afueras del amor, Luis Acebes
(octubre de 2024)
14,5 x 23 cms.
Nº de páginas: 112
ISBN: 978-84-128896-1-1

Las afueras del amor es la primera incursión de Luis Acebes (Madrid, 1966) en el mundo de la narrativa, tras haber publicado varios poemarios, *Música ligera* (Poesía Eres Tú, 2008), *Explosiones nucleares en una caja de zapatos* (Vitruvio, 2013), *Corte a sección de mi vida con un cuchillo blanco de plástico* (Ediciones en huida, 2015), *Fatiga terrestre* (Ediciones en huida, 2016), *Los días del mundo* (Karima, 2015), *El don de la enormidad* (Trea, 2019), *Instrucciones para bailar la bamba* (Trea, 2023) y *La luz no es de nadie* (Pie de página, 2024). Con estos precedentes, no queda más remedio que pensar que la poesía, como algunos sacramentos, imprime carácter o establece alguna forma de descubrimiento espacial en el cual el poeta se siente cómodo para contar

como sabe contar, más allá de que el vehículo o instrumento literario elegido sea un poemario o un texto en prosa con aspecto de narrativa.

Huele a poesía. Las metáforas abundantes, el texto cuidado en el ritmo de las frases y de los párrafos sitúan al lector ante una lectura tan cómoda y agradable que lo envuelve y lo conduce hasta el propio mundo del autor que no es otro que su propio yo, sea real o ficticio, que eso poco importa. Desde este punto de vista, las afueras del amor no son otras que las afueras de la poesía. Luis Acebes pretende autoexiliarse del paraíso poético, supongo que sin el concurso de ningún ángel armado y de gesto severo, supongo que alentado por la serpiente ladina que habita los árboles de la literatura y que ofrece manzanas y otras frutas para invitar a quienes quieran escuchar sus silbidos hipnóticos a explorar nuevos cauces y nuevas formas de expresión. No lo consigue o, al menos, no lo consigue del todo. Como decía antes, *Las afueras del amor* huele a poesía, de modo que la incursión en la narrativa no queda desvinculada de la poesía, quizá porque los poetas no pueden huir nunca del “paraíso poético”: allá donde vayan, seguirán impregnándolo todo de esa misma poesía. Hace mucho tiempo, cuando vivía Isaac Asimov y desenmarañaba la ciencia para ofrecerla en píldoras comestibles para los lectores, le preguntaron qué había más allá del universo. Contestó que la pregunta carecía de sentido porque si alguien consiguiera cruzar esa hipotética frontera, su mera presencia significaría que allí también habría universo. Del mismo modo, si un poeta se pregunta qué hay más allá de la poesía, la respuesta sería similar. Si vas, más poesía.

El aspecto formal del texto, a ritmo balsámico, facilita la lectura y establece un contexto en el que se desarrollan los acontecimientos narrados con una mínima incursión a los diálogos o a los parlamentos, ocultos en el propio texto en las contadas ocasiones en que alguno de los personajes toma la palabra. El autor los ata en corto



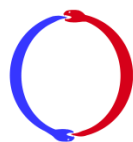
y les limita la expresión oral para pasar a describirnos lo que hacen o piensan bajo una mirada subjetiva de narrador en primera persona con alguna concesión omnisciente que, por tratarse de paraísos terrenales —dentro o fuera importa poco—, termina por adquirir toques de divinidad. Quizá estas contadas ocasiones de ascensión omnisciente a los cielos es lo único que rechina un poco en la puesta en escena, en la fotografía de los personajes, sobre todo cuando podría haber sido contado mediante algún parlamento más, aunque eso significase abrir un poco la jaula en la que están sus personajes y situarse por completo en el mundo de la narrativa, donde los protagonistas de las novelas suelen adquirir vida propia, a menudo contra los designios o los deseos del autor.

Esa visión subjetiva no es más que un detalle menor en la construcción de los personajes, trabajada y eficaz hasta la credibilidad, la aspiración de cualquier narrador, hasta que el lector se llegue a preguntar si la historia es real. La verdad es que no lo sé y puedo añadir que importa poco. Se trata de una novela, donde el autor no solo tiene licencia para mentir, sino la obligación moral de hacerlo y, además, convencer al lector de que lo que está leyendo es tan real como la vida misma. Conseguido. Cualquiera puede haber conocido a Natalia⁴⁵, una de las protagonistas de la novela. Se pudo llamar Rosa³⁸ o Linda⁴⁷. Un nombre ficticio seguido de unos guarismos que anuncian una edad quizá también ficticia son comunes en las redes sociales y en las páginas de contactos, una identidad oculta que establece una barrera de seguridad contra lo que pudiera ocurrir en el futuro. Reconozco que ese tipo de nombres fulanito+numerito me conducen siempre a *La fuga de Logan* (*Logan's Run*, novela de ciencia ficción escrita por William F. Nolan y George Clayton Johnson y publicada en 1967) y a sus protagonistas, Logan⁵ y Jessica⁶, quienes también salen de un supuesto paraíso terrenal para buscar respuestas en sus afueras. Ahí acaban las coincidencias. *Las afueras del amor* es un viaje

interior en donde el amor representa ese paraíso al que siempre se quiere volver y que, en ocasiones, se dibuja y se disfraza de mil formas para mantener sexo, amistad o compañía, sobre todo cuando, sobrepasadas con rotundidad las edades juveniles, esos años en que somos inmortales, más se valora el calor humano. De todo ello nos habla Luis Acebes y su personaje-narrador, un *boomer* de las últimas cosechas (así lo indica una de sus hijas en un pasaje del texto) quien, expulsado del amor del matrimonio, vaga sin un rumbo fijo por las afueras de ese amor, mientras sujeta su propia existencia en la solidez escasa de encuentros que resultan ser artificiales o, en el mejor de los casos, un mero intercambio de fluidos y satisfacción de necesidades. Mientras detalla sus propios pasos, a la vez que dibuja el tributo inevitable que hay que pagar al envejecimiento o las limitaciones impuestas por el propio contexto familiar nunca exento de problemas, la voz narrativa traza la historia paralela de sus propios padres, también expulsados del paraíso —otra serpiente, ya sabe usted que para eso están los ofidios— sin que se quiera dejar claro que son sus progenitores biológicos o sus progenitores primigenios, diez mil generaciones atrás. Padre e hijo se miran y se entienden.

Si encuentra el amor o no y si termina regresando de las afueras, ya sea al paraíso primigenio o a otro cualquiera, es algo que le invito a descubrir en las páginas de la novela *Las afueras del amor*, un libro que puede leerse más de una vez. Empezce por el final, por la contracubierta, allí donde dice:

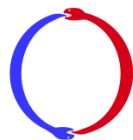
Nadie debería contar nunca nada. Así empezaba una de las mejores novelas que he leído. Nunca deberíamos abrir la boca y empezar a largar, porque las palabras ni tienen vuelta ni conocen otro camino que el que les marca la inercia. Pero tenía que contártelo, M. Quería que supieras. Ahora que ya sabes podrás saber a quién amas, quién es ese hombre que te esperaba junto



a la estatua del oso y el madroño con un anillito de plata. Ya ves. La vida es curiosa y terca y torpe y desmemoriada para lo que quiere. En cambio, para otras cosas es puntillosa como una vecina indeseada.



Avicena: inteligencia y derecho



Diego García Paz

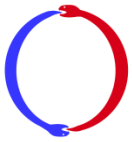


Avicena es el nombre latinizado de Ibn Sina (980-1037), gran intelectual persa, que, como ocurrió con otros eminentes pensadores de la humanidad a lo largo de la historia, no se circunscribió a una sola faceta del saber, sino que entendió el conocimiento como la suma de todas las disciplinas: astronomía, ciencia, medicina..., hasta así conformar, en plenitud, una tesis filosófica completa. Avicena fue lo que hoy llamaríamos un niño de altas capacidades o superdotado: con catorce años, poseedor de una memoria prodigiosa, recitaba el Corán en su integridad y estudiaba de forma autodidacta. Hasta tal punto fue Avicena avanzado que, siendo un adolescente, ya tenía fama como médico y había salvado la vida de un emir. Escribió más de 300 libros, entre ellos, su *Canon de Medicina*. Trabajador incansable, por las

mañanas se dedicaba a sus labores profesionales y por las noches, a la ciencia. Una vida tan intensa y llena de actividad que le llevó a un agotamiento físico y mental y a su fallecimiento a los cincuenta y seis años.

Como he referido, Avicena se dedicó a prácticamente todas las actividades intelectuales posibles, con una especial preponderancia en la medicina. Pero, si atendemos a sus tesis filosóficas, podemos extraer conclusiones muy relevantes para su aplicación a la materia jurídica.

Nuestro autor recibió la influencia esencial de Aristóteles y la conjugó con las tendencias neoplatónicas, para construir una nueva concepción de la metafísica y explicar el concepto del ser. Bien es cierto que tuvo que estudiar muy profundamente la metafísica aristotélica, que consideró compleja, hasta llegar a entenderla como deseaba y debía. Para Avicena, en primer lugar, la realidad se compone de esencia y ente. La primera, abstracta y el segundo, concreto. La primera, necesaria y el segundo, contingente. La conformación de la realidad se produce cuando sobre el ente, cuya existencia es meramente una posibilidad, actúa la esencia universal y abstracta a modo de causa. Así, el ser humano (ente) existe porque sobre él actúa la causa esencial (Alá, como primer motor divino) que lo dota del componente espiritual. De modo que el ente (transitorio) no puede existir sin intervención de la esencia (eterna). Ente y esencia conforman al ser. Y, en segundo lugar, del análisis del propio ser humano, concluye la confluencia en él de dos modalidades de inteligencia: el intelecto activo o agente y el intelecto pasivo o paciente. Este último actuaría como un verdadero receptor de las señales de la inteligencia activa, procedente de un ámbito superior, que dota a ese receptor de su individualidad, criterio y personalidad propia. Sin la actuación de la inteligencia activa superior, la pasiva es una mera potencia, no llega a materializar una sustantividad.



Como puede comprobarse, toda realidad en Avicena es, en cierto modo, una composición de dos elementos: el material y el espiritual, el empírico y el metafísico, indisolubles para que aquello que estimamos real efectivamente así lo sea.

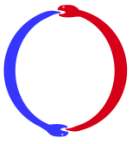


Fragmento de القانون الطب (Canon de medicina) en una edición de 1597.

Por lo tanto, si estas tesis explican toda realidad, su traslado al derecho es evidente: el derecho positivo —las normas jurídicas escritas— que no tenga un fundamento primero que lo legitime, que lo justifique esencialmente, queda en una mera potencia de lo que debe ser, como instrumento para llegar a la justicia. Sobre este derecho debe incidir un componente superior, ubicado en otro plano, que lo dote de fundamento, de legitimidad. En definitiva: que motive racionalmente la necesidad y pertinencia de esas normas jurídicas. De nuevo, todos aquellos postulados metajurídicos propios de la ética, particular y pública, el acervo de principios y valores ubicados en un ámbito filosófico y racional,

aquello que tantos autores denominaron derecho natural, desde sus diversas perspectivas y tesis, dota de vida y razón de ser a las normas jurídico-positivas. Estas normas no pueden existir (considerando la existencia como un acto filosófico de necesidad) si en ellas no concurre una causa primera, una inteligencia activa o agente. Con el devenir de los tiempos, y sobre todo con el racionalismo y el posicionamiento del discernimiento humano por encima de los dogmas y de las atribuciones divinas, esta esencialidad del derecho vino determinada por la razón, de la que emanaron los derechos humanos y los valores primordiales. Es algo patente que cuando en la actualidad nos encontramos con leyes que producen unos resultados prácticos incomprensibles e incluso perjudiciales, vemos que la justicia no se hace presente en su aplicación, y ello es así porque esas leyes carecen de razón auténtica que las justifique, estando desprovistas de aquel elemento trascendente (esto es, de su esencia) que determina que sean un acto de necesidad, y por lo tanto podemos comprender que, en verdad, no existen como verdaderas leyes, sino que se manifiestan como algo meramente potencial, en tanto que incompleto y por ende imperfecto: una forma, un mero revestimiento, una apariencia de aquello que no son verdaderamente y cuyo nombre adoptan, cuya plasmación material, su efecto práctico, no es otro que la injusticia, lo que también revela cuál es su naturaleza genuina, alejada del fundamento del auténtico derecho, que es la suma de ética y de norma positiva.

Avicena fue un adelantado a su tiempo, una mente preclara; creó su propia tesis y fue el catalizador del saber griego hacia el pensamiento posterior, influyendo en el gran Averroes, en la escolástica, y anticipando, con su planteamiento de la inteligencia y su vinculación con el ser, un postulado filosófico que marcó, siglos después, un hito para la humanidad: *cogito ergo sum*, pienso luego existo.



Un médico ignorante es el ayudante de campo de la muerte.

El primer paso para la ignorancia es la arrogancia.

El conocimiento de cualquier cosa, dado que todas las cosas tienen causas, no es adquirido o completo a menos que sea conocido por sus causas.

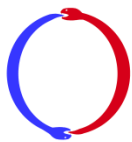
El candil o lámpara, representa la inteligencia adquirida, ya que la luz es una perfección para lo transparente, y deposita en la inteligencia material a la inteligencia adquirida convirtiéndola en un reflejo de sí misma.

La vida es como un viaje, y cada experiencia es un paso más hacia la sabiduría.

La verdad es la base de la Justicia y la equidad.

Un detalle menor, Adanía Shibli





Pravia Arango

acaba hartando al lector (véase la calentabraguetas). *The same, the same*. Ambas me dejaron indiferentes (recuerden que voy sin filtros), sin mariposas en el estómago según los enamorados.

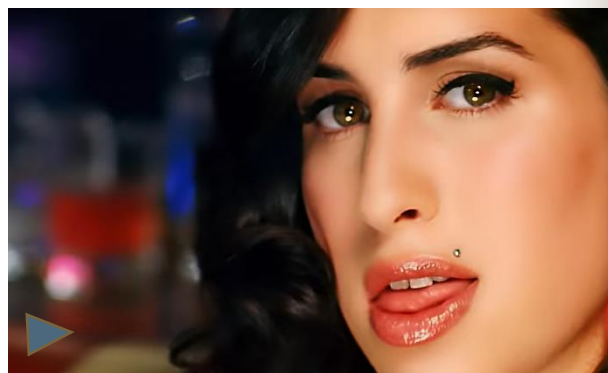
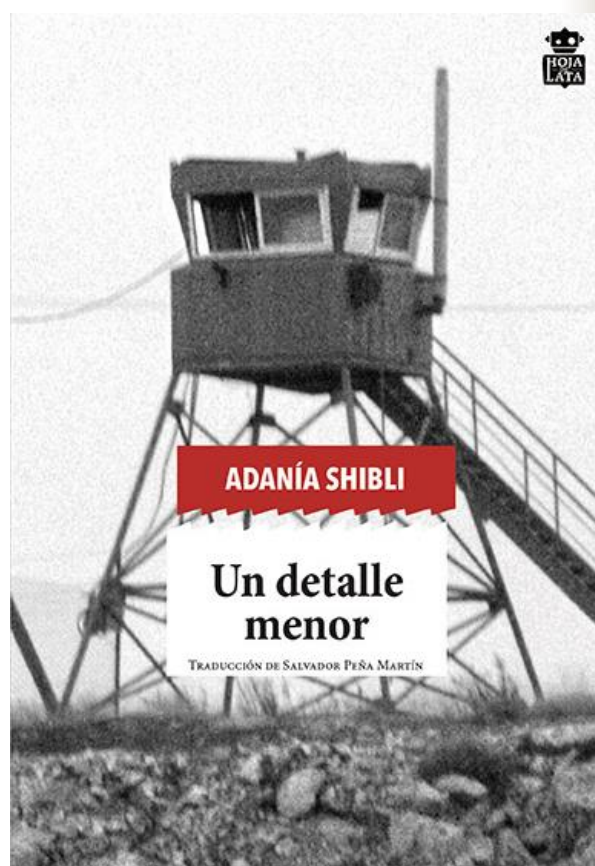
Pero aquí queda una novela de una palestina, una novela que obedeció al *léela, léela* de una de mis *influencers* literarias.

Les dejo con una foto de la edición de Hoja de Lata y con un tema de Amy Whitehouse.

En palabras de la escritora egipcia Ahdaf Soueif, Adanía Shibli es la escritora de la que todo el mundo habla en Cisjordania.

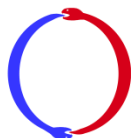
De acuerdo. Estudiaba yo COU y tuve que leer *L'Étranger*. Pues bien, *Un detalle menor* me retrotrajo a la novela de Camus. Seguro que el recuerdo es mentiroso y para salir del error tendría que releer *El extranjero*, pero no voy a hacerlo. Mi colaboración en *Oceanum* se limita al puro disfrute, pues “al cabo nada os debo, me debéis cuanto he escrito” (Antonio Machado).

Sea la memoria mentirosa o no, la explicación vale. Ambas novelas abrieron en mí una expectativa, una ansiedad y desazón continuas que en el caso de la escritora palestina se resuelve en el párrafo final de dos líneas, y ese recurso





Con la poetisa Erika Martínez



Encarnación Sánchez Arenas

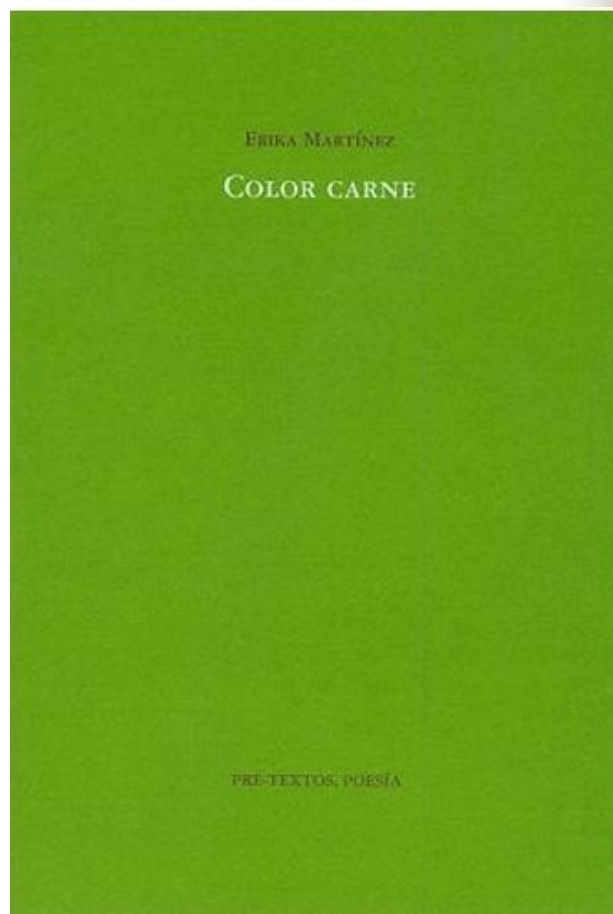
de la relación de descendencia en su árbol genealógico, negando en ocasiones la maternidad, como nuevo modelo femenino (“Perverso polimorfo”, *Color carne*, 2009), como apunta Nerea Aguilar Aguilar en *El sujeto erótico y el cuerpo en la poesía de Miriam Reyes, Julieta Valero, Erika Martínez y Raquel Lanseros* (2023) e-spacio.uned.es.



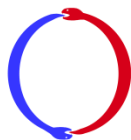
Erika Martínez (Jaén ,1979) es una poeta española residente en Granada.

Entre sus poemarios, tenemos *Color carne* (2009), *Lenguaraz* (2011), *El falso techo* (2013), *Chocar con algo* (2017), *La bestia ideal* (2022).

Erika Martínez pretenderá reclamar la materialidad de ese cuerpo que todo lo engloba, reflexionando en su poesía sobre «las relaciones y sucesos del mundo», dándoles «corporeidad e impacto sobre lo concreto» (García-Teresa, 2018, p.119). El cuerpo será representado como algo trascendental (“Abolirse”, *Chocar con algo*, 2017), que a través de las cicatrices experimenta y vive (“Mal de altura”, *Color carne*, 2009). La maternidad para Martínez estará también relacionada con el concepto de pervivencia humana (“Genealogía”, *Color carne*, 2009) y



La poesía como una herramienta para remover la noción de la historia; la poesía implicándose en la historia, a través de la búsqueda de una reflexión que busque preguntas en el pasado y genera nuevas miradas sobre lo mismo. Esta parece otra interesante razón para leer a Martínez. En *El falso techo* hay mucho de esa mirada, sobre la historia como espacio donde la poesía puede actuar, pero sobre todo lo vemos en *Chocar con algo*, donde todo lo que nos obstaculiza puede dar lugar a una invitación para pensarnos de otra forma. Algo sumamente interesante si se quiere.



Y esto quizá tenga mucho que ver con la estética que atraviesa los versos de Martínez, siempre cerca del ensayo y del relato narrativo, donde la música la pone un ir en contra de lo predecible, y la rima está más cerca de la que nos ofrecen los aforismos que de la poesía como suelen explicárnosla. La poesía sin fronteras de Martínez es innovadora para el género y para lo que parecemos proponernos incluso los poetas; y es una invitación a remover los paradigmas y reinventarnos. Si ya no estamos protegidos, si en ningún lugar podemos estar protegidos, entonces debemos reconsiderar la idea o el concepto que tenemos de sociedad, de grupo, y los límites que podemos permitirnos como individuos para impedir nuestra alienación. Esa creo que podría ser la mejor manera de invitarte a la lectura de estos dos poemarios deliciosos. Encontrarás poemas curiosos, emotivos, sensuales, eróticos y políticos y descubrirás a una autora de la que ya no podrás desprenderte, como indica Tes Nehuén en [su blog](#).

Cito dos aforismos de Erika Martínez:

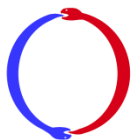
Todo el mundo cae. Sólo en algunos permanece la altura.

Sólo la juventud es suficientemente osada para escribir aforismos, sólo la vejez suficientemente sabia. Los aforismos son un género imposible.

Texto publicado en el *Diario Jaén* el 21/9/2024



El teatro representado por
mujeres en el Siglo de Oro:
La Baltasara y La Calderona



Pilar Úcar Ventura

observar la propia historia del momento: lances novelescos, pícaros y aventuras amorosas, episodios militares, maridos cornudos y hazañas religiosas...

En medio de este panorama cultural, destacan dos actrices, muy famosas y polémicas en el siglo XVII, apodadas la Baltasara y la Calderona: a través de sus vidas vamos a recordar la Comedia Nacional, tan denostada por los Borbones y los afrancesados que llegaron con el neoclasicismo dieciochesco (pero este fleco para otra ocasión).

Gracias a estas mujeres avanzadas para su tiempo y avezadas en lides vitales, descubrimos una visión histórica sobre los roles de género en aquellas décadas; son dos ejemplos de féminas, decididas, que ayudan a comprender cómo las mujeres influyeron en un momento convulso lleno de limitaciones sociales. El teatro desafiaba las normas seculares marcadas por la tradición de un pasado que ensombrecía y solapaba a las mujeres.

Al descubrir el devenir de ambas actrices, observamos sus valiosas lecciones de empoderamiento —en la medida de lo posible, ¡qué duda cabe!— y su contribución no solo a la agencia femenina, sino también a la expresión artística.

Conocido resulta el ambiente “farandulero” que conformaba las compañías dramáticas —desde un actor a ocho o diez—: gentes miserables, andariegas, próximos a los antiguos juglares, que se subían a tablados improvisados en las plazas públicas, tabernas y patios de posadas o de viviendas. Con tal de actuar, por un mendrugo, algo de comida y un pajar o un jergón donde dormir, satisfacían sus peticiones; eran llamados los actores, gente de mal vivir, peor comer y poco dormir. Sabemos que, según el resultado de su representación, debían salir por piernas de la localidad para no volver.

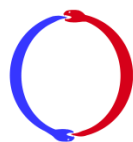


Que el teatro era un espectáculo del gusto de la población en el Siglo de Oro español, es incontestable. Desde el soldado hasta

el rey, el ama de casa y la doncella, los niños y los nobles, todos compartían aplausos en los patios de vecindad, los corrales de la época, donde se representaba la vida misma “ficcionalada” sobre las tablas.

Los Austrias fueron unos grandes promotores de la dramaturgia áurea, todo un género muy exitoso durante la centuria del Barroco, principalmente.

El teatro constituye una auténtica función de masas en el que el espectro social se reúne para



Famosas las ciudades de Valencia, Sevilla, Toledo, Barcelona y Madrid y famosos el Corral de la Pacheca (D^a Isabel de Pacheco), el Teatro de la Cruz y el Teatro del Príncipe, por ejemplo. Modelos de edificaciones cuyo origen partía, en el mejor de los casos, de patios de vecinos sin cubrir y sin asientos; la comodidad la disfrutaban las clases favorecidas y privilegiadas, nobles, aristócratas y reyes que ocupaban habitaciones de las casas, ventanas y balcones, galerías y pasillos (previo pago de su alquiler) a lo largo de las horas que duraba el espectáculo. Algunos tejadillos cubrían el escenario y los laterales, para dejar el patio al público masculino, los mosqueteros o la “bestia fiera” de cuya voluntad y capricho dependía la supervivencia de la pieza o su hundimiento. Al final y al fondo, como diríamos hoy, estaba la cazuela, lugar reservado para las mujeres y los niños, un auténtico “gallinero” en el que las madres amamantaban a sus pequeños, y los jóvenes entraban, corrían, paseaban: una algarabía difícil de acallar durante la escenificación de todo lo que pasaba sobre la tarima: sin decorado por su elevado coste, las cortinas de diferente color daban las pistas: la noche, una tempestad, el amanecer..., la palabra del actor y la imaginación del espectador, fundamentales para componer el cuadro completo de una tarde (los jueves y los domingos) que se iniciaba con el recitado de un romance o una loa a la que seguía un baile y el primer acto de la comedia, un entremés y el segundo acto, una jácara y el tercer acto. Entretenimiento *non stop*, no fuera que desapareciera el interés..., un miedo al vacío y a provocar el aburrimiento con el descanso, y la inacción podía suponer no llenar la “bulsaca” o no comer tras la función.

Ya con Felipe II y después con Felipe III, parece que hubo restricciones en cuanto a ciertos temas provocativos que se cantaban en los entreactos y en que la mujer interpretara papeles masculinos (muy del gusto del pueblo) hasta llegar a la prohibición —transitoria, en reali-

dad, como veremos más adelante— de que pudiera subirse al escenario, cuyos papeles eran representados por muchachos. Podemos afirmar que el teatro era un espacio de libertad insólito para las féminas en el Siglo de Oro; así, en Inglaterra no se les permitía ser actrices y en Francia estaba muy mal visto. En Italia sí podían, pero allí entonces no había un sistema teatral estructurado. En España, en cambio, las mujeres no solo actuaban, sino que dirigían sus propias compañías, eran empresarias, sabían leer y escribir, participaban de la vida intelectual, se relacionaban con dramaturgos y nobles. Eso sí, estaban obligadas a casarse para poder trabajar en los corrales.

Y ahí, entre ese ambiente de batiburrillo político y económico en medio de la vorágine militar y religiosa, surge una actriz “travestida” y ermitaña: La Baltasara, toda una vida que cruzó los límites de la realidad y se hizo teatro, comedia musical y texto literario. Pocos y controvertidos son los documentos que se conservan de su devenir y muchos se han reconstruido a partir de las comedias de santos, tan prolíficas en esta época.

Ana Martínez o Francisca Baltasara de los Reyes, apodada La Baltasara, su *nom de guerre*, nace el día de Reyes en el Madrid de Felipe III.

Rojas Zorrilla (1607-1660) y Vélez de Guevara (1579-1664) elogiaron los papeles dramáticos que representó esta conocida actriz ataviada de hombre. Su fama y su arte corrían en coplas:

*"Todo lo tiene bueno la Baltasara,
todo lo tiene bueno, también la cara".*

Bella, graciosa y muy popular, en pleno éxtasis de su vida profesional y personal, sintió la llamada divina y dejó “*tou à coup*” las bambalinas para recluirse monacalmente en un cenobio consagrado a Juan el Bautista en la región de Murcia. A pesar de los intentos por parte de admiradores propios y ajenos de que “colgase los



hábitos”, se mostró contumaz; eso sí, parece que nunca dejó de danzar bailes castizos en los alrededores de la ermita.



De las tablas donde disfrazada “a lo garçon” hacía las delicias de un público barroco ávido de escenas con aire procaz, pasó a transmutarse en una María Magdalena tan del gusto de pintores áureos.

No pocas leyendas hacen de esta “personaja”, una mujer que anticipaba modos y actitudes modernas, fémina rescatada del olvido y hoy interpretada magistralmente por la actriz Pepa Zaragoza. Hubo otras comediantas que siguieron los pasos de La Baltasara en aquellos tablaos rudimentarios, llenos de ruido y jolgorio. Se complica seguir el hilo argumental de una comedia salpicada por tanto trajín de entradas y salidas del personal bullanguero, mutis por el foro y algún que otro sobrio cambio de escenario...; pero ella, con su sola presencia, llenaba el espacio dramático: toda una dama del teatro,

remedando la expresión actual reservada a las grandes actrices veteranas. Con “gentileza y donosura” atizaba mandobles a diestro y siniestro, espantando funestos augurios de mujeres avanzadas en feminismo. Dúctil y polifacética, nada diletante, lo mismo se zambullía en damiselas lloronas por el mancebo esquivo que se convertía en galán petulante y pendenciero. Avezada en cuestiones pragmáticas, sabía que para representar en el escenario debía matrimoniar. Con Miguel Ruiz, su marido, actor de papeles de “gracioso”, montaron su propia compañía dramática: un buen tándem profesional.

En la *Genealogía origen y noticias de los comediantes de España*, se afirma de ella que fue “muy zelebre en las tablas” y al espectador atento no se le escapa el deseo de utilizar el teatro como vía mística de evasión de la realidad, volar libre y hacer esencial su existencia. Se añan en su extrema personalidad las virtudes del gran talento y de la bondad humana. Su tumba, llamada Cueva de la Cómica, fue lugar de visitantes y viajeros que veían un halo de misterio en la figura de nuestra protagonista tan contrastiva y atrayente.

Y no le iba a la zaga otra mujer muy actual y sin tapujos: La Calderona, que quiso cobrarse en vida lo que su origen desconocido le había birlado. Vivió entre el mito y la realidad y fue todo un ejemplo de no tener pelos en la lengua. María Calderón (1611-1646), también llamada Marizápalos, podría ser uno de los personajes de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (1617) o incluso de una comedia de enredo de Lope de Vega (1562-1635). Y ¿por qué no?, protagonista también del elenco de *La casa de papel* (2017). Su vida transcurrió entre aplausos, envidias, lances, sorpresas, sustos y misterio. Difícil identificar su rostro en un brillante Siglo de Oro acuciado por una importante crisis financiera, continuos estragos políticos dentro y fuera de nuestras fronteras, rabietas y enfados regios, conspiraciones cortesanas y festejos populares. Mucho espectáculo.



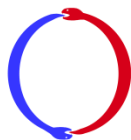
Niña expósita, fue adoptada por Juan Calderón, hombre de teatro. Se convirtió en favorita de Felipe IV a los 16 años cuando debutó como actriz en el corral de la Cruz. El rey, flechado de amor, le exigió abandonar su prometedora carrera teatral. A partir de este momento, su biografía se confunde con la de su hermana Juana en un juego de espejos; complicado dilucidar lo propio de una y de otra. El tiempo se ha enredado en su acontecer vital y ha hecho de ella una leyenda en la que no falta de nada: casada para sobrevivir socialmente, simultaneó sus amoríos reales con otros varones; provocó la ira de la reina Isabel de Borbón, por una cuestión de balcones y palcos para asistir a las funciones festivas. Madre de Juan José de Austria, bastardo como ella y bautizado como “hijo de la tierra” al ser de “padres desconocidos”, lo apartaron de su lado para ser educado a la manera de un príncipe. Monja y abadesa en un monasterio manchego, donde acabó recluida por deseo expreso del rey... Hay quien dice que huyó y llegó a comandar a bandoleros levantinos en la sierra del norte de Valencia.

El azar no jugó a su favor, pero hoy ocupa un lugar en la historia: auténtica superviviente de aquellos momentos duros y difíciles para las mujeres, a merced del gusto y capricho masculinos. Habrá algunos que la tildarán de fresca, casquivana y pendón desorejado. No es fácil separar el mito romántico de la realidad genuina. El final de sus días provoca más confusión y la leyenda se acrecienta: quizá murió protegida entre las paredes monacales o empobrecida y asistida por el limosneo de artistas. Todo podría ser cierto en la vida de la gran bailarina y prometedora actriz. El poeta checo Jaroslav Vrchlický (1853- 1912) le dedicó el drama *María Calderón*. Convulsiones personales y turbulencias amorosas y afectivas jalonaron el camino de la fémina respondona que no le hizo ascos a los regalos de quienes se los ofrecían, convencida de que su paso por este mundo no iba a ser un camino de rosas: opulencia, escenarios, recogimiento, fama, arte y naturaleza. Genio vital e ilusión de trascender. Una mujer *multitask*, en nuestros días.

La escena actual no sería la que es sin lo que fue en aquel aclamado Siglo de Oro con las representaciones de mujeres que lucharon por su papel en la escena y en la vida. Al fin y al cabo, se trataba de *El gran teatro del mundo*.

Entrevista a Ada Bruguera,
Llibreria Finestres (Barcelona)





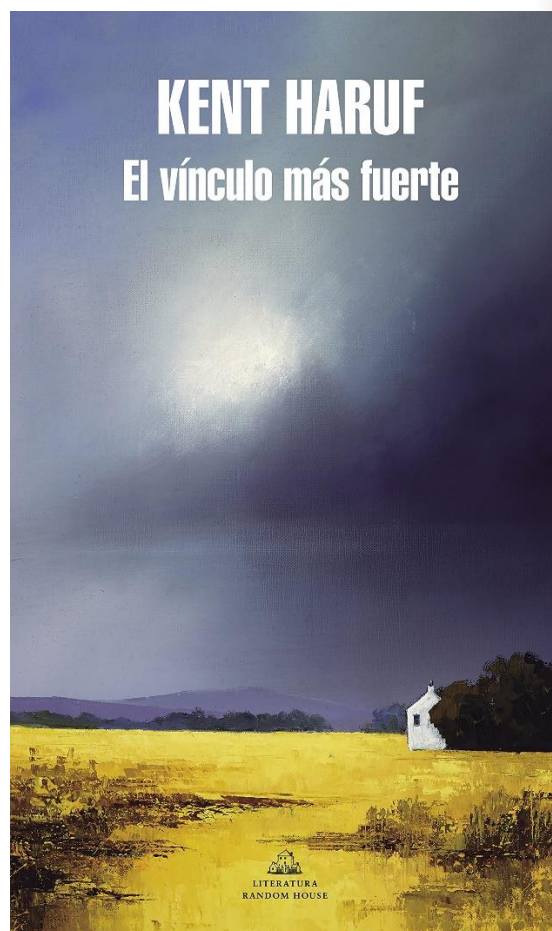
Pravia Arango

Gracias a ti, Pravia, por leerte a Haruf a partir de mi recomendación. ¡Me hace muchísima ilusión que lo hayas disfrutado tanto! Pienso en esto de “tener el don de la escritura” y creo que me es difícil contestarte porque no te lo podría resumir en un solo aspecto. Cuando voy a empezar una novela de Julian Barnes o Jeffrey Eugenides, sé que disfrutaré por razones distintas que si fuera a leer Agota Kristoff o Fleur Jaeggy. Igual que ninguna de estas lecturas sería similar a leer Annie Ernaux o Joan Didion. Y, en cambio, de todos diría que tienen el don de la escritura. Para mí, Haruf tiene el don por varias razones: te sabe contar una historia a partir de lo más cotidiano y sabe crear una atmósfera de la que es muy difícil salir. Y la atmósfera de la que hablo no tiene tanto que ver con la localización de la novela, que también, sino con el uso del lenguaje y el ritmo de la narración, que creo que van muy vinculados al lugar del que nos habla (Colorado rural) y los personajes que construye.



Quiero darte las gracias, Ada, por descubrirme a Kent Haruf *El vínculo más fuerte*; la primera novela donde el novelista crea el

pueblo, mejor dicho, el mundo de Holt. Para mí Kent Haruf tiene duende, no sé qué que qué sé yo, *flow*, la escritora Patricia Font habla de trance. Conviene que me detenga en lo del trance. Trance, para Font, es espacio vacío, en blanco, antimateria literaria. Trance (sigo con Font) demanda una explotación de los detalles mínimos que darán la riqueza a la novela. El trance se puede eliminar sin que la trama sufra, eso sí, conllevará el derrumbe literario del texto. Está el trance más allá de lo que pasa en la novela, donde, bien mirado, nunca pasa nada porque lo que sucede (amor, muerte, envidia, avaricia, ira...) ha sucedido tantos millones de veces que se ha vaciado de significado. ¿Qué es para ti escribir en estado de gracia, tener el don de la escritura?





Copio el párrafo de cierre de *El vínculo más fuerte*: “Adelante, ve. Yo no puedo acompañarte. He prometido a mi mujer y a mi hija que pasaría a recogerlas por el pueblo y luego volveríamos al hospital para visitar a una anciana de pelo blanco que, aunque el jueves cumplirá ochenta años, en lo esencial se conserva tan bella como debió de serlo en 1922, cuando tenía veinticinco años y recorría las colinas arenosas en un Modelo T junto a mi padre, con las ventanillas bajadas para que les refrescara la brisa nocturna. Han pasado casi cincuenta y cinco años desde entonces, y en todo ese tiempo nunca ha sabido decirse sí a sí misma” (p. 238). Bueno, siempre pensé que era una chorrada eso de encontrar la novela escrita para uno. Siempre. Pero esta vez me siento identificada con Edith y eso que tengo el mantra *no hagas dramas, no eres Shakespeare*. La historia es demoledora y lo es porque es gris, ordinaria, vulgar, anodina: la vida misma. Es triste, plana, chatísima. ¡Amiga!, pero ahí está el talento literario de Haruf para que te marque a fuego. En fin, no sé qué iba a decirte; sácame de aquí, Ada.

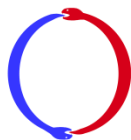
Hay algo de fascinante en las novelas que cuentan la historia de una vida entera, ¿no? Me ha pasado recientemente con *Lecciones*, de Ian McEwan, pero podría decir lo mismo de *Jane Eyre*, de Charlotte Brönte o *Stoner*, de John Williams, aunque sean tan diferentes entre sí. Saber narrar una vida “anónima” me parece extremadamente difícil y precioso. Y, como bien dices, la vida de Edith Goodnough es ordinaria, anodina, y a la vez está llena de tragedia, dolor y, también, amor. La acompañamos en todo esto y, mientras vemos su vida pasar, también vemos los cambios sociales y económicos del siglo XX estadounidense. Una de las cosas que más me gustó de la novela es que, quien narra la historia es el hijo de la familia vecina de los Goodnough, que ya es mayor y que puede explicar la historia con perspectiva y cercanía, todo a la vez. El padre del narrador era alguien muy cercano a Edith, y el hijo en cierto modo hereda esta relación de proximidad. Me pareció

bonito e interesante que la historia no solo se quede en una generación.

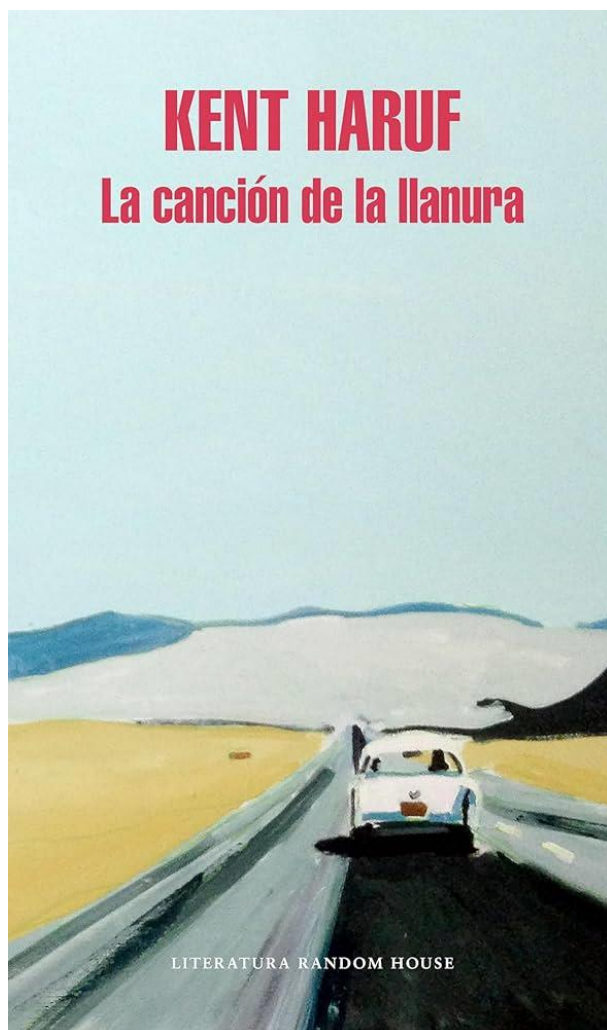
Vivir del campo es muy duro, tanto que en ocasiones se pierde la dignidad y uno se descubre limpiándose los mocos en la manga del jersey, por ejemplo. El autor lo muestra de maravilla. Mira, la novela me recordó *Una educación*, de Tara Westover. No he leído mucha literatura donde aparece el campo de verdad, duro y salvaje, y casi letal para un urbanita sin idea de sus leyes, ¿cómo lo ves tú?

Yo creo que hay mucha idealización de lo rural. Y mucho desconocimiento. Y me incluyo completamente en esto. Y creo que esto tiene mucho que ver con películas y libros protagonizados por personas que huyen de la vida urbana para encontrar paz y tranquilidad en el campo, tengan o no que vivir de él. Por suerte hay muchísima literatura que muestra otro lado de esta vida rural, sea el propio Haruf o Tara Westover, como has mencionado, que además de dar testimonio de su vida en un pequeño pueblo de Idaho y de las crudezas materiales de esta realidad, muestra lo que es nacer en una familia mormona casi completamente aislada del resto de la sociedad. Para dar ejemplos más cercanos y recientes, María Sánchez, escritora y veterinaria de campo, tanto en *Tierra de mujeres* como en sus libros de poesía *Fuego la sed* y *Cuaderno de campo*, nos acerca a la España rural, y de una forma distinta pero maravillosa también lo hace Irene Solà en *Canto jo i la muntanya balla* y *Et vaig donar ull si vas mirar les tenebres* que, mezclando épocas y voces y tradiciones, nos narra historias de zonas rurales y de alta montaña como Camprodon i Prats de Molló.

Cuando contacté contigo me propusiste dos nombres para la entrevista; Carson McCullers o Kent Haruf. Elegí el segundo porque no lo conocía, la primera es una autora de culto. Bueno, pues tu consejo acertó de pleno porque me ha gustado tanto la novela que continué con *La*



canción de la llanura, pero me tocó más la primera; es posible que la maternidad adolescente y la dejación de las funciones maternas sean agua muy pasada para mí.



Aquí no hay pregunta, pero aprovecho para decir que ¡haces muy bien en leer los otros libros de Haruf! De hecho, mi preferido es *El vínculo más fuerte*, pero el autor es más conocido por su Trilogía de Holt, compuesta por *Canción de la llanura*, *Al final de la tarde* y *Benedicción*. A mí me encantaron, sobre todo los dos primeros. Para aquellos que no lo sepan, toda la obra de Haruf pasa en Holt, un pequeño pueblo ficticio del estado de Colorado inspirado en Yuma, el pueblo donde vivió Haruf en los años ochenta. Es difícil que, si te gusta un libro de Haruf, no te gusten los otros porque, al final, lo que hace es ir contando las historias de los residentes del

pueblo de Holt. Cómo has dicho antes, la mayoría son historias bastante duras, pero es curioso porque nunca he acabado un libro de Haruf pensando que lo he pasado mal leyéndolo. El don de Haruf —¡mira, hemos vuelto a los dones!— es que de sus novelas, sean más o menos duras, emana una humanidad casi bondadosa. Y no sé explicar esto muy bien, porque hay personajes absolutamente detestables. Pero sí, siempre me quedo con una sensación de muchísima bondad al acabar sus novelas.

Has mencionado a McCullers. Poco tengo que añadir. Me parece una autora maravillosa y *El corazón es un cazador solitario* es uno de mis libros preferidos. Fue la obra que me hizo adentrarme en la literatura del sur de los Estados Unidos. Que lo escribiera con veintitrés años me parece una brutalidad.

Ada, eres librera de Finestres, en Barcelona y yo estoy en Oviedo. Solo conozco la librería por su página web y me ha llamado la atención el despliegue de medios tanto materiales como humanos que ofrece. En efecto, en la web ponéis: *Finestres quiere ser una librería para leer [...] Finestres abre de par en par sus puertas y (nunca mejor dicho) ventanas para ofrecer al público lector una oferta librera de primerísimo nivel y un calendario de actividades que quiere salir de la rutina del sector y ambiciona la máxima transversalidad: queremos mezclar sin complejos alta y baja cultura, refinado y vulgar, local y visitante, “mainstream” y “underground”, formal y experimental, tragedia y humor, escritura y oralidad, “rock’n’roll” y clásica, primera y tercera persona, singular y plural, prosa y poesía, privado y común, ficción y realidad*. Me encanta el proyecto, acércanos a la aventura de Finestres, Ada.

Finestres abre sus puertas en abril del 2021, pero desde el 2019 ya había nacido la idea y había gente trabajando para hacerla realidad. Detrás de esta idea está el empresario y filántropo



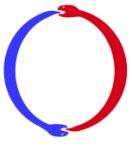
Sergi Ferrer-Salat. Finestres nace como librería, sí, pero ya desde sus inicios quiere ser un espacio cultural que va más allá de la venta de libros. Casi cada tarde se hacen presentaciones de libros, ciclos literarios o clubes de lectura. Han venido autores locales e internacionales como Mariana Enríquez, Karl Ove Knausgård, David Wengrow, Maggie Nelson, Pol Guasch, Rodrigo Cuevas, Alejandro Zambra, Andrea Galaxina, Yayo Herrero, Sofi Oksanen, Laura Fernández, Carlota Gurt, Sabina Urraca... La lista es muy larga y la verdad es que es increíble, cuando lo pienso bien, que hayan pasado tantísimos autores por la librería. Un año después de abrir la primera librería, abrió la Finestres d'Art i Còmic, justo al otro lado de la Calle Diputació. Pero el cosmos Finestres va más allá de las paredes de las librerías: hay los Premios de narrativa en Catalán y en Castellano, y las Becas de Ensayo, que otorga la Fundació Finestres, que nace con el objetivo de impulsar la creación literaria, haciendo énfasis en la producción narrativa castellana, catalana, y al cómic en catalán. Como ves, hay muchísimas ramas del proyecto y somos un equipo grande y profesionalmente diverso. Como librera puedo decirte que ha sido especial estar en el proyecto desde antes de abrir las puertas de la librería porque he podido ver la progresión y cómo se han ido estableciendo ciertas ideas. La librería está concebida como un espacio para leer, y por eso tenemos sillones y sofás donde la gente se puede sentar y pasarse el día mirando libros. Y algo que quería destacar es que trabajamos mucho con libro extranjero. Tenemos libros en catalán y castellano, claro, pero también muchos libros en inglés, francés, italiano, alemán, portugués, gallego, euskera... Como librera, esto también me encanta y me motiva, porque podemos traer cosas que aquí no se encuentran tan fácilmente y ofrecerlo a los lectores curiosos.

Mil gracias, Ada.



"مخيلة", محمد تنفو

“Fantasía”, Mohamed Tinfou



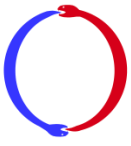
عنايئة كلمات



Encarnación Sánchez Arenas

محمد تنفو، كاتب قصة وباحث. حاز كتابه "القصة القصيرة المغربية: المعايير الجمالية والمغامرة النصية" سنة 2010 على جائزة الشارقة للدراسات النقدية. نشر أيضا كتاب "قالت شهرزاد: البنيات الحكائية في مائة ليلة وليلة" والمجموعتين القصصيتين "كيف تسلل وحيد القرن؟" و"درس سيبويه".

Mohamed Tinfou, escritor de relatos e investigador. Su libro *El relato marroquí: los criterios estéticos y la aventura textual* obtuvo en 2010 el Premio Sharjah de Estudios Críticos. También ha publicado el estudio *Sherezade dijo: las estructuras narrativas de las cien y una noches* y dos libros de cuentos: *¿Cómo entró el rinoceronte?* y *La lección de Sibawayh*.



مخيلة

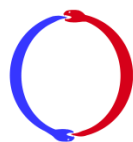
يبدو أن الرجل قد أغلق الغرفة بإحكام، وأسدل الستائر، وأطفأ النور، واستلقى على السرير المهترئ، ثم أطلق العنان على جري عاداته لمتخيلاته المتطرفة جداً.

وقد جلا أن مخيلته تسالت كمخبر من رأسه. توجهت على جناح السرعة إلى أقرب مخفر للشرطة قصد التبليغ.

بعد هنيهة، سوف يقتحم رجال الشرطة الغرفة المظلمة. سيعتقلون المجرم الخطير جداً. سيقودونه إلى مكان مجهول.

يبدو أن المفتش البدين قد قدم له المحضر المطبوع التالي:

- 1- اغتيال قادة سياسيين ورؤساء دول.
 - 2- السطو على صندوق النقد الدولي وبورصة وول ستريت.
 - 3- اعتصاب ليلي علوي وهيفاء وهبي، ثم التنكيل بجثتيهما.
 - 4-
- وقد جلا، أمام اندهاشه وامتناعه عن توقيع المحضر، أن مخيلته مثلت أمامه معترفة:
- لا داعي للإنكار، أنا التي أخبرتهم بكل شيء.



Fantasía

Parece que el hombre cerró bien la habitación, bajó las cortinas, apagó la luz, se tumbó sobre la vieja cama y dio rienda suelta a sus fantasías más extremas.

Quedó claro que su imaginación se infiltró como un informante de su cabeza y se dirigió con prisa a la comisaría de policía más cercana para presentar una denuncia.

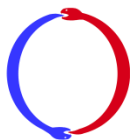
Al rato, los policías irrumpirán en la habitación oscura, detendrán al peligroso criminal y lo llevarán a un lugar desconocido.

Al parecer, el comisario gordo presentó el siguiente informe manipulado:

1. Exterminación de líderes políticos y jefes de Estado.
2. Asalto al FMI y a la bolsa de Wall Street
3. Violación de la actriz egipcia Leila Elwi y de la cantante libanesa Haifa Wehbe y maltrato de sus cadáveres
4.

Es evidente, ante su asombro y su negativa a firmar el informe, que su imaginación se apareció delante de él y confesó:

—No hay por qué negar nada. Yo les he contado todo.



Víctor Hugo Pérez Gallo

Crítica al relato de Mohamed Tinfou

“Fantasía” es un relato breve que juega con el recurso de la fantasía. A través de una sucesión de escenas disparatadas, expone los delirios y pensamientos extremos que pueden surgir en la mente cuando se deja llevar por la imaginación.

Usa un tono desenfadado y absurdo para generar un efecto de irrealidad y doble lectura. Por un lado, plantea situaciones delirantes como denuncias policiales falsas o crímenes aberrantes, pero por otro deja entrever que todo ocurre en la fantasía desatada del personaje.

Con frases cortas y sucesos disparatados construye un relato vertiginoso donde prima el sinsentido por encima de una lógica narrativa clara. Esto permite al lector sumergirse en el torbellino de ideas descabelladas que pueblan la mente cuando se libera la fantasía.

Este relato tiene reminiscencias del cuento “El corazón acusador” de Poe. Ambos relatos juegan con la delgada línea que separa la fantasía de la realidad. A través de sus protagonistas, exploran cómo los sueños, pensamientos e incluso delirios de la mente pueden conectarse de forma ambigua con el mundo exterior.

Tanto en “Fantasía” como en “El corazón delator” se genera una tensión narrativa entre lo onírico y lo posible, sin terminar de distinguir claramente una frontera. Utilizan giros inesperados y elementos sobrenaturales que promueven la reflexión sobre los límites conocidos de la conciencia.

Los personajes principales devienen en canales para que la imaginación y lo irracional se manifiesten de formas impredecibles. Esta permeabilidad entre su interioridad y lo tangible en la trama aumenta la ambigüedad y el misterio para el lector.

Ambos cuentos comparten también el uso de un lenguaje sencillo y directo que a la vez conduce a significados múltiples. Dejan abierta la duda sobre hasta qué punto sus narraciones aparentemente fantasiosas podrían esconder latentes verdades.

En definitiva, a través de la exploración de los resquicios entre fantasía y realidad, estas obras hermanan su temática central de indagar los confines de la mente humana.



Una de las técnicas más destacadas es el uso de frases cortas y la sucesión rápida de escenas inconexas entre sí. Este recurso busca imitar el ritmo frenético y las ideas dispersas propias del pensamiento enloquecido. Se rompe con las normas de la lógica secuencial para adentrarse en la irracionalidad mental.

Otra estrategia empleada es plantear sucesos absolutamente delirantes e improbables que distorsionan la realidad. Mediante el absurdo y el sinsentido de lo narrado, se sumerge al lector en la mente trastornada. Carecen de coherencia causal los hechos, imponiéndose una narrativa caótica.

Esta estrategia literaria la han usado anteriormente otros grandes autores. Numerosos cuentos de Jorge Luis Borges juegan con la noción de mundos posibles y realidades alternas, desdibujando los límites de lo imaginario y lo concreto. En obras como "El jardín de senderos que se bifurcan", pone en entredicho las fronteras entre sueño y vigilia.

Otro autor que exploró este tema fue Julio Cortázar, por ejemplo, en cuentos como "La noche boca arriba" o "Esa voz". En ellos, cuestiona la capacidad de sus personajes para distinguir entre lo onírico y lo percibido como real a través de recursos narrativos que expanden las posibilidades de lo real.

También Edgar Allan Poe (nuevamente) incluye esta preocupación en relatos como "William Wilson" o "El hombre de la multitud", donde plantea la existencia de dobles o realidades inestables cuyos márgenes son difusos.

De manera similar, autores como Franz Kafka, Italo Calvino, Juan Rulfo y Carlos Fuentes han recurrido a lo absurdo, lo posible y lo engañoso para indagar los confines conceptuales entre sueño y vigilia.

Se trata de una temática recurrente en las vanguardias literarias, pues permite cuestionar cuáles son los límites verdaderos de lo perceptible y lo verosímil.

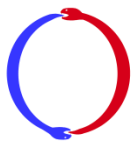
Incluso a nivel lingüístico encontramos recursos como el humor negro y el surrealismo mezclados con temas perturbadores. Este contraste entre el tono desenfadado y lo narrado genera un efecto irreal.

También se rompen las leyes naturales al aparecer la propia imaginación como un ser con autonomía. Todo ello junto a la duda sobre lo onírico o real de lo expuesto refleja la locura y la dualidad mental.

De este modo, el relato de Mohamed Tinfou juega maestralmente con recursos propios de la distorsión psíquica. A pesar de su brevedad y tono liviano, plantea cuestiones como los límites entre la imaginación y la realidad, así como la dualidad entre los pensamientos más oscuros y lo que se exterioriza. En pocas palabras logra transmitir los delirios de la fantasía a través de una estructura minimalista. Un relato memorable.

Olivier Lechat





Texto y traducción de Miguel Ángel Real



Tras una infancia a caballo entre Lille y París, y después de sus estudios universitarios, el autor, un niño de los años sesenta, fue forjando sus sueños a lo largo de numerosos viajes por varios continentes.

De la fotografía a los negocios, de la dirección de una galería de arte a la gestión, sus experiencias vitales han estado en constante movimiento.

Sus periplos, sus observaciones del mundo y de sus semejantes y su interés por la literatura lo han llevado, en los albores de su vida, a escribir textos y poemas centrados en el hombre y su entorno.

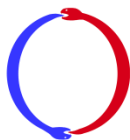
Olivier Lechat

GÉOGRAPHIE DE L'HOMME-TERRE



éditions unicité.

Géographie de l'homme-terre (Ed. Unicité, 2023)



Un poema de *Géographie de l'homme-terre*

VOYAGE

Et si ce n'était qu'illusions ?
Cette peau de savanes brûlées
Cette peau de conquistadors
Épilant mes doutes...

J'ai arboré mes cicatrices
Talismans de nécrologies humaines
Je me suis tatoué des vents du Sud
Je me suis savonné du sang du monde

Peut-être, j'ai imploré les Néréides
Pour un voyage en Icarie

La lune de miel a parfois ses enfers
D'un miroir trompeur !

Ne sommes-nous pas nos propres exilés
Aux portes de nos consciences?

Et j'entends au loin cette toccata
Telle une révolution obsédante !
Et les espoirs ruissellent sur nos corps
Monde sans frontière

VIAJE

¿Y si todo fuera una ilusión?
Esta piel de sabanas quemadas
Esta piel de conquistadores
Sacándome las dudas...

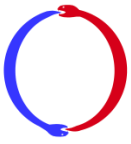
Lucí mis cicatrices
Talismanes de obituarios humanos
Me tatué vientos del Sur
Me enjaboné con la sangre del mundo

Tal vez imploré a las Nereidas
Para un viaje a Icaria

¡ La luna de miel a veces tiene sus infiernos
De espejo engañoso !

¿No somos nuestros propios exiliados
En el umbral de nuestras conciencias?

¡ Y a lo lejos oigo esta toccata
Como una revolución obsesiva !
Y las esperanzas corren por nuestros cuerpos
Mundo sin fronteras



Tres poemas inéditos

Ai-je songé à mourir
Un seul instant ?
Cet instant euphorique, terrifiant
Où la vie chavire...

Il me faudra gravir alors
La plus haute branche des
Âmes de cèdre
Pour comprendre...

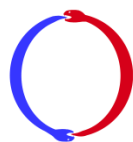
Et je converserai avec les oiseaux
Et je graverai leurs ailes d'or
Sur mon corps délivré
Et je serai libre
Et je rirai de vos pleurs...

¿He pensado en morir
Por un solo momento?
Ese momento eufórico, aterrador
Cuando la vida zozobra...

Tendré que escalar entonces
La rama más alta de las
Almas de cedro
Para comprender...

Y conversaré con los pájaros
Y grabaré sus alas de oro
En mi cuerpo liberado
Y seré libre
Y me reiré de vuestras lágrimas...





Vin nuptial
Sel de mots
Mélancolie des pierres

Et ce vent de pleurs agonisant
Sur les visages suspendus
Aux espoirs vains

L'effroi semble jouissif
Par-delà les corps, je perçois
L'aurore en galops revêtue
De brouillard de larmes

Exquises ténèbres haletantes
Figées en paysages de sang
Semblent-elles nous rassurer
De l'incertitude de nos existences

De ces destinées froissées de plis
Immémorables
Voyez ces puanteurs angéliques
Semées sur nos visages d'enfance

Hymnes à la nuit
Chants de guerre
Les exodes de nos vies
Parfumeront les océans mystiques

Vino nupcial
Sal de palabras
Melancolía de piedras

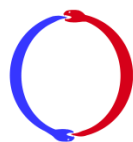
Y ese viento de lágrimas que agoniza
En los rostros suspendidos
De esperanzas vanas

El espanto parece placentero
Más allá de los cuerpos, percibo
El alba galopante vestida
Con una niebla de lágrimas

Exquisitas tinieblas jadeantes
Congeladas en paisajes de sangre
Parecen tranquilizarnos
De la incertidumbre de nuestra existencia

De destinos arrugados con pliegues
Inmemoriales
Mirad el hedor angelical
Sembrado en nuestros rostros infantiles

Himnos a la noche
Cantos de guerra
Los éxodos de nuestras vidas
Perfumarán los océanos místicos



Aux feux de la rampe
L'oiseau a vendu ses ailes

En improbables sanctuaires
En divagations
En coups de dés
Nos vies se parsèment...

A la fureur d'une amitié fantasque
De vertus d'âge de pierre
Nos angoisses
L'or de nos grammaires
Impriment l'argentique de nos destinées
Vivre, est-ce si simple ?

Hurlons cette liberté d'effraction
Écurie des verges millénaires
Des Saints-Apôtres de la soumission
La réalité agonisera au sang
Des irréalités

Et sur ce chemin orné d'utopies
Soyons féconds de nous-mêmes
Et j'offrirai mille ailes à l'oiseau
Et nous volerons aussi loin
Que l'abandon de vos rêves

A las luces de las candilejas
El pájaro ha vendido sus alas

En santuarios improbables
En divagaciones
En tiradas de dados
Nuestras vidas quedan sembradas...

En la furia de una amistad caprichosa
De virtudes de la edad de piedra
Nuestras angustias
El oro de nuestras gramáticas
Imprimen la plata de nuestros destinos
¿Es tan sencillo vivir?

Gritemos esta libertad de irrumpir
Establo de las vergas milenarias
De los Santos Apóstoles de la sumisión
La realidad agonizará en la sangre
De las irrealidades

Y en este camino adornado de utopías
Seamos fecundos de nosotros mismos
Y le daré mil alas al pájaro
Y volaremos tan lejos
Como el abandono de vuestros sueños





Miño



Augusto Guedes

Poema a dos voces

Cando o meu fado
sangue novas paisaxes
no berce das vellas verbas
e, os meus pes cansos
volvan a sentir a beleza...

“As cancións tecen o soño
que leva ao mar,
discurso de lúas de noites
e fontes estrelecidas”

... Cando o sorriso dun neno
deseñe bocarribeiras,
que endexamais viron o mar
e a miña barca
navegue solpores de espello...

“Nas eiras
do meu almario aberto
dormen as vellas maletas
cheas de nubes e zapatos”

... Cando a pegada
sexa esteiro
no ollar dunha bágoa
e, as pedras dos muíños
queden nas miñas mans...

“Entón alí estarei
xunto as áreas da praia
dos mares outonizos,
cas cancións de falas antigas
nos beizos que sempre,
sempre,
gardaron a lembranza
das túas xeografías”



Poema a dos voces

Cuando mi destino
sangre nuevos paisajes
en la cuna de viejas palabras
y, mis pies cansados
vuelvan a sentir la belleza...

“Las canciones tejen el sueño
que lleva al mar,
discurso de lunas de noches
y fuentes estrelladas”

... Cuando la sonrisa de un niño
diseñe riberas,
que nunca vieron el mar
y mi barca
navigue atardeceres de espejo...

“En las eras
de mi almario abierto
duermen las viejas maletas
llenas de nubes y zapatos”

... Cuando la huella
sea estuario
en la mirada de una lágrima
y, las piedras de los molinos
queden en mis manos...

“Entonces allí estaré
junto a las arenas de la playa
de mares otoñales,
con las canciones de hablas antiguas
en los labios que siempre,
siempre,
guardaron el recuerdo”



Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

El Premio Cervantes es, probablemente, el máximo galardón de las letras hispanas y viene a reconocer una trayectoria literaria al completo. Lo concede anualmente el Ministerio de Cultura del Gobierno de España a propuesta de la Asociación de Academias de la Lengua Española, de modo que es un reconocimiento con tintes de consenso y eso lo hace, si cabe, mucho menos polémico que lo que suele ocurrir con el Premio Nobel que rara vez deja contentos a todos. El caso es que el mencionado galardón, cuyo nombre completo es Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, está dotado con 125 000 euros y una medalla con lo que se establece un cierto paralelismo con los Premios Nobel. En este año de 2024, se ha concedido el Premio Cervantes al escritor y político español **Álvaro Pombo** (Santander, 23/6/1939) que, con ochenta y cinco años a sus espaldas, acumula una trayectoria más que suficiente para que merezca el galardón, una trayectoria que aún sigue en marcha, puesto que este año publicaba una nueva novela —su parcela literaria más activa—, *El exclaustro*.



Su trayectoria, aunque centrada en la novela, también se ha extendido a la poesía y, puntualmente, a otros géneros como el ensayo o el periodismo. De la calidad de su obra habla el amplio reconocimiento en forma de premios y distinciones a las que se ha hecho acreedor y que ahora se culmina con el máximo galardón de las letras hispanas. Entre esos otros galardones, cabe citar el Premio El Bardo (1977) por *Variaciones*, el Premio Herralde (1983) por *El héroe de las mansardas de Mansard*, el Premio Nacional de la Crítica (1990) por *El metro de platino iridiado*, el Premio Nacional de Narrativa (1997) por *Donde las mujeres*, el Premio Fastenrath de la RAE (1999) por *La cuadratura del círculo*, el Premio Fundación José Manuel Lara (2002) por *El cielo raso*, el Premio Fundación Germán Sánchez Ruipérez periodístico sobre lectura (2004), el Premio Planeta (2006) por *La fortuna de Matilda Turpin*, el Premio Nadal (2012) por *El temblor del héroe*, el Premio Internacional Menéndez Pelayo (2023) y el Premio Francisco Umbral al Libro del Año 2023.

De todos los premios literarios concedidos en el otoño de cada año por el Ministerio de Cultura del Gobierno de España, el más importante es el Nacional de las Letras, un galardón que se concede desde el año 1984. Dotado con 50 000 euros, este año ha ido a parar al escritor **Manuel Rivas** (La Coruña, 24 de octubre de 1957), del que el jurado destaca que “pocos



autores del panorama español, partiendo de un compromiso firme con su lengua, han conseguido alcanzar tal reconocimiento a nivel mundial”. Manuel Rivas es miembro de la Real Academia Galega (RAG) y codirige la revista en gallego *Luzes*, junto a José Manuel Pereiro.

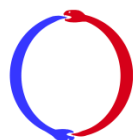
La obra de Manuel Rivas se desarrolla en gallego y se extiende a casi todos los géneros literarios, una obra que ha sido ampliamente reconocida con multitud de galardones, como el Premio de Poesía Nova de O Fa-cho (1980) por el poema “*Pra escarnho e mal dizer*”, el Premio Leliadoura (1989) por *Ningún cisne*; el Premio de la Crítica de narrativa gallega (1989) por *Un millón de vacas*; el Premio de la Crítica gallega de narrativa (1994) por *En salvaxe compañía*; el Premio Nacional de Narrativa y el Premio Torrente Ballester (ambos en 1996) por *¿Qué me quieres, amor?*; el Premio de la Crítica de narrativa gallega, el Premio de la Asociación de Escritores en Lengua Gallega y el Premio Arzobispo Juan de San Clemente (todos en 1998) por



El lápiz del carpintero; el Premio Goya al mejor guion adaptado (2000) por *La lengua de las mariposas*, *ex aequo* con Rafael Azcona y José Luis Cuerda, el Premio 50 aniversario de la sección belga de Amnistía Internacional (2001) por *El lápiz del carpintero*; el Premio Agustín Merello de la Comunicación (2003); el Premio Libro del Año del Gremio de Libreros de Madrid y el Premio de la Crítica de narrativa gallega (ambos en 2006) por *Os libros arden mal*; el Premio Gala do Libro Galego (narrativa, 2016) por “*O último día de Terranova*”; el Premio Follas Novas de poesía y el Premio de Creación Literaria de Galicia (ambos en 2022) por “*O que fica fóra*”.

Novela

Anagrama, una de las pocas editoriales importantes que se mantiene al margen de los dos grandes grupos que controlan el mundo del libro en España, convoca desde 1983 el Premio Herralde de novela, con el nombre del fundador de la editorial, Jorge Herralde y dotado en la actualidad con 25 000 euros. Este año, como una excepción en toda la trayectoria del galardón, no ha habido finalista, sino que las dos obras que llegaron a la recta final del concurso compartieron el premio, según el fallo del jurado que se dio a conocer el pasado 4 de noviembre. Estas fueron *Clara y confusa*, de la chilena **Cynthia Rimsky** (Santiago de Chile, 1962) y *Los hechos de Key Biscayne*, de la española **Xita Rubert Castro** (Barcelona, 1996). El jurado estuvo compuesto por Aldo García (librería Antonio Machado de Madrid), Gonzalo Pontón Gijón (Universidad de Gerona), Marta Sanz (escritora), Juan Pablo Villalobos (escritor) y Silvia Sesé (directora editorial de Anagrama). Decidió compartir el premio entre dos de las siete novelas que llegaron a sus manos, seleccionadas entre los más de mil cien manuscritos recibidos. Cynthia Rimsky, radicada en Argentina en la actualidad, había sido reconocida con algunos galardones como el Premio Municipal de Literatura de Santiago y el Premio Mejores Obras Literarias Publicadas (ambos en 2007) por *El futuro es un lugar extraño* y el Premio Mejores Obras Literarias Publicadas (2012) por *Yomurí*. Para Xita Rubert, una joven escritora de la casa —práctica que viene siendo habitual en la mayoría de los premios concedidos por editoriales—, esta será su segunda obra publicada, ambas con Anagrama.



NOVELA		Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Novela corta de fantasía y ciencia ficción "Pedro Carbonell Castellero"	31	15 001 a 39 999 palabras	Editorial Libros del Futuro y la empresa de gestión cultural Camins Serret (España)	1 000
Internacional de novela corta Francisco Ayala	31	25 000 a 40 000 palabras	Fundación Sierra Elvira, con la colaboración de la Fundación Francisco Ayala y Ediciones Traspies (España)	6 000

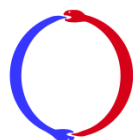
Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA		Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Mundo Rural	15	3 a 10	Asociación se ha escrito un libro (España)	200
Relato breve Projecte LOC	20	≤ 4	Projecte LOC y Ayuntamiento de Cornellá (España)	700
Carlos Valcarcel Mavor	20	≤ 3	Asociación de Amigos de la Capa de Murcia (España)	200
Internacional de cuentos max aub	27	5 a 15	Fundación Max Aub (España)	6 000
Relatos de la Fundación pintor Julio Visconti	30	30 a 40	Fundación pintor Julio Visconti (España)	750
Relatos cortos "Poeta Aurelio González Ovies"	31	2 a 5	Ayuntamiento de Gozón (España)	500
Narrativa breve "Casa de Córdoba en Madrid"	31	3 o 4	Casa de Córdoba en Madrid (España)	300
Certamen literario Entre Pueblos	31	3 a 5	Asociación de escritores Entre Pueblos (España)	200 100
Certamen de cuento corto laguna de duero	31	3 a 5	Ayuntamiento Laguna de Duero (España)	2 000

Poesía

La Diputación de Soria (España) ha dado a conocer los ganadores de sus premios de poesía en la convocatoria de 2024. El más importante de ellos, el Premio Leonor —del que se celebra su edición número cuarenta y tres— ha sido concedido al poeta **Miguel Martínez López** (Madrid, 1982), autor de la obra presentada bajo el título de *Hermano pulpo*. Miguel Martínez López es profesor de Filosofía en Bachillerato, aunque su hacer poético lo ha llevado a participar en numerosas antologías y festivales por toda España como III Día Internacional de la poesía en Segovia; Surada poética de Santander, 2014; Voces del Extremo (2014, 2015 y 2016); En legítima defensa Poetas en tiempos de crisis, 2015; Refugiamos, 2016. Su primer poemario fue publicado en 2014 y se titula *Mis pies de mono*.



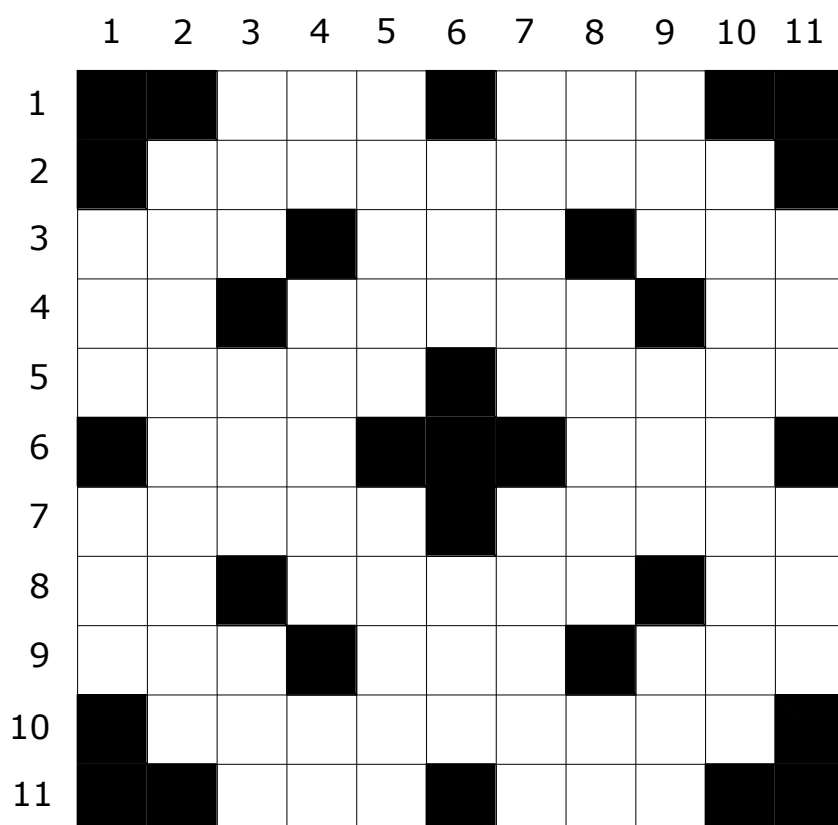
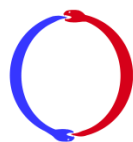


El Premio Gerardo Diego (esta es su edición número 40) para poetas noveles, fue concedido a Mario Ramos Obregón por la obra *Rusos blancos trabajando desesperados en talleres de la Renault*.

POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2024		
Premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Internacional de poesía "Gonzalo de Berceo"	4	400 a 800	Fundación San Millán de la Cogolla (España)	6 000
Internacional de poesía "Ciudad de Santa Cruz de La Palma"	10	500 a 750	Organismo Autónomo Local (España)	6 000 o 2 000
Internacional de poesía José Zorrilla	15	≥ 500	Iniciativas Teatrales-Enrique Cornejo (España)	3 000
Certamen poético nacional "Exaltación al olivo"	27	≥ 14	Agrupación Cultural "Amigos de Ahigal" (España)	600 300 150
Certamen literario Entre Pueblos	31	14 a 50	Asociación de escritores Entre Pueblos (España)	200 100
Poesía y relatos cortos "Poeta Aurelio González Ovies"	31	2 a 5	Ayuntamiento de Gozón (España)	500
Laguna de Duero	31	14 a 100	Ayuntamiento Laguna de Duero (España)	2 000

No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

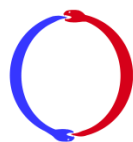
NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en diciembre de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ensayo "¿Es posible?" - Utopías que caben en el BOE	1	12 000 a 22 000 palabras	Círculo de Bellas Artes y Editorial Lengua de Trapo (España)	4 500



Solución

HORIZONTALES **1** Antiguo soberano persa. Todavía. **2** Obra de teatro de Shaw. **3** Gesto involuntario. Papel. Corriente de agua. **4** Orden de trabajo. Figura de la mitología judía. Las primeras consonantes. **5** Municipio de Menorca. Esposa. **6** Hijo de Jacob. Afluente del Miño. **7** *Los y las sombras*, novela de T. Ballester. Albert...., filósofo autor de *El extranjero*. **8** La patria de Abraham. Una ninfa marina de la mitología griega. Punto cardinal. **9** Bóvido de Asia. Acudiré. Oficial de la antigua Turquía. **10** Perjurio, profanador. **11** Nombre de mujer de origen hebreo. Interjección festiva.

VERTICALES **1** El tío de la cabaña. de Maupassant, autor de *Bola de sebo*. **2** Filósofo y matemático griego. **3** Copia textual del original. Conjunto de rayos luminosos del mismo origen. Gengis, emperador mongol. **4** Símbolo del mercurio. *Esperando a....*, obra teatral de Beckett. Ex matrícula de provincia andaluza. **5** Al revés, precepto, regla. Y en igual sentido, signo del Zodiaco. **6** Alabanza, de abajo a arriba. Prefijo multiplicativo. **7** Al revés, huella de una rotura. Atmósfera, firmamento. **8** Diptongo. Inspiraciones. Artículo. **9** Una puerta lógica. Juanito, para los ingleses. Al revés, afluente navarro del Ebro. **10** Enano de la mitología germánica, que extraía metales de la tierra. **11** Programa para digitalizar textos. El mar, para los ingleses.



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

46	17	54	12	58	43		
35	2	7	37	41	51	32	39
9	45	48	20				
52	25	55	21	14			
5	27	57	1				
56	6	19	16	49	53	30	38
11	34	8	24	18	26	22	
36	33	15	50	28	4	42	

Adquirir cordura

Barricada, trinchera

Mezcla metales

Ratero, ladrón

Concejal

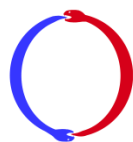
Contacto, relación

Exhalará, radiará

Atención, consideración

Texto: pensamiento de A. Einstein.

Clave, primera columna de definiciones: manifestarse, mostrarse.



El idioma español en el mundo

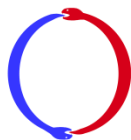
Cada año por estas fechas, el Instituto Cervantes publica un texto que pretende proporcionar una imagen general de la situación de la lengua española en el contexto planetario. El texto, bastante deslavazado e inconexo, pica por aquí y por allá, mostrando casos particulares que pueden ser interesantes en sí mismos, pero que no consiguen proporcionar esa fotografía necesaria del estado real de nuestra lengua común. A excepción hecha de la primera parte, con el mismo título de la obra general “El español en el mundo”, donde se trata de mostrar esa imagen genérica, el resto del texto resulta bastante prescindible, rozando lo impresentable cuando llega a poner a Bad Bunny como ejemplo de la pujanza de la música —Bach, Mozart, Beethoven no os retorzáis en vuestras tumbas por poner “música” y “Bad Bunny” en la misma línea— como ocurre en la página 473.

En resumen, 160 páginas con algo de interés que vienen a decir lo que es de sobra conocido, que el español es un importante idioma como lengua nativa, pero que su uso como segunda lengua es muy escaso y que el interés desaparece en cuanto se hace referencia al uso del español en los ámbitos científicos y tecnológicos, los mundos en donde se juegan los dineros y los que definen el futuro a corto y medio plazo de la humanidad. Ahí, nuestro idioma sale bastante mal parado, como ocurre desde hace más de doscientos años. El resto de páginas son una suma incoherente de artículos de corte académico, que bien podrían figurar en cualquier congreso de los miles que se desarrollan anualmente en el planeta y unas últimas páginas de autobombo para el Instituto Cervantes —sin ninguna clase de autocrítica— y una breve biografía de los autores elegidos para llenar las páginas del informe.



El santo de la Isidra (Sainete en un acto)





Carlos Arniches

Nota del editor: los textos de esta sección no se publican de acuerdo con las normas ortográficas actuales, sino que mantienen los usos gramaticales, la sintaxis y la ortografía del momento de su publicación.

La acción, en Madrid. Época actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

Acto único

Cuadro I

Una plazuela de los barrios bajos. Al foro, dos casas separadas por un callejón que da a la calle de Toledo, y en cuyo fondo se ve la plaza de la Cebada. La casa de la izquierda tiene en su planta baja una tienda de ultramarinos con puertas practicables. La puerta de esta casa, practicable también, da al callejón. A la derecha, otra casa, y debajo una taberna con un rótulo que dice: «NÚM. 8.- VINOS Y LICORES.- NÚM. 8». La puerta de la taberna que da frente al público y la que da al callejón, practicables. En los laterales derecha una casa de modesta construcción, y en el ángulo que forma esta casa con la taberna, el chiscón de un zapatero de viejo. En los laterales izquierda, otra casa, en cuya planta baja hay establecida una tienda de sillas, de las cuales vense algunas colgadas en la puerta. La muestra de la tienda dice: «LA MECEDORA.- SE PONEN ASIENTOS. SE FORRAN SILLERÍAS». El balcón de la casa de la derecha, que también es practicable, lleno de tiestos con flores.



Escena I

SEÑOR EULOGIO, CIRILA, SECUNDINO y un VENDEDOR DE FLORES. Al levantarse el telón, aparece el SEÑOR EULOGIO sentado ante una mesita baja llena de herramientas de zapatería, trabajando. EL FLORERO, con un borrico cargado de tiestos, pregona su mercancía. CIRILA, con un cántaro apoyado en la cintura, habla en la esquina de la izquierda con SECUNDINO.

VENDEDOR.- ¡Buenos tiestos de claveles dobles!...

SEÑOR EULOGIO.- (Machacando una suela y cantando.)

Estoy por decir, señores,
que si me tiran a un río,
salgo llenito de flores.

(Se pone a hacer engrudo.)

CIRILA.- (Empujando a SECUNDINO, que la quiere abrazar.) ¡Vamos, quita, quita! ¡Al principio toos seis iguales!... ¡Muchas palabras... y luego!...

SECUNDINO.- Vamos, no me digas eso, porque tú no me conoces a mí cuando yo me ofusco con una morena como tú. Ven y verás...

CIRILA.- Sí, pa que me dejes al segundo chotis cuando está una ilusión, y te vayas con otra...

SECUNDINO.- ¿Dejarte yo a ti... que eres más rica que una mermelada?... ¡Vamos, que te calles, cacho e gloria! (Intenta abrazarla.)

CIRILA.- (Rechazándole.) ¡Vamos, hombre!

SEÑOR EULOGIO.- (Que los ha estado mirando, mientras hace el engrudo.) ¡Eh! ¡Chis, chis, chis!

CIRILA.- ¿Qué hay?

SEÑOR EULOGIO.- Na..., que... ¿si queréis que me vaya a hacer el engrudo ahí dentro?

CIRILA.- ¿Es envidia u caridaz?

SEÑOR EULOGIO.- ¡Es... bacalao de Escocia!... ¡Mia tú esta!

SECUNDINO.- (A CIRILA.) Conque ¿vienes u qué?

CIRILA.- Güeno; tú, a las tres u tres y media, vas al puente de Toledo, y, según se entra, a la derecha, te arrimas a la primera bola que haiga, y me aguardas.

SECUNDINO.- A las tres y media me ties arrimao a la bola... ¡Prenda! ¡Serrana! ¡Me ties más loco, que!...

CIRILA.- ¡Anda, anda, zaragata!

(Le empuja y vase hacia la casa primera derecha. SECUNDINO coge el cesto y una zafra pequeña de aceite que tiene en el suelo, a su lado, y se dirige hacia la tienda.)

SEÑOR EULOGIO.- (Al pasar CIRILA delante de él.) ¡Ay Cirila, Cirila, Cirila!... ¡Qué mal te veo! (Lo dice como cantando.)

CIRILA.- ¿Sí?... ¡Caramba!... ¡Pues míreme usté con lentes! ¡El demonio del tío visión!... (Entra en la casa.)



SEÑOR EULOGIO.- (Silba y machaca, y de pronto se agacha, como para mirar a CIRILA que sube.) ¡Negras!... (Sigue silbando y trabajando.)

Escena II

SEÑOR EULOGIO y SECUNDINO.

SECUNDINO.- (Que habrá quedado a la puerta de la tienda observando, se acerca al SEÑOR EULOGIO.) ¿Qué?... ¿Qué miraba usted?...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Yo!... ¡Nada!... ¿Conque... entre tres u tres y media?... ¡No estás mal, tunarra!

SECUNDINO.- ¡Es que como hoy es San Isidro, y la tengo ofrecido un pito, la voy a llevar a la Pradera! Na, que le ha pasao lo que todas..., me ven y se alelan.

SEÑOR EULOGIO.- ¿Y cuántas novias ties ahora?

SECUNDINO.- ¡Pocas!... Tengo la Consuelo y la Socorro, fijas; la Justa, de suplenta, y esta, de meritoria.

SEÑOR EULOGIO.- ¡Anda Dios, qué Secundino este! Pus ten cuidao con la Cirila, porque esta tie mucho coquetismo con el seso feo, y no lo digo por ti, y si se entera el asistente del siete, te va a llenar los bolsillos de golpes.

SECUNDINO.- Pero ¿dónde se va a poner el asistente conmigo?

SEÑOR EULOGIO.- ¡La verdad es que tú ties suerte! (Se levanta.) ¿Y cómo te diriges a ella?... ¿*Oral* u por escrito?

SECUNDINO.- ¡Pues misté! En lo primero que conocen que las amo es en el peso, porque se lo empiezo a correr, y cuando las tengo atortolás las dirijo una carta con letra gótica, con unos perfiles, que me salen unas mayúsculas, que le digo a usted que hacen cosquillas.

SEÑOR EULOGIO.- ¡Lo creo!

SECUNDINO.- El otro día le escribí a la Justa, y pa ponerla inolvidable la hice una hache super...

SEÑOR EULOGIO.- ¿Y dónde le pusiste la hache?

SECUNDINO.- ¡Detrás del «ino...»! Y al final la decía: «No te olvido, ni te olvidaré, y una acción como esa, no esperes que yo la cometa...». ¡Tenía usted que haber visto el rabo que puse en la cometa!

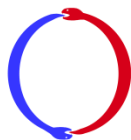
SEÑOR EULOGIO.- ¿Pa que no voltease?...

SECUNDINO.- ¡Quia, hombre; pa acabar la carilla!... ¡Un rabo gótico! ¡Y es que aquí, señor Eulogio, hay vista y entrevista, u sea extinto y cerebro!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Celebro! ¡Celebro verte güeno, anda! (Dándole un cogotazo.) ¡Déjame trabajar! ¡Y ya lo sabes!... ¡Ojo con el asistente ese!

SECUNDINO.- ¿A mí ese?... ¡Lentejas!... (Vase a la tienda.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Sí que descendemos del mono, sí! ¡No hay más que ver a Secundino! (Se sienta y sigue trabajando.)



Escena III

SEÑOR EULOGIO y una VECINA; luego, PÉREZ.

SEÑOR EULOGIO.- (Cantando.)

Con una falda de percal planchá...

VECINA.- (Del foro con una cesta llena de verdura.) ¡Adiós, señor Ulogio!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Hola! ¿De dónde vienes sin verduras?

VECINA.- ¿No lo ve usted?... ¡De la compra!... (Entra en la casa primera derecha.)

SEÑOR EULOGIO.-

¡Y luego se quejan de flato!...

(Mira a la escalera, agachándose.)

¡A listas!...

Y unos zapatos bajos de charol...

Con el mantón de...

(Esto último, cantando.)

PÉREZ.- (Del portal de la casa número siete.) ¡Güenos días!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Hola, Pérez! ¿Qué hay?...

PÉREZ.- Oiga osté, señó Ulogio: ¿ha visto osté si ha bajao por casualidad la Sirila?

SEÑOR EULOGIO.- ¿Que si ha bajao?... ¡Ha bajao!... ¡Y pa que lo sepas, ha estao hablando con Secundino media hora!

PÉREZ.- ¿Con er Secundino?... ¿Ella con ese garabato urtramarino?... ¡Na, que ese chico se ha propuesto quitarme a mí de fumar! Pero ¡mardita sea mi suerte, si no ve osté con dentadura postiza a esa garrapata colonial er día que a mí me se acabe el ochavo de pasiencia que me caracteriza!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Y te advierto que esta tarde van a la Pradera!

PÉREZ.- ¿A la Pradera?... ¿Ellos a la Pradera?... ¡Mardita sea mi suerte!... ¡Pues allí es la ocurrencia!...

SEÑOR EULOGIO.- ¡No te acalores, Pérez!...

PÉREZ.- ¿Que no ma calore?... ¡Si ve usted ar Secundino ese, hágame el orsequio de decirle que como yo le vea en la Pradera esta tarde, si calentura trujere, gorverá con calentura, como dice el réculo que hay encima der chorro! (Vase hacia la casa.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Adiós, Polavieja!

PÉREZ.- (Desde la puerta.) ¡Por estas, que son cruses!... (Entra.)

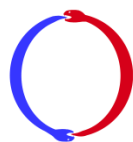
SEÑOR EULOGIO.- ¡Qué exageraos son los de a caballo!

Escena IV

SEÑOR EULOGIO, SEÑOR MATÍAS, JUAN EL MIGAS, PACO EL CURIAL, EPIFANIO y el ROSCA. Se oye en la taberna un gran estrépito de banquetazos, palos, voces y gritos de pelea.

SEÑOR EULOGIO.- (Levantándose asustado.) ¡Anda Dios!... ¡Ya se ha armao aquí dentro! ¡Bronca en el ocho!

(Música.)



SEÑOR MATÍAS (Dentro.)

¡Toma, granuja!

¡Toma, ladrón!

EPIFANIO (Ídem.)

¡Déjame, Rosca!

ROSCA (Ídem.)

No quiero yo.

(Salen a la calle el SEÑOR MATÍAS, y sujetándole el CURIAL y JUAN EL MIGAS.)

SEÑOR MATÍAS

Sal aquí, cobarde,
sal aquí y verás
cómo te acogoto
y no chillas más.

SEÑOR EULOGIO (Sentado en una silla.)

Se armó la bronca,
¡vaya por Dios!
Pero no hay miedo
con estos dos.

EPIFANIO (Saliendo, y con mucha calma.)

Ya estoy en la calle,
¿qué quiere usted?

SEÑOR MATÍAS

Darte un par de tortas.

EPIFANIO

Gracias.

SEÑOR MATÍAS

¡No hay de qué!

EPIFANIO

Es usted un anciano,
respeto sus canas,
y aunque me provoque
yo no tengo ganas,
porque ya usted sabe
que si le hago así,
(Ademán de pegar.)
da usted con sus huesos
en Valladolid.

SEÑOR MATÍAS

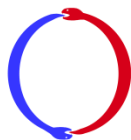
Dejaime en seguida,
le como el redaño.

SEÑOR EULOGIO (Que se ha levantado de su asiento, aparte,
al SEÑOR MATÍAS.)

No coma usted cerdo,
que le va a hacer daño.

EPIFANIO

¡Basta de bromas,
 soltarle ya!
 ROSCA
 Déjale, chico.
 EPIFANIO
 ¡Maldita sia!
 SEÑOR MATÍAS
 A mí los hombres guapos
 de tu fachenda,
 me sirven de entremeses
 pa la merienda,
 porque en cuanto yo quiero
 largar sopapos,
 se acaban en seguida
 los hombres guapos...
 EPIFANIO
 ¡Que no es verdad!
 PACO y JUAN
 ¡Calma, señor Matías!
 SEÑOR MATÍAS
 ¡Maldita sia!
 EPIFANIO
 Yo, cuando quiero sangre,
 me comprometo
 con hombres que merezgan
 algún respeto;
 y no con un pelele
sesagenario
 que es la última palabra
 del *diccionario*.
 SEÑOR MATÍAS
 ¡Que me lo como!
 ¡Dejaime ya!...
 EPIFANIO
 ¡Suéltame, Rosca!
 ¡Maldita sia!
 SEÑOR EULOGIO (Riéndose.)
 ¡La sangre al río
 no llegará!
 SEÑOR MATÍAS
 ¡Ah!
 EPIFANIO
 ¡Ah!
 LOS DOS
 ¡Ah!
 SEÑOR EULOGIO



¡Ja, ja, ja, ja!

(Quedan: SEÑOR MATÍAS, en una actitud furiosa, sujeto por JUAN y PACO, y EPIFANIO, en una actitud semejante, sujeto por ROSCA.)

(Hablado.)

SEÑOR EULOGIO.- (Adelanta mirando al SEÑOR MATÍAS y señalándole con el dedo. Llega cerca de él y le echa una bendición.) *Dominus vobiscum!*

SEÑOR MATÍAS.- (Con coraje.) ¿Y qué es eso?

ROSCA.- ¡Que está usted indultao! (Con desprecio.)

SEÑOR MATÍAS.- ¡Randa! ¡Golfo! ¡So gallina!

EPIFANIO.- Y que no se le olvide a usted el encarguito; ¡su hija de usted es para un servidor!

SEÑOR MATÍAS.- ¿Mi hija pa ti?... ¡Antes la quiero ver muerta! ¡Cien veces muerta!

EPIFANIO.- Mire usted, pollo, tómese usted una taza de tila pa que se le pase el susto, porque es usted una miaja aprensivo, y cuando se haiga usted tranquilizao hablaremos. (Volviéndole la espalda.)

SEÑOR MATÍAS.- ¡Soltarme! ¡Soltarme! ¡Expósito!...

EPIFANIO.- ¡Chis! Y si me ve usted en la calle no tenga usted miedo, que yo no tiro a los gorriónes...

SEÑOR MATÍAS.- ¡Gorrión a mí!

EPIFANIO.- ¡Lo dicho! (Empieza a marcharse.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Adiós, cóndor!

EPIFANIO.- ¡Vamos, Rosca! (Vanse mirando y riéndose por el foro.)

SEÑOR MATÍAS.- ¡Maldita sea mi estampa!... ¡No te vayas..., so gallina! ¡Ven aquí!...

PACO.- (Conteniéndole.) Pero ¿quies callar, señor?... ¡Mía que pue volver!

JUAN.- ¡Gachó! ¡Ties un timbre la mar de escandaloso!

SEÑOR MATÍAS.- ¡Déjame, que lo quio matar!... ¡Ven aquí! ¡Vuelve!... ¡Timador! ¡Golfo! ¡Granuja! (Grita, yendo hacia el sitio por donde EPIFANIO ha desaparecido, y a cada insulto levanta más la voz.)

Escena V

SEÑOR MATÍAS, SEÑOR EULOGIO, JUAN, PACO, SEÑÁ IGNACIA e ISIDRA. Estas últimas salen de la tienda de sillas.

ISIDRA.- (Sale corriendo.) Pero, padre, ¿qué es esto?... ¿Qué le pasa a mi padre?

SEÑÁ IGNACIA.- (Saliendo.) Matías, pero ¿qué ha sido?

SEÑOR MATÍAS.- Nada, señor; no sus apuréis. ¡Total, dos bofetás! Que me... digo que le... (A JUAN.) ¡Dame el sombrero!

(JUAN lo coge del suelo y se lo da. SEÑOR MATÍAS lo limpia con la manga, se lo pone y se arregla la corbata.)



SEÑÁ IGNACIA.- Nosotras oíamos voces, pero como siempre están con broncas en la taberna, no hacíamos caso... ¿Y qué ha pasao?

ISIDRA.- ¿Con quién ha sido? (Con ansiedad.)

SEÑÁ IGNACIA.- (Al ver que SEÑOR MATÍAS no habla y mueve la cabeza como dudando si decirlo.) No nos tengas así, hombre. Habla. ¿Con quién ha sido?

SEÑOR MATÍAS.- ¿Con quién quies que sea? ¡Con... ese!

PACO.- ¡Con Epifanio!

ISIDRA.-¿Con Epifanio?

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Con ese ladrón?... ¿Y no le has matao?... (Con furia.)

SEÑOR MATÍAS.- No me han dejado estos.

JUAN.- ¡Toma, ni él!

SEÑOR EULOGIO.- Pero vamos a ver; la cuestión, ¿por qué ha sido?

SEÑOR MATÍAS.- Pus verá usted por qué, señó Ulogio. Ya sabe usted que Epifanio y esta (Por ISIDRA.) tenían relaciones cordiales desde hace año y medio.

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Así nos hubiéramos muerto toos el día que puso los pies en mi casa!

ISIDRA.- (Llorando.) ¡Ojalá!

SEÑOR MATÍAS.- Bueno; pues hace quince días, cuando esta había ya empezao a hacerse el *trunsó*, averigüemos que Epifanio vivía maritalmente con Esperanza, la fiadora, y que la Esperanza lo mantiene... ¿Qué iba a hacer la chica? ¡Lo que hacen las mujeres honrás! Ella se destrozó el alma, y a él lo mandó... bastante lejos.

SEÑOR EULOGIO.- Ya me figuro dónde.

SEÑOR MATÍAS.- Bien; pues desde ese disgusto mi casa es un panteón de familia. Pero hoy es San Isidro, el santo de esta, y esta mañana les he dicho pa animarlas: «¡Vaya, arreglar la merienda, que esta tarde vamos a ir a la Pradera!». Salgo a invitar a estos amigos, me los encuentro en la taberna, nos sentamos, y me veo en la mesa del rincón a Epifanio con el Rosca. Yo, como es natural, no le hice caso, y me dirijo a estos, les hago la invitación, lo oye él y viene y me dice: «Señor Matías, cuente usted con un anfitrión más para ir con ustedes donde sea». «Epifanio, retírate, porque tú pa nosotros has caído en el panteón del olvido involuntario...». ¡Me parece que la frase era elegante! Pues bueno; me se queda mirando de hito en hito y me da un papirotazo en la nariz que me hizo estornudar, y además me agarra de la solapa y me dice: «Si va la Isidra esta tarde a la Pradera, al primero que baile con ella dígame usted que le hago un chirlo». Me cegué, le di así en la cara, nos liamos a golpes, salimos a la calle, y aquí fuera ya ha visto usted lo que ha sucedido... ¡Que me se ha achicao!

SEÑOR EULOGIO.-No, si yo lo he visto. Bueno; ¿y qué van ustedes a hacer?

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Qué quiere usted que hagamos? ¡Ir esta tarde a la Pradera! (Con resolución.)



ISIDRA.- Sí, señor; y bailar yo con quien se me antoje. ¡Pus no faltaba más!

SEÑOR MATÍAS.- Poco a poco, poco a poco. Esta tarde no salimos de casa.

PACO.- Es lo cuerdo.

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Que no salimos?... Pero ¿le ties miedo?

SEÑOR MATÍAS.- Mujer, es que...

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Cobarde! ¡Gallina! ¡Ma... Matías, no me hagas desbarrar! Pero ¿es que tú gozas en que ese zángano martirice a tu hija? ¡No! ¡Esto se ha acabao, hija mía, que todavía tiene tu madre uñas pa sacarle los ojos al que quiera verte sufrir! ¡Iremos a la Pradera aunque sea solas!

ISIDRA.- ¡Sí, señora, sí!

SEÑÁ IGNACIA.- Y bailará con quien le dé la gana; y tú, si tienes miedo, te quedas en casa; te quitas el bigote, te pones unas enaguas, y para cuando volvamos a ver si me lo tienes todo fregadito. ¡Vamos, hija! (Vase a la casa.)

SEÑOR EULOGIO.- (Yendo detrás de ella.) ¡Olé! Usté es una persona mayor.

SEÑOR MATÍAS.- Pero ¿estáis viendo?... ¡Mia que es pusilánime el seso débil!...

PACO.- ¡Va en caracteres!

JUAN.- Déjalas que vayan solas si quieren, señor; nosotros podemos quedarnos jugando tranquilamente al mus.

SEÑOR MATÍAS.- ¡Quita hombre!

SEÑOR EULOGIO.- Pues más valía que se metieran ustés de doncellas... (Se sienta a trabajar.)

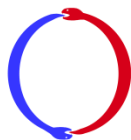
SEÑOR MATÍAS.- ¡Natural, señor!... ¡Hay que ir y que sea lo que Dios quiera!... Conque hasta luego. Que no tardéis.

(Vanse PACO y JUAN por el foro, y el SEÑOR MATÍAS a su casa.)

Escena VI

SEÑOR EULOGIO, solo.

SEÑOR EULOGIO.- (Se levanta.) ¡La Isidra pelea con Epifanio!... ¡Ha llegao la mía! ¡Ha llegao el momento de sacar mi gallo! ¡Y poco que se va a alegrar el pobre Venancio en cuanto sepa que la Isidra está libre! ¡Ese chico sí que la quiere! ¡Porque eso es tener cariño, lo que hace él! Querer a una mujer con fatigas, verla con otro, como él la ve con Epifanio, tener el gusano dentro y contentarse con venir aquí, doblar el morro y mirar a su puerta... ¡Y es que ese chico es más tímido que un pájaro mosca!... Lo que tiene es que yo le quiero más que a un hijo, y voy a hacer locuras pa que esa chica le aprecie...



Escena VII

SEÑOR EULOGIO y SEÑÁ IGNACIA. La SEÑÁ IGNACIA sale de su casa y empieza a descolgar algunas sillas de las que había como muestra en la puerta.

SEÑOR EULOGIO.- ¡La señá Ignacia! ¡Yo le hablo en favor de Venancio! ¡Esta es la ocasión! (Se acerca a ella.) ¡Que sea enhorabuena!

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Está usted de chungo?

SEÑOR EULOGIO.- Lo que estoy es que he visto que es usted una de las madres más maternas que hay, que no consiente usted que le tomen la cabellera a su señora hija...

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Y dígallo usted! Epifanio tie narices porque yo no tengo pelos en la cara, que si no..., ¡qué se había de reír ese ganso de nosotros!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Ahí voy! Señá Ignacia, yo les aprecio a ustedes y quiero que sepa usted una cosa que se me está pudriendo aquí dentro.

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Qué cosa es esa?

SEÑOR EULOGIO.- Que eso de que no hay ningún hombre que se arrime a la Isidra por miedo a Epifanio eso es un cuento de las mil... y pico de noches.

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Que no es verdad? (Con extrañeza.)

SEÑOR EULOGIO.- Yo conozco a uno que la quiere a cegar, y que no le tiene miedo a nadie..., más que a ella.

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Y quién es ese?

SEÑOR EULOGIO.- ¡Venancio!

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Qué Venancio? ¿El panadero?

SEÑOR EULOGIO.- ¡El mismo!

SEÑÁ IGNACIA.- Pues no me he fijao en lo más mínimo. ¿Y la Isidra lo sabe?

SEÑOR EULOGIO.- De seguro que lo ha notao; pero aloca con el otro... no ha estao pa más reparos. Y diga usted que Venancio, en cuanto al físico, no le diré yo a usted que sea un Adonis, ni un Romeo y Julieta; pero en lo tocante a hombría de bien, ríase usted de Guzmán el Bueno y de san Homobono, señá Ignacia...

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Honrao creo que es!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Que si lo es! El año pasao, cuando tuve pulmonía y me encontraba sin amparo y más solo que un sombrero hongo, él fue la única persona que se me arrimó al lecho del dolor de costao y me dijo: «¡No se apure usted, abuelo, que aquí estoy yo!». Y esas palabras las tengo grabás en bronce aquí dentro, y como sé que revienta por la chica, poco he de poder u los vinculo, si usted me lo consiente...

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Que si yo lo consiento?... ¡Sí, señor! ¡Ojalá tenga usted poder pa eso!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Yo lo arreglo todo! ¿Y sabe usted cómo?

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Chis! ¡Chis! ¡Calle usted, que sale la Isidra!



Escena VIII

Dichos e ISIDRA, saliendo de la casa; luego, BALTASARA, en el balcón. Sale con un lebrillo de ropa recién lavada, que tiende en las cuerdas que habrá colocadas en el balcón. Al sacudir la ropa debe oír el público el ruido del agua que cae a la escena.

ISIDRA.- ¡Pero, madre, no se duerma usted, que son las once!

SEÑÁ IGNACIA.- Pues anda, anda, ayúdame a entrar too esto. (Descuelga sillas, que va entrando ISIDRA.)

BALTASARA (Sale al balcón, coge del lebrillo una de las prendas de ropa y la sacude antes de tenderla. Cantando.)

Las mujeres incorrutas,
que se estiman por honrás...

(Sacude y moja al SEÑOR EULOGIO, que se levanta sorprendido.)

SEÑOR EULOGIO.-¡Eh!... ¡Eh!... ¡Chis!... ¡Oye, tú, incorruta!...

BALTASARA.- ¿Qué pasa, maestro?

SEÑOR EULOGIO.- Na; que u sacudes pa otro lao, u me compras un impermeable; ¡tú verás!...

BALTASARA.- ¡Estaría usted muy feo con el hule! (Vuelve a escurrir y prende la ropa en la cuerda con un alfiler.)

SEÑOR EULOGIO.- (Apartándose como si se sintiera mojado.) ¡Oye, tú; haz el favor, que me estás mojando el chagrén!...

BALTASARA.- ¡Ande usted, y que le den dos duros, hombre!... (Continúa sacudiendo y tendiendo la ropa.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Na, esperaremos que pase la nube! (Se aparta.)

BALTASARA.- ¿Y qué le paece a usted mi balcón, señá Ignacia?

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Eso estaba mirando, chica!... ¡Ni el botánico! ¡Vaya una de flores!

SEÑOR EULOGIO.-Misté la enredadora, digo, la enredadera... Cuidao que trepa, ¿eh?

BALTASARA.- Y misté que dos tiestos de claveles. Oye, Isidra, ¿a que no sabes quién me los ha regalado?

ISIDRA.- ¡Qué sé yo! ¡Tienes tanto conocimiento!...

BALTASARA.- Pus... Epifanio.

ISIDRA.- Epifa... (Movimiento de contrariedad.) ¡Caramba, qué suerte!... (Con fingida sorna.)

BALTASARA.- Supongo que no te enfadarás, porque yo sentiría...

ISIDRA.- ¿Yo?... ¡Como si te quiere regalar la quinta del Atanor!...

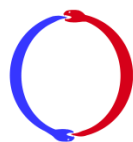
BALTASARA.-Chica, yo no quería admitirlos; pero como me han dicho que habíais roto...

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Claro, has cogido tú los tiestos!

BALTASARA.- ¡No, y luego, créame usted, que lo sentí..., porque tuve que oír lo que quiso hablar!... ¡Y anda diciendo unas cosas de ti, que chica!...

ISIDRA.- ¿De mí? ¿Qué dice de mí? (Con energía.)

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Qué es lo que tie que decir de mi hija?...



BALTASARA.- ¡Pero no se sofoquen ustés, caramba! ¡Si yo lo sé!
¡Vaya, hasta otro rato! (Entra y cierra el balcón.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Adiós, cinematógrafo!

SEÑÁ IGNACIA.- Pero ¿está usted oyendo? ¡Le digo a usted, señó Eu-
logio, que debía venir la viruela!...

SEÑOR EULOGIO.- Pero ¿qué adelantábamos, si esa está revacuná?

SEÑÁ IGNACIA.- (A la ISIDRA que llora en silencio y se limpia las
lágrimas.) ¡Oye..., tú! Pero ¿qué haces? ¡Pus no está llorando!... ¡Pero Isi-
dra!

ISIDRA.- ¡Déjeme usted, madre, déjeme usted!

SEÑÁ IGNACIA.- Pero ¿ve usted?...

SEÑOR EULOGIO.- Pero ¿qué quiere usted que haga la infeliz?... ¡Va-
mos, que si fuera hija mía!... ¡Na, que le digo a usted, señá Ignacia, que su
marido de usted es de clases pasivas! ¡Si esta me tocara lo más mínimo...
tiros había aquí!...

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Y tú ten formalidad algún día, y olvida ya de una
vez a esa mala peste de hombre!... ¡Olvídalo!...

ISIDRA.- ¡No quiero!... ¡No quiero olvidarlo... pa no dejar de aborre-
cerlo!... ¡Si yo no lloro por él!... ¿A mí qué? Si la hiel y la rabia, que me
ahogan de pensar que no tengo quién me defienda...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Pero ven acá, so lila! Si tú has despreciao a toos
los que te se han arrimao..., ¿quién va a defenderte? ¿U es que quieres que
te defiendan por teléfono?...

ISIDRA.- Los he despreciao, porque yo he querido a ese hombre a
cegar y no podía querer a otro, pero hoy...

SEÑOR EULOGIO.- Hoy, ¿qué?

ISIDRA.- Créame usted, señó Ulogio, que hoy le haría caso al que se
me acercara, a cualquiera que pase (Con energía.) al primero que llegue...

Escena IX

Dichos y VENANCIO, por el foro; sale con la cesta del pan a la cabeza.

VENANCIO.- ¡Buenos días! (Las ve y se queda parado.)

SEÑÁ IGNACIA.- (Aparte.) ¡Él! (Alto.) ¡Buenos días, Venancio!

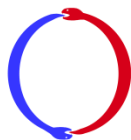
SEÑOR EULOGIO.- (Aparte.) ¡Anda, Dios, qué oportunidad! (Alto,
a ISIDRA.) ¿Con que el primero que llegue?

ISIDRA.- ¡Qué sé yo! ¡Pue que sí!... (Entra en su casa.)

SEÑÁ IGNACIA.- (Siguiéndola.) ¡Lástima de hija!

SEÑOR EULOGIO.- (Aparte.) ¡Cosa hecha! (Se sienta a trabajar.)

VENANCIO.- ¡Ni me ha mirao! (Deja la canasta en el suelo y queda
mirando a la puerta de ISIDRA.)



Escena X

Dichos y VENANCIO.

SEÑOR EULOGIO.- (Después de una pausa.) ¿Qué?... ¿Se sabe si se han nivelao ya los presupuestos?

VENANCIO.- ¡Qué sé yo!... ¡Señó Ulogio, yo no sé qué tie esa mujer para mí! ¿Usté ve que la he visto?... ¡Misté cómo me he quedao!

SEÑOR EULOGIO.- (Le toca la mano.) ¡Frapé!

VENANCIO.- ¡Un mármol!...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Anda, siéntate, marmolillo!...

VENANCIO.- (Dándole un pan.) Tome usté lo suyo, que me falta repartir en dos o tres casas todavía.

SEÑOR EULOGIO.- No tengas prisa, hombre, que tenemos que hablar tendidamente.

VENANCIO.- Nosotros... ¿De qué?

SEÑOR EULOGIO.- ¡Pus... de ella!

VENANCIO.- (Con rapidez.) ¿De ella?... ¿Qué?... ¡Ande usté!...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Venancio, vamos claros! ¿Tú deseas reírte de las aves que topan?

VENANCIO.- ¿Yo?... Bueno, explíquese mejor, porque...

SEÑOR EULOGIO.- ¿Tú quieres a la Isidra?...

VENANCIO.- ¿Quererla? ¡Es poco! Más que eso, señó Ulogio, ya lo sabe usté...

SEÑOR EULOGIO.- Entonces, claro, con ese genio que tienes estás aguardando a que la chica un día se enfade, te saque de tu casa y te deposite judicialmente..., ¿verdad?

VENANCIO.- Yo callo... porque..., porque sé lo que es el mundo.

SEÑOR EULOGIO.- ¿Tú?... ¡Tú qué vas a saber! ¡Tú eres un misto de pardillo y jilguero! ¡El mundo!... ¿Quieres saber lo que es el mundo?... ¡Pues oye, y sácate una copia! El mundo, Venancio, en lo referente al amor, es talmente una zapatería: la juventud es el escaparate, las mujeres son el calzao, y el hombre el parroquiano. Las mujeres, como el calzao, ca una tie una piel distinta...; las ties dende becerro (que Dios nos libre), hasta el charol más fino y reluciente. Ahora, que la mujer es un calzao que tie el defecto de que no lo hacen a la medida. ¿Qué tie que hacer el hombre?... Pues mirar por el escaparate y escoger a ojo, y decir aquel calzao es el mío, y entrar a disputárselo al *sursum curda*... ¿Me entiendes?... Bueno, tú has encontrao lo que te gusta, pues entra a cogerlo, cuéstete lo que te cueste, y cástate pronto, porque mira, chico, el hombre que no se casa, u sea el que no va calzao como Dios manda, tie que andar con chanclas toa su vida... y pa eso más vale que te coja un Carriquirri..., créemelo.

VENANCIO.- ¡Pero es que ese calzao que usté me aconseja es de una piel mu fina pa mí!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Quita, primo! ¡La Isidra te está que ni pintá! ¿Y sabes por qué?

VENANCIO.- ¿Por qué?

SEÑOR EULOGIO.- ¡Porque te la he puesto yo en la horma!



VENANCIO.- Pero ¿qué está usted diciendo?

SEÑOR EULOGIO.- Que la he hablado de ti y que te espera. ¿Lo quieres más claro? ¡Y que es preciso que la hables en seguida!

VENANCIO.- ¿Yo?... Pero... ¡juste me está volviendo tarumba, señor Ulogio! ¿Ella a mí?...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Sí, señor!... ¡Lo de Epifanio se ha acabado, y vas a hablarla; pero cómo, ahora mismo! ¡Voy a llamarla!

VENANCIO.- ¡No! ¡Eh! ¡Estese usted quieto!... ¡ahora no! ¿Qué voy a decirle yo ahora? (Deteniéndole.)

SEÑOR EULOGIO.- ¿Que qué vas a decirle?... Pues te arrimas a ella y la viertes estas frases en la oreja izquierda: «Isidra, aquí dentro tengo un corazón pa usted, y allá arriba un cuartito y un pedazo de pan pa los dos; ¿usted gusta?».

VENANCIO.- ¿Y si me dice que no tiene gana?

SEÑOR EULOGIO.- ¡La das un vermú; mía tú este! Además, ¡hoy la pue caer en gracia!

VENANCIO.- ¿Cómo?...

SEÑOR EULOGIO.- Regalándola, como obsequio, por su santo, dos tuestos de claveles iguales que aquellos.

VENANCIO.- ¿Pa qué?

SEÑOR EULOGIO.- Tú obedece y calla, que yo me entiendo, y aguarda que voy a llamarla.

VENANCIO.- ¡No! (Deteniéndole.); ¡Por Dios!... ¡Hoy, no! ¡No la llame usted, que no tendría valor!... ¡Otro día!...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Qué otro día!... ¡Ahora mismo!... (Llamando.) ¡Isidra!...

VENANCIO.- ¡No! ¡Por Dios! ¡Que si me la veo delante me muero! ¡No!...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Tú te callas!... ¡Isidra!... (Volviendo a llamar.)

VENANCIO.- ¡No!

Escena XI

Dichos e ISIDRA, saliendo de la casa.

ISIDRA.- ¿Qué quiere usted?

VENANCIO.- (Azoradísimo, aparte.); ¡Ella! ¡Me ha perdido! (Empieza muy nervioso a hacerse nudos en los picos de la blusa y a retorcerlos.)

SEÑOR EULOGIO.- (A ISIDRA.); ¡Ven! Haz el favor...; coge de aquí. (Entrégale un pico de la blusa de VENANCIO.)

ISIDRA.- ¿Yo? (Con extrañeza.)

VENANCIO.- Pero, hombre..., que...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Coge, mujer..., coge de aquí..., (ISIDRA lo coge.) y no le sueltes hasta que este te diga una cosa que quiere decirte!...

ISIDRA.- ¿A mí?

VENANCIO.- ¡No!... Pero si yo... no la...



SEÑOR EULOGIO.- ¡Revienta de una vez, hombre! Conque arreglarsus. (Saliendo.) ¡La primera vez de mi vida que he hecho de cimbel! (Entra en la casa.)

Escena XII

VENANCIO e ISIDRA.

ISIDRA.- (Después de una pausa, durante la cual VENANCIO la mira a hurtadillas, sin atreverse a hablarla.) ¡Pues tú dirás! (Soltándole la blusa.)

VENANCIO.- (Muy azorado, soplando por el sofoco y limpiándose el sudor.) No, si yo... es que la...

(Música.)

ISIDRA

Anda, y desembucha
lo que has de decir.

VENANCIO

Dispénsame Isidra;
tengo un nudo aquí.

ISIDRA

Desátalo y habla.

VENANCIO

Si no puede ser.

ISIDRA

¿Por qué?

VENANCIO

Porque... ¡Vamos,
no digo el porqué!

ISIDRA

Cuando el hombre no es hombre de veras,
y hablar con mujeres
le da desazón,
pues... se debe dir a las afueras
y andar con los chicos
jugando al peón.

(Va a marcharse.)

VENANCIO

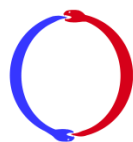
Oye, espera un momento si quieres,
que voy a decirte...
¡que tienes razón!
Aunque yo, pa las otras mujeres,
no soy tan cobarde
ni soy tan melón.

ISIDRA

Pues vete con ellas.

VENANCIO

Si no quiero dir.



ISIDRA

Pues habla en seguida.

VENANCIO

¡Lo voy a decir!
Isidra, yo siento
fatigas...

ISIDRA

¿Por qué?

VENANCIO

(Acobardándose.)
Por... nada. ¡Recontra!
¡Ya me atraganté!

VOZ (Dentro.)

¡Buenos tiestos de claveles dobles!

VENANCIO

¿Te gustan los claveles?

ISIDRA

¡Pues ya lo creo!

VENANCIO

Si yo te los regalo,
¿me harás un feo?

ISIDRA

No tengo esa costumbre.

VENANCIO

¡Bendita seas!
Voy a escape por ellos
para que veas.

ISIDRA (Deteniéndole.)

Espera un poco.
¿Qué voy a ver?

VENANCIO

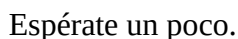
Pues que yo... ¡Vaya
que no pue ser!

ISIDRA

Maldigo y reniego
de tu cortedad.
¡Un hombre que calla
no sirve pa na!

VENANCIO

Las palabras, que aquí se me anudan.
Maldigo y reniego
de mi cortedad.
¡Que no sepa decir lo que siente
un hombre que sabe
querer de verdad!...
(ISIDRA va a marcharse.)



ISIDRA

Ya no hay ocasión.

VENANCIO

En cuatro palabras
está la cuestión.

ISIDRA

Pues dilas.

VENANCIO

Que tengo
deseos...

ISIDRA

¿De qué?

VENANCIO

¡De... nada! ¡Recontra!
¡Ya me atraganté!

VOZ (Dentro.)

¡Buenos tiestos de claveles dobles!

ISIDRA (Riéndose.)

El de los claveles
se va por allí.

VENANCIO (Decidido.)

¡Pues voy a traerlos,
pa que hablen por mí!

(Vase VENANCIO corriendo por el foro y la ISIDRA se mete en su casa.)

Escena XIII

SEÑOR EULOGIO, EPIFANIO y el ROSCA.

Hablado.

SEÑOR EULOGIO.- (De la casa.) ¿Qué habrá pasao? ¡Se han ido!
¡No se ve a naide! Digo, ¡contra!... ¡Epifanio viene!... (Se sienta a traba-
jar.)

EPIFANIO.- (Por el foro.) A estos... (Señalando la casa del sillero.) les estropeo yo la merienda esta tarde.

ROSCA.- No te ofusques, Epifanio, no te ofusques, y deja ya a la Isidra, porque de esa no has sacao ni sacarás... ¡pero que ni agua!

EPIFANIO.-Ya sé que no he sacao na; pues ese es mi coraje... ¡Pero yo te juro que no me voy de rositas!

ROSCA.- ¡Epifanio!

EPIFANIO.- ¡Rosca... al Retiro!

(Vase ROSCA a la taberna. A EULOGIO.)

Oiga usted, maestro: ¿sabe usted, por una casualidad, si ha salido la Isidra?



SEÑOR EULOGIO.- ¿La Isidra?... No sé... digo, sí, hombre; ahora que me acuerdo hace un rato que la he visto ahí en la puerta hablando con su novio.

(EPIFANIO hace un aspaviento de asombro, que asusta a EULOGIO.)

EPIFANIO.-¿Con su qué?...

SEÑOR EULOGIO.-¡Con su novio! ¡Con ese chico que la habla ahora!

EPIFANIO.-Pero ¿cuálo?

SEÑOR EULOGIO.-¡Ese chico... Venancio! ¡El panadero ese!... ¡Na!

EPIFANIO.- ¿Conque ese?...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Creo que sí! Y no tardará... porque me parece que ha dicho que se iba a comprar dos tiestos de claveles. ¡Na, tontería! ¡Na! (Bajo.) ¡Toma sogá! (Entra en la casa.)

Escena XIV

EPIFANIO y VENANCIO.

EPIFANIO.- ¡Anda Dios! ¿Conque Venancio se ha atrevido? ¡Pues na, que lo perniquiebro un brazo en cuanto le vea! ¡Digo, ni pintao! ¡Por allí viene! ¡Y con los claveles! ¡Se la gana! (Se oculta en la esquina de la tienda.)

VENANCIO.- (Sale muy risueño cargado con un tiesto de claveles.) ¡No los llevaba mejores! ¡Cuando los vea! (Se acerca a la casa a llamar.) ¡Isi... (Se detiene al ver a EPIFANIO, que adelanta sonriendo con sorna.) ¡Anda, el otro! (Tratando de ocultar el tiesto.) ¿Qué hago yo con esto ahora?

EPIFANIO.- ¡Chis! ¡Pollo!

VENANCIO.- ¿Qué?

EPIFANIO.-¡Que se ve un capullo!

VENANCIO.- No importa.

EPIFANIO.- ¿Y dónde va usted con tanto reventón?

VENANCIO.-Donde me parece.

EPIFANIO.- ¡Chis! (Le detiene poniéndole la contera del bastón en la cara.) ¡Caramba, joven, ¿sabe usted que me han engañao?

VENANCIO.-¡No sé nada!

EPIFANIO.- Pues me han engañao, porque me habían dicho que era usted un cachorro de lanas, y veo que no, que usted es ratonero.

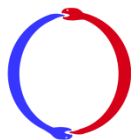
VENANCIO.- Yo... soy un hombre que no quie meterse con nadie... eso es lo que soy.

EPIFANIO.- ¡Un hombre! ¿Y a usted le hacen mucha falta las muelas, joven?

VENANCIO.- ¡Regular!

EPIFANIO.-¿Y qué haría usted si yo le extrajera unas varias? ¿Llorar? (Con guasa.)

VENANCIO.-Misté, déjeme usted en paz, señor Epifanio, que yo no me he metío con usted para nada.



EPIFANIO.- ¿Que no se ha metío usté conmigo? ¡So tórtola! ¿Y se dirige usté a la Isidra sabiendo que es cosa mía?

VENANCIO.- ¡Yo no sabía eso!

EPIFANIO.- ¡Pues sépalo usté! Esa joven está prohibida.

(Aparecen en las puertas respectivas EULOGIO e ISIDRA, y quedan ocultos oyendo el resto de la escena.)

VENANCIO.- Eso lo veremos.

EPIFANIO.- ¡Ya está visto! Por lo tanto se lleva usté ese tiesto a su casa y se lo regala usté a la portera.

VENANCIO.- ¡Usté me dispense, pero este tiesto es pa la Isidra! (Con energía.)

EPIFANIO.- ¡Quia!

VENANCIO.- ¡Es para ella!

EPIFANIO.-¿Para ella? ¡Tire usté eso! ¡So primo! (Se lo tira de dos manotazos.)

VENANCIO.- (Furioso.)¡A mí! (Va a abalanzarse a EPIFANIO.)

Escena XV

Dichos, ISIDRA y el SEÑOR EULOGIO.

ISIDRA.- (Salen y detienen a VENANCIO.)¡Venancio! ¡No!

EPIFANIO.- (A ISIDRA, señalándole los claveles que están en el suelo.)¿Los ves? (Riendo.) ¡Conque pa ti! (A VENANCIO.) ¡So párvulo! (Entra riendo en la taberna.)

ISIDRA.- ¡Ladrón! (Con furia entra en su casa.)

VENANCIO.- (Casi llorando de coraje, se abalanza a la mesa del zapatero y coge la cuchilla.) ¡Le parto el alma!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Venancio! (Sujetándole.)

VENANCIO.-Le parto el corazón, suélteme usté. (Forcejea.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Quieto!

VENANCIO.- ¡Suélteme usté, suélteme usté, señó Eulogio, u no respondo!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Chis! Que viene gente. ¿No oyes? ¡Quieto ahora! ¡Ya le buscaremos!

VENANCIO.-¡Sí, pa matarlo!, ¿eh?

SEÑOR EULOGIO.- ¡Pa lo que quieras!

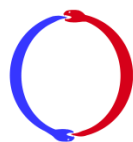
(Le entra en la casa a empujones, después que luchan y forcejean.)

Escena XVI

JUAN EL MIGAS, PACO EL CURIAL, SEÑORA JUSTA, coro general de convidados; después, SEÑOR MATÍAS, SEÑÁ IGNACIA e ISIDRA;

luego, EPIFANIO y el ROSCA; al fin, SEÑOR EULOGIO y VENANCIO.

Música.



CORO (Dentro.)

Alegre es la mañana
y hermoso el día;
hoy va a ser cosa buena
la romería.
¡Vamos allá!
Y el que no se divierta
tonto será.

(Salen a escena formados marchando a la cabeza. PACO EL CURIAL,
con una bota muy grande, y JUAN EL MIGAS, con una cesta.)

MUJERES

Veréis cómo la Isidra
tarda una hora.

HOMBRES

Es que ella nunca ha sido
madrugadora.

MUJERES

Y se estará poniendo
la ropa nueva,
pa bailar en el santo
si hay quien se atreva.

HOMBRES

¡Pues no ha de haber!

MUJERES

Silencio, que eso pronto
lo hemos de ver...

JUAN y PACO (Al mismo tiempo.)

Vamos, señor Matías,
anden ligeros,
que esperan aquí todos
los compañeros.

ISIDRA (Dentro.)

Ahora mismo salimos.

MATÍAS (Ídem.)

Voy en seguida.

(Sale ISIDRA con pañolón de Manila.)

HOMBRES

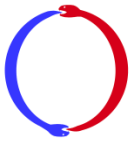
¡Olé las buenas mozas!

MUJERES

¡Qué bien vestida!

ISIDRA

Aquí estoy preparada y dispuesta
pa dir a la fiesta
con todos ustés,
y ande ya porque estoy deseando
pasarme bailando



dos horas o tres.

HOMBRES

Pues por nosotros
no ha de quedar,
pero Pifanio
se va a enfadar.

ISIDRA (Con coraje.)

Que nadie diga
nada de ese hombre,
porque no quiero
que me lo nombren.

CORO (Aparte.)

¡Qué modo de engañar,
qué bien hace el papel!
¡No quiere confesar
que la ha dejado él!

SEÑÁ IGNACIA (Saliendo. Lleva también pañuelo de Manila.)

¡Hola, señores!

SEÑOR MATÍAS (Saliendo.)

Muy buenos días.

CORO

¡Señora Ignacia!
¡Señor Matías!

SEÑOR MATÍAS

Si estamos todos
vamos allá;
que si no el santo
se enfadará.

TODOS

Alegre es la mañana
y hermoso el día,
hoy va a ser cosa buena
la romería.

(Al empezar el desfile salen de la taberna EPIFANIO y el ROSCA.)

EPIFANIO

¡Un momento!

(Deteniendo a todos.)

ISIDRA

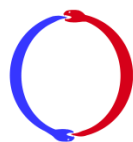
¿Qué quieres?

EPIFANIO

Con tu licencia,
tengo que hacer a estos
una advertencia.

MUJERES (A los hombres.)

Ya está Epifanio
provocativo.



HOMBRES (A ellas.)

Como le falte
le como vivo.

EPIFANIO (Con mucha calma.)

¿Por qué se van ustedes
a la Pradera
y a mí no me convidan?

ISIDRA

Pues bueno fuera.

EPIFANIO

Están ustedes
en su derecho,
y que les haga
muy buen provecho,
pero tengo que darles
un consejo de amigo.
¡Que esa chica no baila
más que conmigo!

(Por ISIDRA.)

SEÑOR MATÍAS (Furioso.)

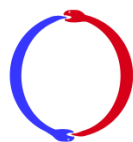
Bailará con quien quiera.
¡Pues no faltaba más!
Y aquí está quien te come
los hígados, si vas.

EPIFANIO

Usted debe callarse,
señor Matías,
porque son estas cosas
suyas y mías.
Conque, señores,
digo, lo dicho;
al que esta tarde
tenga el capricho
de sacar a Isidra,
nada más que una vez,
allí mismo, ¡por estas!,
le rebaño la nuez.

SEÑÁ IGNACIA (Furiosa.)

¡Tú rebañas muchos
pedazos de pan!
¡Canalla, granuja,
boceras, charrán!
(A los hombres.)
De tantos mozos
como hay aquí,
¿nadie rechista?



¿Qué hacéis así?
¿Es que no hay un hombre
de veras u qué?...

ISIDRA

¡No hay ninguno, madre;
no se canse usted!

VENANCIO (Saliendo de la casa de la derecha con el se-
ñor EULOGIO.)

¡Servidor!

ISIDRA (Con alegría.)

¡Venancio!

VENANCIO

Hay uno.

EPIFANIO (Burlonamente.)

¿Tú?

VENANCIO

¡Yo!

¡Yo bailo con ella!

EPIFANIO

¡Me paice que no!

CORO (Aparte.)

Buena se prepara,
por lo que se ve.

VENANCIO (A EPIFANIO.)

Allí nos veremos.

EPIFANIO (A VENANCIO.)

Allí te veré.

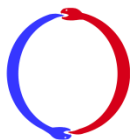
PACO

Ea, señores,
no ha pasao na;
a divertirnos
vámonos ya.

TODOS (Yéndose.)

Alegre es la mañana
y hermoso el día;
hoy va a ser cosa buena
la romería.
Vamos allá,
y el que no se divierta
tonto será.

(Se van todos, menos EPIFANIO y el ROSCA, que quedan en medio de
la escena, y EULOGIO y VENANCIO, a la puerta de la casa de la dere-
cha, mirándose en actitud de reto, marchándose EPIFANIO y
el ROSCA por el foro, riéndose, y EULOGIO y VENANCIO se meten
en la casa.)



Cuadro II

El puente de Toledo la tarde de San Isidro.

Escena I

SECUNDINO, solo.

SECUNDINO.-Pues, señor, llevo un cuarto de hora arrimao a la bola, y la Cirila sin venir. ¿Se habrá encontrao con el bruto de ese asiste?... ¡Le tengo una tirria a la tropa!... Porque ya se sabe, el comercio y la melicia semos de los más rivales que hay... en lo que toca a las criadas, porque, claro, un paisano, por mucho que quiera, no pue salir de un saqué, bien mezclilla, bien de cuadros, y los melitares tienen el aquel del uniforme. ¡Digo! Pues si me pusiese yo un casco con llorón de cerda, guerrera ajustá, mi pantalón de punto, mi media bota, mi sable, mis espuelas y un puro así, y me fuese a paseo a la plaza de Oriente, setenta y siete o setenta y ocho niñeras con pasión de ánimo a la primera vuelta... Pero, claro, con este traje, too lo más que las causo es itericia. Gracias que la Cirila tie un pupilaje pa distinguir a la juventud comercial, que me río yo... Esta tarde nos columpiamos, y la voy a dar unos vaivienes en un columpio de esos de que dicen: «¡Ay, qué gusto da el mareo!», que va a ser la desconyuntura. ¡Calla! ¡Ella! ¡Allí viene...! ¡Cirila! ¡Cirila!

Escena II

CIRILA, una NIÑA y SECUNDINO.

SECUNDINO.- ¡Chica, creí que no venías!

CIRILA.- ¡Pus gracias que me han dejao, y mia el rabo que traigo!

SECUNDINO.-¡La niña! ¡Anda su madre! ¿Por qué no la has dejao en la cuna?...

NIÑA.- ¡Yo quiero ir al brazo!

SECUNDINO.-¡Cállate, chica; si no, no te compro un matasuegras!

CIRILA.-Bueno, ¿y en qué vamos a pasar la tarde?

SECUNDINO.- ¡Primero te compro el pito más grande que haiga, y luego nos columpiamos!

CIRILA.- ¡Sí, eso, eso, que a mí me gusta mucho!

SECUNDINO.- Y después, ¿sabes lo que hacemos?

CIRILA.- ¿Qué?

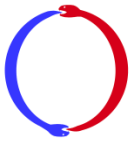
SECUNDINO.- Nos vamos a la fotografía instantania y nos hacemos un grupo de cada uno, y luego uno de los tres juntos.

CIRILA.- ¡Eso!... ¡Yo de busto!

SECUNDINO.-Justo; tú, de busto; la niña sentá en el suelo, detrás de ti pa que no se asuste, y yo de cuerpo entero, apoyao así, tocando el pito, la metá de la cabeza recliná en tu busto y la otra metá de perfil, mirándote así...

CIRILA.- ¡Vamos, vamos, zaragata!... ¡No te fijas tanto, que me enturbias la vista!

SECUNDINO.- ¡Arza pa el columpio!



NIÑA.- ¡Yo quiero ir al brazo!

SECUNDINO.- ¡Vamos, chacha! (La coge.) ¡Yo me columpio con niña y too!

(Vanse.)

Escena III

PÉREZ y TORRIJA, vestido de carrero de un regimiento.

TORRIJA.- ¡Míala, por allí va!

PÉREZ.- ¡Ya la he visto...! ¡Con la niña y el Secundino!... ¡Maldita sea su estampa!... ¡So infiel!... Pero míalas: ¡si esta tarde no corre por esa Pradera más sangre que cañamones dan por catorce pesetas... aunque sea mala comparación, que sí es!...

TORRIJA.- ¡Calma, ten calma!

PÉREZ.- ¿Calma yo?... ¡Maldita sea mi suerte, si no cojo a ese hombre y hago un triple asesinato con él!... ¡Maldita sea la!... (Yéndose.)

TORRIJA.- ¡A este le va a perder el carácter!

(Vanse.)



Cuadro III

La Pradera de San Isidro el día del Santo. A la derecha, un merendero rodeado de mesas y banquetas. A la izquierda, un columpio que juega. En primer término, al mismo lado, mesas y banquetas de otro merendero supuesto. Puestos de vendedores ambulantes, tiovivos, barracones de figuras de cera, etc., etc. Corro de gente merendando, bailes, romeros que van y vienen. Animación extraordinaria.

Escena I

Preludio, en el que suenan mezclados los estrepitosos ruidos de la fiesta, organillos, murgas, redobles de tambor, voces, gritos de vendedores, algazara de la gente, etcétera.

Música.

CORO

Con tres o cuatro orquestas
de varias clases,
pueden bailarse a tiempo,
polcas y vales;
y con tanto barullo,
con tanto ruido,
nos alegramos todos
de haber venido.

Escena II

CIRILA, SECUNDINO y la NIÑA, comiendo rosquillas.

Hablado.

CIRILA.- (Con un pito grandísimo, rodeado de flores de papel.) ¡Pero
mía que es hermoso! (Le toca.)

NIÑA.- ¡Yo quiero un pito grande como ese!

SECUNDINO.- Cuando seas mayor.

CIRILA.- Bueno, y ahora nos columpeamos.

SECUNDINO.- ¡Mira, mira, ahora bajan de ese columpio!

CIRILA.- ¡Pus anda, vamos nosotros!

SECUNDINO.- Yo me subiré primero y me das la niña. (Se
sube.) ¡Ajajá! ¡Venga la chica!

CIRILA.- ¡Toma!

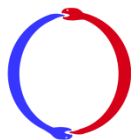
(Suben a la NIÑA.)

NIÑA.- ¡Y cuando yo diga, das tocino!

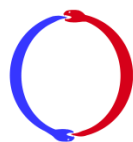
CIRILA.- ¡No, si yo voy a subir también! ¡Dame la mano! (Va a
subir.)

Escena III

Dichos, PÉREZ y TORRIJA.



PÉREZ.- (Sale y detiene a CIRILA.) ¡Arto!
CIRILA.- ¡María Santísima! ¡Pérez!
SECUNDINO.- ¡Huy, el asistente!
PÉREZ.- ¡Venga usted acá, fregatriz adurterina!
CIRILA.- ¡Haga usted el favor de retirarse, que no tengo ganas de conversación!
SECUNDINO.- ¡Oiga usted, melitar, u deja usted a la señora, u bajo!
PÉREZ.- ¡Anda con él, Torrija!
(TORRIJA empieza a mover el columpio, y cada vez que SECUNDINO quiere bajar le da un palo en las piernas.)
SECUNDINO.- ¡Eh!... ¡Chis!... Pero ¡eh!... ¡Pare usted!... ¡Que me pare usted! ¡Eh!
NIÑA.- (Muy contenta.) ¡Tocino! ¡Tocino! (Palmoteando.)
CIRILA.- ¡Por Dios, la niña!
PÉREZ.- (Cogiéndola de un brazo.) ¡Venga usted acá, sirena corrompida!... ¿A usted le parece bien puesponerme a mí a esa lamprea urtramarina?...
SECUNDINO.- ¿Lamprea? ¿Yo?... ¡Pare usted!...
TORRIJA.- (Dándole más fuerte.) ¡Quieto!
NIÑA.- ¡Tocino! ¡Tocino!
CIRILA.- ¡Tú ties la culpa!
PÉREZ.- ¿Yo?... ¡Infieles!... ¡Lo sé todo! ¡Sé lo de tu señorito, que me lo acaban de contar!
CIRILA.- ¿Quién?
PÉREZ.- La Vicenta.
CIRILA.- ¿Esa golfa?
PÉREZ.- Sí, señora; que está allí en aquel grupo, y te lo dirá en tu cara.
CIRILA.- ¿A mí ese pingo?... ¿Y está allí?... ¡Vamos a ver. Si me lo dice, la arranco el moño! Aguarda un rato.
SECUNDINO.- ¡No! ¡Eh! ¡Chis! ¡Parame! ¡No te vayas, Cirila!
PÉREZ.- ¡Tenga usted a la niña, que en seguía volvemos!
(TORRIJA le da más fuerte, y vanse corriendo.)
SECUNDINO.- ¡No! ¡Eh!... ¡Chis!... ¡Melitar!... ¡Se van!
NIÑA.- ¡Tocino! ¡Tocino!
SECUNDINO.- ¡Eh, parame, parame! ¡Eh, buen hombre, haga usted el favor! (A un PALETO que pasa.) ¡Haga usted el favor, por Dios!
PALETO.- ¿Que dé con más fuerza?... ¡Güeno! (Le da más fuerte al columpio y se va.)
SECUNDINO.- ¡No, eh, por Dios, que no era eso...! ¡Amigo!... ¡Chis!... ¡Oiga usted!... (A un ROMERO que pasa.)
ROMERO.- ¡Esos de pueblo no saben! ¡Verá usted yo! (Le da más fuerte y vase.)
SECUNDINO.- ¡No, si no es eso! ¡Eh! ¡Chis!... ¡Y yo ya no los veo!... (Para el columpio.)
NIÑA.- Pero ¿no nos dan tocino?



SECUNDINO.-¡La morcilla es lo que nos debían de dar! ¡Infames!...
¡Se la ha llevao!

(Bajan.)

¡Vamos, chica!

NIÑA.-¿Vamos por rosquillas?

SECUNDINO.- ¡Por tripas de melitar! ¡Cirila!... ¡Cirila!... ¡Y haberla
compraó este pito pa eso!... (Vase corriendo. Se lleva la NIÑA al brazo.)

Escena IV

La orquesta toca parte del pasacalle, y a los últimos compases salen PACO EL CURIAL, que va delante con la guitarra al hombro; detrás, varios con cestas y botas de vino, otros con bandurrias y guitarras; detrás las mujeres palmoteando y riendo, y a lo último JUAN, SEÑÁ JUSTA, ISIDRA, SEÑÁ IGNACIA y SEÑOR MATÍAS, con cestas y líos. Coro general.

Música.

TODOS

Alegre es la mañana
y hermoso el día;
hoy va a ser cosa buena
la romería.
¡Vamos allá
y el que no se divierta
tonto será!
(Hablado.)

PACO.- ¡Alto... ar!...

SEÑÁ IGNACIA.- Bueno; ¿nos quedamos aquí?

PACO.- Yo creo que aquí, porque como barullo, es donde hay menos barullo.

TODOS.- ¡Sí, sí! ¡Aquí, aquí!

SEÑOR MATÍAS.- Pues vengán las cestas. (Se las llevan.)

MUCHACHA.-Traer la comba.

UNO.-¿Quién quiere columpiarse?

VARIOS.- ¡Yo... yo!...

(Saltan, juegan, se columpian, etc.)

SEÑOR MATÍAS.- (A PACO.)Oye, Paco: tú que eres de la curia, recomiéndales a ellas y a ellos que usen del mayor tiento en juegos y demás.

PACO.- No tenga usted cuidao, que yo les hablaré individualmente uno por uno a cada cual. Por de pronto examinaré las botas. Esta parece que rezuma. (Se empina la bota y bebe.)

SEÑÁ JUSTA.- (A la SEÑÁ IGNACIA.)Pero ¿no ve usted a mi marido?... ¡Ya empieza! (Interrumpiéndole.) Pero ¿qué haces?

PACO.- (Muy enfadado.) ¡No me cortes la acción, señor, que es muy dañino, hombre! (Bebe.)

SEÑÁ JUSTA.- ¿Dañino?



PACO.- ¡Me se meten en el vedao, y luego veremos quién pierde! (Bebe.)

SEÑÁ IGNACIA.- Déjelo usted.

SEÑÁ JUSTA.- ¡No quiero que abuse!

PACO.- ¡Si por eso no quio llevarla a ningún lao! ¡Esta es como los baños del Molar!... ¡No sirve más que pa quitar el humor!

(Se va bebiendo. Bajan varios invitados bebiendo.)

CONVIDADO 1.º.- ¡Que te digo que esos mansos, a lo mejor, dan un chasco!...

CONVIDADO 2.º.- ¡Yo te digo que no, vaya! ¡A que no viene el panadero!...

CONVIDADO 3.º.- ¡Pue que venga!

CONVIDADO 2.º.- ¿Quién se quiere jugar cinco duros a que no viene?

ISIDRA.- (Que ha estado oyendo, se acerca.) ¡Yo! ¡Yo juego esos cinco duros!

CONVIDADO 2.º.- ¿Contra qué?

ISIDRA.- ¡Contra esto! (Se quita el mantón de Manila y se lo tira a la cara.)

CONVIDADO 2.º.- (Devolviéndoselo.) ¡No quio que te vuelvas a cuerpo!

ISIDRA.- ¡Si lo jugara por ti, puede!... ¿Quiés tener el gusto de bailar conmigo el primer baile?... ¿A que no?...

CONVIDADO 2.º.- ¿Que no?... Di tú que no puedo, porque estoy comprometido con... con... esta creo que es...

UNA.- ¡Conmigo, no!

CONVIDADO 2.º.- ¿No?... ¡Bueno ya no me acuerdo!... ¡Pero yo estoy comprometido con alguien!

ISIDRA.- ¡Con el miedo! ¡Gallina!

(Despreciándole. Vanse los invitados.)

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Por Dios, Isidra, no te exaltes, ni te sofoques!

MATÍAS.- ¡Ten cachaza, Isidra, ten cachaza! Y ya que hemos hecho la burrá de venir, mucho cudiao, porque tengo a Epifanio detrás de las orejas.

VOCES.- ¡Aquí... aquí!...

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Qué es eso?

TODOS.- ¡Bravo! ¡Bravo!

SEÑÁ JUSTA.- ¡Un organillo! ¡Ya hay organillo!

TODOS.- ¡A bailar! ¡A bailar!

SEÑOR MATÍAS.- ¡El baile! ¡Ya me ha entrao escalofrío!

UNO.- ¡Venga ya, señor Paco!

PACO.- ¡Ahí va el agua!

(Empieza a tocar y bailan todos, quedando sentados el SEÑOR MATÍAS, la IGNACIA, la JUSTA y JUAN de un lado. ISIDRA, sola, separada del grupo.)

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Ven aquí, chica!



ISIDRA.- ¡Estoy bien, madre!... ¡Me he puesto aquí pa ver si se fija algún hombre en que estoy de non!

Escena V

Dichos, EPIFANIO y el ROSCA, que aparecen en lo alto de una rampa del foro. PACO EL CURIAL, que es el que toca, al ver a EPIFANIO, va dando al manubrio cada vez más despacio, y las parejas, asombradas, bailan con mayor lentitud.

ISIDRA.- ¡Él!

SEÑOR MATÍAS.- ¡Anda la órdiga! ¡Ya está aquí!

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Maldito sea!

SEÑÁ JUSTA.- El bólico.

(Bebe. Calla el organillo y cesa el baile, quedando cogidas las parejas.)

EPIFANIO.- (Al ROSCA.) Anda, ¿pus no han parao?

ROSCA.- Te tien pánico.

EPIFANIO.- Hombre, por Dios, señores, sigan ustés, que no me molesta.

SEÑOR MATÍAS.- Toca, Paco. (Toca y sigue el baile.)

EPIFANIO.- (Dirigiéndose a la ISIDRA.) ¿Se quie usté dar dos vueltas?

ISIDRA.- ¡Me dan nausias!

EPIFANIO.- (A la SEÑÁ IGNACIA.) ¿Y usté, joven?

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Vaya usté y que le ahorquen!

EPIFANIO.- ¡Está bien! (Al SEÑOR MATÍAS.) ¿Y usté, pollo?

SEÑOR MATÍAS.- (Se levanta.) ¡Epifanio, que tengo canas!

EPIFANIO.- (Poniéndose las manos sobre los ojos en pantalla.) ¡Huy, es verdad! ¡No había reparao! ¡Tíñase usté el pelo!

ROSCA.- ¡U use usté el vigor del cabello!

EPIFANIO.- (A la ISIDRA.) ¿Conque no?

ISIDRA.- ¡No!

EPIFANIO.- ¡Está bien! (Se sienta enfrente en una mesa del merendero.) ¡Chico!

(Dando unas palmadas y sale un chico.)

¡Tráete dos chicos!

ROSCA.- (Dando con el bastón a una pareja que pasa bailando por delante de él.) ¡Chis! ¡Pollo! ¡A ver cómo se baila, que hace mucha calor!

EL QUE BAILA.- (Con sorna.) ¡Guasa! (Sigue bailando.)

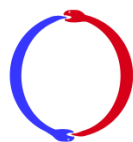
ROSCA.- (A EPIFANIO.) Oye, tú: ¿Sabes lo que observo?... Que el panadero no se da a luz.

EPIFANIO.- ¡Mia tú este! ¡Ni lo esperes! ¡A ese le ha salido una erupción del susto!

ROSCA.- Natural... si un tipo así... que... ¡Contra!... (Levantándose.)

EPIFANIO.- ¿Qué es?

ROSCA.- ¡Que no le ha salido na!... ¡Míalo, por ahí viene!...



(EULOGIO y VENANCIO aparecen en lo más alto de la rampa de la izquierda, y quedan hablando y mirando al grupo de la gente que baila.)

EPIFANIO.- ¡Es verdad! ¡Ay su madre!

SEÑOR MATÍAS.- (A IGNACIA.) Bueno, ahora nosotros. (Se levanta y ve a VENANCIO.) Va... ca... la... ¡Anda Dios!

SEÑÁ IGNACIA.- ¿Qué te ha dao?

SEÑOR MATÍAS.- ¡Venancio! (Le señala.)

SEÑÁ IGNACIA.- (Levantándose.) ¡María Santísima!

ISIDRA.- ¡Él!... ¡Gracias a Dios!... (Con intensa satisfacción.)

SEÑÁ JUSTA.- ¡Míalo!... (A JUAN.) ¡Eso es un hombre!

JUAN.- ¡Me río del Dos de Mayo!

Escena VI

Dichos, VENANCIO y SEÑOR EULOGIO. Estos dos últimos pasan por detrás del grupo que forman los que bailan, y vienen a pasar por delante de EPIFANIO y el ROSCA.

VENANCIO.- (A EPIFANIO.) ¡Buenas tardes!

EPIFANIO.- (Poniéndose la mano en pantalla delante de los ojos.) ¿Quién ha sido?

VENANCIO.- ¡Un servidor!

(EPIFANIO y ROSCA se vuelven a mirarle.)

SEÑOR EULOGIO.- (Coge una de las copas de vino que tienen en la mesa.) ¡Con permiso!...

ROSCA.- Oiga usted: ¿quién le ha dao a usted licencia?...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Tengo bula! (Va hacia el sitio donde está el SEÑOR MATÍAS.)

EPIFANIO.- Bueno, ¿y quieres decirme dónde le pego yo a este chico que no le haga daño?

ROSCA.- ¡Yo le daba en el cerviguillo!

VENANCIO.- (Llegando al grupo donde está el SEÑOR MATÍAS.) ¡Buenas tardes, señores!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Pero que mu güenas!

SEÑOR MATÍAS.- ¡Paco, no toques más!

(Cesa el baile.)

VENANCIO.- Señor Matías, usted dispense, pero...

SEÑOR MATÍAS.- Y usted, ¿se pue saber a qué tenemos el honor de que haiga usted venío a sobrar...? (Muy enfadado.)

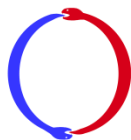
SEÑOR EULOGIO.- Oiga usted, pero ¿es que esto es un baile de señoras solas...?

SEÑOR MATÍAS.- ¡Aquí lo que sobran son hombres!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Hombres de... de mote! (Mirándolos a todos.)

VENANCIO.- Bueno, a lo mío. Siento sobrar; pero yo le he dao a una mujer palabra de bailar con ella, y vengo a cumplirla... Y esa mujer me espera...

SEÑOR MATÍAS.- Esa mujer no quiere bailar.



VENANCIO.- Vamos a verlo. (Va hacia ella.) Isidra, ¿me hace usted el favor de bailar conmigo?

ISIDRA.- Sí, señor. Gracias, Venancio. (Se levanta y se cogen del brazo.)

VENANCIO.- Ya lo ve usted. Que hagan el obsequio de seguir tocando.

TODOS.- ¡Sí, que toquen! ¡Que toquen!

SEÑOR MATÍAS.- (A PACO.) No toques. Y tú (A ISIDRA.) te sientas, que aquí no quío broncas. (Con mucha furia.)

SEÑÁ IGNACIA.- (Levantándose enfurecida.) ¡Paco, a tocar!

PACO.- ¡Yo no toco!

SEÑOR MATÍAS.- ¡No toques, no toques!

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Vaya, u toca él u toco yo!

PACO.- Misté que ahora viene una habanera ceñida.

TODOS.- ¡A bailar, a bailar!

VENANCIO.- Gracias, señá Inacia.

SEÑÁ IGNACIA.- (Sentándose.) No hay por qué darlas.

SEÑOR MATÍAS.- ¿Y qué papel hago yo aquí ahora, se pue saber?

SEÑOR EULOGIO.- ¡Papel Job!

(Se sienta el SEÑOR MATÍAS. Empieza a tocar PACO y sigue el baile.)

ROSCA.- (A EPIFANIO.) ¡Oye, tú... que... que están bailando!

EPIFANIO.- ¡Ya lo veo! Rosca, ve y avisa la extremaunción pa un choto.

VENANCIO.- (Cada vez que pasa bailando por delante de EPIFANIO se quita el sombrero como saludándole, y le dice con sorna.) ¡Servidor...!

(El SEÑOR EULOGIO, que va bailando solo detrás de VENANCIO, al pasar por delante de EPIFANIO, le echa una bocanada de humo en la cara. EPIFANIO hace un movimiento de ira. Dan otra vuelta.)
¡Servidor!

EPIFANIO.- (Levantándose.) ¡Vaya, se acabó el panizo! (Se acerca a VENANCIO y le da un cogotazo.) ¡Servidor! (A PACO.) Toque usted a banderillas. (Retrocede, metiendo mano al bolsillo.)

ISIDRA.- (Deteniendo a VENANCIO en su primer impulso.) ¡Venancio, por Dios...! ¡Por mí...!

(VENANCIO se detiene.)

SEÑOR EULOGIO.- (A VENANCIO.) ¡Calma, como te he dicho!

(La gente se interpone entre ellos. EULOGIO se coloca detrás de VENANCIO.)

VENANCIO.- ¡Soltarme...! ¡Si estoy sosegao! ¡Dejarme, a ver, que yo me entere! ¿Quién ha sido ese que me ha pegao...?

EPIFANIO.- ¡Un hombre! (Colocándose delante de él.)

SEÑOR EULOGIO.- (Alargándole hasta la cara uno de esos juguetes que se estiran y se recogen a voluntad, y a cuyo extremo va una cabeza de cartón figurando ser la de un gato que abre la boca al estirarse el juguete.) ¡Miau!



EPIFANIO.- ¡Estese usted quieto!... ¡Un hombre!

ROSCA.- ¡Hay comprobantes!

VENANCIO.- ¡No le hagan ustedes caso, que es mentira! ¡Usted no es un hombre!... Usted... ¡usted es un granuja!...

EPIFANIO.- ¿Yo? (Queriendo abalanzarse a él.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Miau!... (Repite el juego de antes.)

ROSCA.- ¡Calma, hombre, que la ofensa no es tan grande! (Conteniéndole.)

VENANCIO.- Usted es un granuja y un borracho que ha vivido hasta hoy asustando a varios tontos que tienen más cariño a la piel que a la vergüenza, y explotando a las mujeres para llenar el buche gratuitamente, que es lo que buscaba usted con esta familia; y eso... lo vengo yo a impedir, ¡so vago!

EPIFANIO.- Eso... ¡Maldita sea! (Queriendo acometerle.)

SEÑOR EULOGIO.- (Repite el juego.) ¡Miau!

ROSCA.- ¡La cosa no es pa alterarse aún!

VENANCIO.- ¡Y a esta joven la atosiga usted, porque ve usted que se le va el momio, y porque ella no ha tenido un hombre que la defendiera!...

SEÑOR MATÍAS.- ¡Oye, tú, que está aquí su padre!...

VENANCIO.- ¡Muy señor mío! ¡Pero las cosas han cambiao!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Todo cambia! (Con filosofía.)

VENANCIO.- Yo, esta mañana era un párvulo; pero dende mi casa aquí he dao el gran estirón.

SEÑOR EULOGIO.- ¡He presenciao el desarrollo!

VENANCIO.- Y digo que esta mujer...

EPIFANIO.- ¡Esa mujer es mía... pa que usted se entere!

ISIDRA.- ¡Suya! ¿Tuya?... (Adelantando.)

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Isidra! (Queriendo detenerla.)

ISIDRA.- (Con ira.) ¡Pus anda, aquí me tienes; ven por lo tuyo! (Se cruza de brazos terciándose el mantón.)

EPIFANIO.- Bueno, y si no... ande usted con ella... ¡peor pa usted!... (En tono muy despreciativo.)

ISIDRA.- ¡Peor!... ¿Qué dices? ¡Ladrón! ¿Qué has dicho?... (Con furia.)

SEÑOR MATÍAS.- ¡Hija! (Deteniéndola.)

ISIDRA.- ¡Charrán! Peor, ¿por qué? ¡Dilo fuerte, dilo pronto! ¡Dilo! (Exaltadísima.)

VENANCIO.- ¡Basta! ¡Ea!... ¡Oiga usted, amigo, cuando esté delante de esta mujer, se quita usted el sombrero, así!... (Se adelanta rápidamente, se lo quita y lo tira al suelo con rabia.)

EPIFANIO.- ¡Recontra!

VENANCIO.- ¡Y ahora le voy a cortar a usted la lengua!

EPIFANIO.- ¿A mí?... ¡Vamos a verlo!

VENANCIO.- ¡Mira, ladrón! (Le da un palo.)

EPIFANIO.- ¡Lo mato! (Mete mano al bolsillo y saca una navaja.)

TODOS.- ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Que se matan!



(Confusión y gritos.)

VENANCIO.- (Al verle sacar la navaja a EPIFANIO, le coge las manos, obligando al otro con su esfuerzo a que suelte la navaja.) ¡Suelte usted eso, cobarde! ¡Granuja! ¡Ahí quieto! (Lo sienta a la fuerza en uno de los taburetes que están al lado de la mesa del merendero.)

EPIFANIO.- ¡Rosca, que lo mato! (Se levanta en un esfuerzo.)

VENANCIO.- (Volviéndole a sentar.) ¡Quietos ahí!

EPIFANIO.- ¡Rosca, quítamelo, que lo mato! (Vuelve a levantarse y VENANCIO lo vuelve a sentar.)

SEÑOR EULOGIO.- (A EPIFANIO.) ¡Que tome usted asiento, señor!

VENANCIO.- Y ahora...

SEÑOR EULOGIO.- ¡Déjalo ya!

VENANCIO.- ¡Gallina! (Le da un empujón y cae rodando al suelo la banqueta y EPIFANIO.)

EPIFANIO.- (Levantándose y con furor.) ¡Adiós! ¡Nos veremos... y mía si no te la!... (Se las jura y se va limpiándose.)

TODOS.- ¡Fuera, fuera!

(Vanse EPIFANIO y el ROSCA por la segunda derecha.)

ROSCA.- (Vuelve.) ¡Y usted... (A EULOGIO.) usted y yo nos veremos!

SEÑOR EULOGIO.- (Con el chirimbolo.) ¡Miau!... ¡Ah... y toma! (Cogiendo la navaja del suelo y cerrándola.) Dale esto a ese y no uséis cosas de estas... ¡que son pa hombres na más! ¡Arrea! (Dándole un puntapié.)

SEÑÁ IGNACIA.- (A VENANCIO, que se ha sentado en un taburete agitado y convulso, y al que rodean ISIDRA, la JUSTA, PACO, JUAN y MATÍAS.) ¡Pero, sosiégate! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

SEÑOR EULOGIO.- ¡Qué quie usted que tenga! ¡El ejercicio que ha hecho!

VENANCIO.- Es que a mí ese... ¡Maldita sea!... (Se levanta agitado, blandiendo el palo. Se separan todos asustados. Vuelve a sentarse.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Oye tú, a ver si estás quieto!

VENANCIO.- (Volviendo a levantarse.) A mí ese chulo no me...

(Se separan todos.)

ISIDRA.- ¡Pero, Venancio!... (Le obliga a sentarse.)

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Darle agua!

JUAN.- (Con un botijo.) ¡Bueno; pero quitarle el palo!

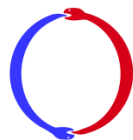
SEÑOR MATÍAS.- Bueno. ¿Y a qué ha venío too esto, si pue saberse?... (Cogiendo el botijo que tiene JUAN.)

VENANCIO.- Pues esto ha venío a que la... (Se levanta y va hacia la ISIDRA.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Revienta, hombre!

VENANCIO.- (Con pasión.) ¡A que la quiero con toda mi alma, señor Matías!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Gracias a Dios!



SEÑOR MATÍAS.- ¿Y pa eso has armao esta bronca? ¡Vamos, te daba así con el pitorro! (Amenazándole con el botijo.)

SEÑÁ IGNACIA.- (A ISIDRA.) Ya lo has oído. Y tú, ¿qué dices?

ISIDRA.- ¿Yo?... Ya se lo diré a él, madre.

SEÑOR EULOGIO.- (A VENANCIO.) ¡Dile que bendita sea su boca!

VENANCIO.- Bendita sea la... (Aparte, a EULOGIO.) Cuando tenga más confianza.

SEÑOR MATÍAS.- Lo único que me gusta de este chico es que tiene un carácter parecido al mío.

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Calla, fiera!

SEÑOR EULOGIO.- ¡Choca, chico! (Dándole la mano a VENANCIO.) Y tú... (A ISIDRA.) el día que sea eso, cuenta con unos bebés, charol de primera. En fin; pa celebrar lo de estos, (A PACO.) dele usté al manubrio y echemos un baile.

TODOS.- ¡A bailar! ¡A bailar!

(Toca PACO y bailan todos.)

SEÑOR EULOGIO.- (A la SEÑÁ IGNACIA.) ¿Quiere usté?

SEÑÁ IGNACIA.- ¡Vamos allá! (Se cogen y bailan.)

SEÑOR EULOGIO.- ¡Y viva san Isidro!...

TODOS.- ¡Viva! ¡Viva!...

(Algazara, voces y risas. Mucha animación. Telón.)

Nuevos horizontes



He-man





Osvaldo Beker

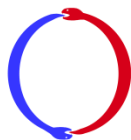
“Marolio le da sabor a tu vida, Marolio está desde el comienzo del día”, oyó que se deslizaba desde el estéreo del auto parado casi al lado de él y que aguardaba paciente el verde del semáforo para continuar circulando por la avenida Directorio. Era el único auto que se veía en la cuenca de la noche: cuatro y cuarto de la mañana: a esa hora la ciudad muere. Sin embargo, no tuvo otra más que detenerse porque el hombrecito blanco del otro lado de la avenida ya había desaparecido y el rojo centelleaba con su compás de prevención. Era el comienzo del día, o, de acuerdo a cómo se lo considerara, el final. Para él se trataba del final, porque no se había acostado aún. Calculó que lo haría aproximadamente a eso de las seis si era que el 180 se apiadara en aparecer pronto para depositarlo en Laferrere profundo, Cristianía al fondo. Ya para esa hora, octubre, empezaban a cantar los pajaritos y comenzaba a levantarse un sol chirlo. El taxista arrancó y se fue con la música de la publicidad y todo (“choclo y arvejas”) y él quedó solo, cansado, porque había caminado un millón de cuadras desde que acompañó a Mariela a su casa allá por Congreso. Desde Rincón hasta ahí resolvió pensar. Pensar y pensar, porque las cosas así ya no podían seguir. Tenía que formalizar alguna especie de volantazo para no ser devorado por la angustia de una rutina famélica. Mariela lo aburría y también lo fastidiaba. Y a su vez notaba que a ella ya le estaba pasando algo similar: no por nada se despidieron con un beso más amistoso que apasionado, cosa que se venía arrastrando los últimos meses eternos. “Un buen volantazo”,



le había aconsejado Emanuel en una charla nocturna regada de media docena de latas de cerveza nacional y a él no se le borró la expresión de la cabeza. Todo lo contrario, se le había alojado, menos pertinaz que mansa, con sorprendente claridad.

Fue una caminata loca. Él no solía caminar mucho, medio que lo aburría. Pero la precisaba: quería pensar y pensar. Apenas la dejó a Mariela, decidió que repasaría toda la relación para ver qué pudo haberle sucedido, aunque sabía que por más que hiciera mucha memoria, igualmente los recuerdos pierden su textura. El chamuyo, el primer beso, la presentación a los amigos y a las familias, un par de viajes a la costa atlántica y otro a Tandil, los anillos, las primeras risas, la infidelidad... Sí pudo reconstruir muchas escenas, a pesar de que ciertos pliegues desaparecieran, esfumados por el tiempo implacable y la ausencia de una carga afectiva suficiente depositada sobre ellos. A esta conclusión llegó: bullían en su cabeza muchas ganas de retirarse de esta vida en pareja, pero no se atrevía a dar el primer paso. Fue extraño, sin embargo, que en el periplo a pie no hubiera mayores digresiones en su pensar: estaba concentrado y decidido.

Yendo por Rivadavia a la altura de Billinghamurst, vio un linyera bajo un cúmulo de frazadas. A su lado había un cartelito todo mal escrito que sugería que había combatido en Malvinas. Leyó las líneas rústicas cuando pasó cerca y se preguntó si el mensaje podía ser verdadero. El hombre, o lo que había debajo de las mantas, roncaba con estrépito, fácil de escucharlo por la casi ausencia total de colectivos y autos. Sí llegó a percibir, también, que la montaña de mantas subía y bajaba acompasadamente producto de una respiración onírica. Se consoló pensando que había otros que no gozaban de una vida digna básica, que atravesaban necesidades urgentes (y que nadie intentaba reparar) y que entonces él sería un desagradecido por los designios de la ruleta vital. Rápido la deriva lo devolvió a Mariela y siguió, concentrado, su circuito por la avenida más larga del mundo. Había conjeturado que iba a ser ventajoso doblar a la izquierda en José María Moreno para no exagerar la caminata tampoco. Recordó que en esa esquina había un bar al que había ido muchos años antes y en el que tuvo un encuentro atípico con una chica. Paula o Paola se llamaba. “Quiero decirte que te cité acá para decirte que de mi parte no sentí una conexión luego de esa noche”. Mariela, Paula o Paola o Paulina: no todas las mujeres son iguales. Pensó que ahora tenía el poder él, Santiago, todo él, detentador de la potestad, un He-Man del Oeste, el omnipotente del conurbano: ahora él muy bien podría tomar la iniciativa del adiós, de la decisión del punto final en la relación con Mariela, y pensó, además, que ella ni siquiera podría decir “pero” si era que él se adelantaba en su postura indeclinable. ¿Un *ghosting* quizás podría ser útil? Podía ser, aunque no era algo acostumbrado en su genio. No para He-Man.



Caminar por la noche fantasma le infundió fuerzas. Su llegada a una casita sin revocar le dio la alegría de hallarse en un hogar que, ahora, lo protegería de las consecuencias de una decisión ya tomada. Luego de desplomarse, exhausto, durmió diez horas seguidas porque había desactivado la alarma de su teléfono. Cuando se despertó, la separación inminente (¿o reciente?) fue lo primero que se asomó en la búsqueda de la lucidez diaria. Su casa carecía de revoque también en el interior. Un resignado desorden se veía por todos lados: ropa, zapatillas, un par de mochilas, una silla descascarada, un televisor antediluviano inútil, ceniceros, revistas de videojuegos y una maraña de cables diseminados acá y allá. La sábana superior estaba tirada al lado de la cama de madera. La inferior se había desajustado y permitía ver un colchón, rajado en varias partes, manchado de tonos varios. A él igual todo eso no le importaba. Todo lo contrario: formaba parte de su universo íntimo, muy lejano del compartido con Mariela, en ocasiones, en su departamento de “la capital”. En ese remoloneo estaba cuando recibió un mensaje.



La semilla
del mal



Ginés J. Vera

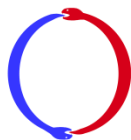
Al solitario de Providence, por tantas horas de lectura y aprendizaje.

Nadie se sorprendió cuando ocurrió, no verdaderamente, no en ese nivel subconsciente donde tienen lugar nuestras vivencias más brutales.

Stephen King. *Carrie*



é que mi fin está cerca, que no existe la indulgencia entre los vivos ni entre quienes hayan de juzgarme más severamente que yo mismo en los Cielos. Ojalá se tratase de un sueño, de una larga pesadilla o de los delirios de un loco arrepentido..., pero sé bien que no es así. Se acerca, lo presiento... Ya viene a mi encuentro inmisericorde para cobrarse la deuda que he de pagar ¡con mi vida!, con la condenación eterna de mi alma en el Más Allá, al igual que ya estará saldando la suya mi amigo Howard. Descansaré, por fin, de la espantosa agonía mental que me consume desde hace años, desde el aciago día en el que consentí participar de las monstruosas atrocidades que Howard y yo llevamos a cabo, creyéndonos que el tiempo o Némesis, la diosa de la venganza negra, no nos alcanzaría... Me arrepentí después, es cierto, pero cuánto más ahora, devorado por el aguijón de mi conciencia, por el infame recuerdo de los experimentos que llevamos a cabo. Solo me queda confiar en que el Misericordioso se apiade de mí y no acabe en el lamentable estado que Howard... Creo que puedo oírlo ya, rondando mi casa. Si me he encerrado en este cuarto, desahuciado por la enfermedad,



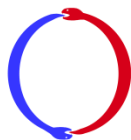
no es porque no crea merecer el fin que me espera... ¡Ya he dicho que me arrepiento! En lo más profundo de mi ser, aún deseo enfrentarme al Mal cara a cara, sin darle el gusto de rendirme sin más. Lo he dejado en estas cuartillas para que sean mi confesión y mi última voluntad...

*

Los hechos por los que voy a ser juzgado y condenado esta noche se remontan a mi época de juventud. Por entonces, mi amigo Howard y yo habíamos finalizado nuestros estudios de Medicina en Edimburgo. Ambos nos resistíamos a acabar siendo unos tristes médicos rurales. Considerábamos malgastar nuestros años dorados aliviando toses tuberculosas, quemando abscesos purulentos o hediondas verrugas para gente pudiente; cuando no, vendiendo láudano a criadillos y ramera. Se nos antojaba, en suma, repugnante creyéndonos por encima de todo aquello. ¡Que el Cielo absuelva la morbosidad y la locura que atraieron sobre mi amigo y sobre mí tan monstruosa fatalidad!

Un desapacible día de otoño de 18..., después de un ocioso verano en la costa de Plymouth, Howard, alborozado, me propuso usar el sótano de la casa de campo de su padre como laboratorio clandestino para *ciertos experimentos*. En aquel momento, no lo interrogué. Sabía que su padre pasaba largas temporadas en Londres, lejos del condado de Somerset. Confía en que algún día su hijo heredase, como él a su vez lo hizo de su padre, la consulta médica familiar. Lo único bueno del campo, solía decir Howard, era el contacto con animales sanos. Por ese entonces, creí descubrir en él una fascinación malsana por el milagro de la vida, confinado en el salvaje acto del apareamiento animal —aunque incluyese a seres humanos racionales—. Se aventuró, por pura curiosidad morbosa, como un “incitante desafío intelectual”, según sus palabras, a realizar sus primeros experimentos con animales... ¡Cómo me pesan ahora sus insidiosas palabras en mi conciencia!

Adquirimos libros de autores de dudosa reputación, junto con otros, más *afines* a las ideas de Howard, y por los que él sentía verdadera admiración. Estaba especialmente obsesionado —y así me lo explicaba con vehemencia en nuestras charlas al calor de la chimenea— en forzar lo que la indolente naturaleza tardaba siglos en crear. Abrigaba el obstinado convencimiento de poder demostrar una primitiva teoría evolucionista. Había oído hablar de las de cierto monje austríaco; afirmaba sin vacilaciones que, si aquel había sido capaz de entrecruzar simples guisantes en un monasterio con utensilios rudimentarios, qué no podríamos lograr nosotros con nuestros conocimientos «y estos voluntarios», señalaba con los brazos abiertos, aludiendo a los establos de nuestro alrededor. ¡Cuánto dolor infringimos a aquellos granjeros en nuestros continuos robos nocturnos!



¡Cuánta frustración y tristeza causamos a aquellas pobres gentes solo por diversión!

Los crueles experimentos los iniciamos con conejos y cerdos, pero pronto Howard quiso probar sus teorías con animales mayores; de una naturaleza “más parecida a nosotros”, rebatía ante mi tímida desaprobación. Eran mis manos y no las suyas las que arrancaban del vientre de las hembras las supuestas crías, aún calientes, vivas o —en la mayoría de los casos— muertas. Perdí la cuenta de la cantidad que enterramos en el jardín trasero de la casa, con la clandestinidad de la noche, durante aquellos largos meses de ebriedad ilusoria. Con igual nocturnidad, celebrábamos los frutos de nuestros experimentos con animales cada vez mayores, siempre contra natura, sacrificándolos a menudo por obligación, quiero pensar que también por piedad —tras haber arañado unos minutos al milagro de la vida—, para no ser descubiertos por algún ganadero o por el padre de Howard, durante las *inoportunas* visitas para saber de él.

Comencé a desear por entonces que aquel pusiera fin a la enfermedad de mi amigo, sabiéndome incapaz de convencerlo de las repercusiones de cuanto llevábamos a cabo, ya sin control, e impunemente. Traté de que entrara en razón, lo juro por Dios, pues en su delirio, algunas de aquellas nauseabundas criaturas ¡no acababan en la fosa común del jardín...! Por un morboso deseo de Howard, las fue atesorando en frascos con alcohol. En poco tiempo, dispuso de una colección de macabros trofeos con la que entretenerse —y reírnos, lo admito—, durante los largos periodos de espera gestante de los animales, ideando en su mente nuevas maldades. Teorizaba sobre lo que podría concebirse, no ya con simples y limitados animales de experimentación, sino, ¡¿cómo pude consentirlo?!... con especímenes embrutecidos de la más baja ralea. Él sabía que yo era contrario a ir más allá, me provocaba al mencionar la idea de probar con *mendigos* y *mujerzuelas*. ¡Experimentar con seres humanos!... Me recorre un escalofrío solo al pensarlo de nuevo. No puedo imaginar lo que Howard hubiera sido capaz de no haberme opuesto a sus desvaríos.

Discutíamos con mayor frecuencia, llegando incluso a amenazarme cuando en aquellas largas esperas, el alcohol lo volvía más susceptible. Sentí miedo y vergüenza. O, quizás, fuese el regreso de la cordura que hasta entonces me había abandonado, no lo sé. Un velo cayó de mis ojos. Le advertí —aunque tarde— de que sus ambiciones por experimentar atrocidades mediante la inseminación iban mucho más lejos de lo que al ser humano le estaba permitido. Le propuse poner fin a aquella barbarie en un momento de lucidez, tras una de nuestras discusiones. Más bien, de terror nocturno. Sí, porque una noche, al irnos a dormir, creí escuchar —al cerrar los párpados— al nutrido coro de almas de los animales a los que habíamos condenado a un infierno mucho peor que el descrito por Dante.



Ya digo que la locura se había apoderado de Howard, se reía, me increpaba llamándome ignorante en un tono soberbio, sobre todo cuando la espera no proporcionaba los resultados esperados. «Hacemos ciencia, somos las manos bastardas de una naturaleza indolente», se enorgullecía de su obra, elevando la voz con engreimiento. Una prepotencia que, más tarde, terminaría con su vida. Lo sospeché entonces, aunque lo acredité lejos de la casa de los horrores —semanas después de nuestra última y terrible discusión—, tras enrolarme como médico del ejército de Su Majestad. No se me ocurrió otra manera de huir de la pesadilla en la que se había convertido nuestra existencia, aunque él fuera incapaz de admitirlo. Aunque escapar, ¡nunca escapé! Me alejé de Howard, pero no de mi condena, esta aguardaba paciente su momento. En mi equipaje llevé conmigo el convencimiento de que tarde o temprano pagaría a Caronte el precio por mi osadía. Abracé con más fuerza si cabe la fe, la esperanza en un ser divino, ecuánime, al que le encomendé la salvación de mi alma y la de mi amigo.

Por una carta que recibí en la India, en mi destacamento en el Punjab, supe que continuó sus *ensayos*, como los llamó. Pasaron algunos años antes de regresar a Inglaterra, enfermo. Retirado a una casa de campo, en Cardiff, llegó a mis oídos, por dos personas de confianza, que sus ensayos habían rebasado la frontera de lo tolerable. De no haber sido porque la carta y los rumores coincidían en lo repugnante, no les hubiera dado crédito. Al parecer, uno de los últimos experimentos de Howard habría sido su ruina moral y personal. Sentí dolorosamente la muerte del padre de mi amigo, en especial, por las extrañas circunstancias en las que se dieron. Circunstancias que se aclararon solo en parte cuando las autoridades encontraron y dieron muerte, en el sótano de la casa de campo, a un ser “medio humano, medio animal”, según me describieron mis amistades, con el espanto aún reflejado en sus rostros. Hallaron al padre de Howard con un disparo en la sien, sin una breve nota de despedida; y, a mi amigo, parcialmente devorado por la criatura, ¡la misma que él había creado! Para evitar un escándalo, y temiendo la aparición de imitadores tan enfermos como Howard, no se le dio publicidad, apenas una lacónica esquela en los diarios locales.

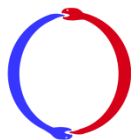
Habiendo sido su amigo —prácticamente, su único amigo—, pensé en ir a ver a su familia, presentarles mis respetos, pero deduje que en cierta forma todo aquello me señalaba a mí también. Sospeché que las autoridades habrían descubierto mi intervención en el asunto, ya por la correspondencia y los diarios del laboratorio, ya si habían tenido la acertada presunción de excavar en la parte trasera de la casa. La tierra sacaría a la luz una siniestra fosa común, impía a los ojos del Creador y de los hombres de bien. Lo creí de tal manera que me encomendé a mis rezos nocturnos y a la paciente espera de lo inevitable.



Una noche de tormenta, a las pocas semanas, quien llamó a mi puerta no fueron ni los agentes de policía ni un ángel justiciero, sino un antiguo criado del *doctor* Howard —así se presentó, nervioso—. En la vieja carreta arrastrada por dos mulos, traía un gran bulto amarrado con sogas, una suerte de *última voluntad* de mi difunto amigo, refirió. Libros gastados, frascos de vidrio en una desportillada caja de madera —que reconocí a la luz del fanal— y una jaula envuelta en un lienzo. Nada más dejarla en el suelo, el criado se alejó fustigando a los animales bajo la lluvia, sin posibilidad de interrogarlo, como sintiéndose por fin liberado de una pesada carga.

Entre los libros, encontré los diarios de mi amigo, anotaciones de sus aberrantes experimentos, no solo contra natura, sino contrarios a cualquier norma moral concebible. Como temí, el ser humano había pasado a ser, para él, un mero espécimen de investigación más. Entre aturdido y abrumado, leí junto a la chimenea que había pagado pequeñas sumas de dinero a jóvenes prostitutas para mantener con ellas relaciones íntimas. Si el hecho en sí se me antojó despreciable, ¡cuánto más lo que descubrí al seguir leyendo! Descifré horrorizado que tales encuentros, en realidad, eran un engaño, sirviéndose de aquellas para sus *ensayos*. Tuve que apartar la mirada —a punto de arrojar los diarios al fuego—, exhausto por lo que acababa de leer y a un tiempo imprudente, queriendo resolver hasta dónde había sido capaz mi amigo en su desaforada enajenación. Con letra clara, sin vacilación, detallaba cómo había logrado ganarse la confianza de las mujeres como médico, procurándoles las atenciones precisas durante los cortos periodos de embarazo que experimentaron antes de los previsibles abortos, a todas luces inhumanos... Solo que no todos fueron abortos.

En el interior de la jaula dejada por el criado, hallé al cachorro desnutrido de un mastín, muy parecido al que en su día correteara con nosotros en la casa de campo. O así, al menos, me lo pareció aquella noche de tormenta, más preocupado por desvelar los horrores contenidos en los diarios. Ordené al servicio, al día siguiente, que dieran de comer a diario al animal. Solo con el tiempo, descubrí, al contrastar las notas de Howard, el verdadero espanto de aquel ser enjaulado. Se trataba en realidad de un entrecruzamiento de lobo irlandés con *otra especie*. Ni quedaba claro en las últimas hojas manuscritas, con letra temblorosa, ni supe cuál, ¡hasta que ya fue demasiado tarde! En vez de sacrificarlo y enterrarlo —o hacer que ardiese en una enorme pira purificadora, tal como sí obré con los repugnantes trofeos en alcohol—, fui débil y cometí la torpeza de darle la libertad. ¡Me arrepiento, me arrepiento como nadie sabrá ya jamás! ¿Acaso no era consciente de que no pertenecía a la naturaleza, de que nunca lo fue, ni en su concepción ni con el aliento de vida del Eterno Creador?! Me arrepiento de mi deleznable compasión, debida quizá a mi delicado estado de salud, ya cercano al fin, según confirmaron los doctores. Si la naturaleza o el Cielo me habían concedido una muerte temprana como castigo por mis



faltas, también ha previsto una, más rápida y dolorosa, a la de padecer fiebres y náuseas en un tranquilo lecho de muerte.

La criatura que liberé rondó la casa desde ese día, la oí ladrar —o gruñir, o lo que sea que emita en su doble condición— al igual que mis criados, a los que excusé de seguir a mi servicio. Ha acechado mi ventana, no con la intención del amigo fiel al hombre, tengo la indudable certeza de que lo que ambiciona su embrionaria inteligencia es acabar conmigo, devorarme vivo, guiado a su vez por el instinto, aunque también por la ira y el rencor que solo los seres humanos guardamos en nuestra esencia para quienes nos ofenden.

*

Puedo oírle ahora, en estos momentos; es más fuerte que yo, no tardará en entrar en la casa, tampoco creo que la débil puerta de madera de este cuarto, donde me he refugiado, sea un gran impedimento para su propósito. Solo tendré que decidir si la única bala que he encontrado, junto a este viejo revólver, la emplearé contra él ¡o contra mí...! ¡Dios, no lo permitas!... No tendré que esperar mucho, ya le oigo arañar al otro lado de la puerta...

La estación de Canfranc





Encarnación Sánchez Arenas



los pies del Collado de Estiviellas y del Balcón de Iserías, entre los valles de la cordillera que ha separado dos reinos durante siglos, se encuentra una de las estaciones ferroviarias más singulares de Europa. Allí, en la antigua Estación Internacional de Canfranc, en Huesca, parece que el tiempo se hubiera detenido hace casi un siglo. Los restos que quedaron en pie tras más de noventa años de historia son desde entonces un emblema arquitectónico testigo de la Guerra Civil Española, refugio de los judíos que huían del Holocausto y de quienes luchaban contra la Dictadura.

Al seguir la carretera que sube de Jaca a Francia, encontramos la emblemática estación como petrificada en el tiempo y con cierto aspecto misterioso a causa del abandono. Surgió del acuerdo entre España y Francia para abrir un camino entre ambos territorios a través del puerto de Somport, en los Pirineos. A pesar de que el acuerdo fue el 1904, la estación no fue inaugurada hasta 1928, cuando el rey Alfonso XIII, el general Primo de Rivera y el presidente de la República Francesa, Gastón Doumerge, la pusieron en funcionamiento.

Sin embargo, en 1931, este emblemático edificio sufrió importantes daños en su estructura debido a un gran incendio que, tras iniciarse en el vestíbulo, se propagó rápidamente hacia la biblioteca. Más tarde, el control por parte del ejército franquista durante la Guerra Civil significó el tapiado de las vías, con el objetivo de imposibilitar la conexión con el país vecino. Catalogada como monumento desde 2002 y declarada “Bien de Interés



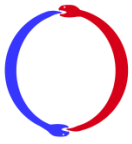
Cultural”, esta estación está en desuso desde 1970, cuando un tren descarriló provocando el derrumbe del puente del L'Estanguet. Ahora, una reforma vuelve a dar vida a las estructuras de esta histórica estación, en breve convertida en un hotel, una nueva estación de viajeros, un museo y también un centro de visitantes del Camino de Santiago. No fue hasta 1940 cuando Canfranc se volvió protagonista de la Segunda Guerra Mundial.

El motivo de que esta estación reactivase su actividad y se volviera un emblema histórico surgió a raíz de que la parte francesa de sus vías se convirtiera en uno de los puntos estratégicos del ejército nazi, como parada obligatoria de sus tropas y mercancías. El control nazi supuso el cese de la estación como transporte de pasajeros y su utilización como vía de paso para transportar desde España hasta Alemania el wolframio, o tungsteno, que el ejército nazi utilizaba para reforzar sus tanques. A cambio de este material, llegaban a nuestro territorio toneladas y toneladas de oro.

No solo su función como transporte de mercancías clave en la guerra fue lo que convirtió esta estación en un lugar estratégico. Este edificio de estructura simétrica y planta alargada fue también símbolo de liberación. El llamado “tren de la libertad” recorrió estas vías durante años, alejando del Holocausto hasta a 15 000 refugiados judíos que habían logrado escapar hacia España. Debido a este gran valor histórico y con el objetivo de preservar su encanto, la Comisión Provincial del Patrimonio Cultural comenzó la rehabilitación de sus más de 75 puertas, su característica fachada, que bebe de la arquitectura palacial francesa del siglo XIX, y también aquellos edificios que rodean la estación, como el cocherón de carruajes, el edificio postal, o el almacén.

Tras años de restauración desde la creación del Consorcio Urbanístico Canfranc 2000 en 1994, el pasado 15 de abril de 2021 llegaron desde Zaragoza los primeros pasajeros a la nueva estación ferroviaria de Canfranc. La estación cuenta ya con un apeadero cubierto, ascensor, sala de espera y paso subterráneo, lo que ha completado la primera fase. El pasado junio dio comienzo la segunda fase de reconstrucción, que durará 15 meses y rehabilitará el edificio central para convertirlo en un hotel. Se espera que las obras de comunicación de la estación y la conexión con Francia terminen a finales del 2022.

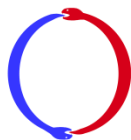
En la biblioteca del antiguo edificio de la estación han visto por las noches a un fantasma ejerciendo de bibliotecario. Se trata sin lugar a dudas de un fantasma vestido a la moda, tras las guerras mundiales, pues se produce en su vestimenta un recorte de telas, busca economizar lo más posible en un traje, se quitan bolsillos y los pliegues, se populariza el uso del chaleco, se disminuye el tamaño de los cuellos y las solapas, se usan telas sintéticas, como la seda artificial, y para las mujeres taciturnas que lo rodean en su mesa de bibliotecario, se usan las faldas rectas, que cubrían las



rodillas, los trajes con estilo militar y zapatos con plataforma de corcho más baratos que el cuero. Para la cabeza, la moda era recurrir a gorritos diminutos, muy sencillos o simplemente pañuelos. Predominan las piezas negras, muchas de ellas teñidas para darle un segundo uso. Los colores se volvieron oscuros y la austeridad se convirtió en protagonista. El fantasma es un alma en pena que no se devastó tras el trágico incendio de épocas pasadas.

Tantos países han viajado
por mí





Ángela Martín del Burgo

Tantos países han viajado por mí.
Tantos países han tenido en mí sus puestas de sol.
El mar en su extensión diáfana,
y las montañas difuminadas al fondo,
los pescadores con la paciencia
en el extremo de sus cañas
y los niños arrojándose de cabeza
al agua desde el más alto acantilado.

Mi corazón es un músculo interminable,
que se extiende tanto como los países
que me visitan
y que viajan dentro de mí.
Mi corazón es ilimitado.

Me recorren casas recostadas en la ladera
al sol, con tejados plateados,



y colinas que en verano
son una fiesta.
Me transitan automóviles que discurren
a la misma velocidad
que mi corazón.

Mi corazón es ilimitado.
Lleva en sí todos los países
que me han traspasado
y que han tenido en mí
sus puestas de sol.

Mi corazón es más profundo que el océano.
Mi corazón es más hondo que la más oscura ciénaga.

Los pescadores, que arrojan al mar
la paciencia con sus redes,
y, en lugar de usanas,
en el extremo de su caña de pescar
llevan un pequeño latido,
saben de mi corazón.

He subido al mirador más alto del mundo
y me he elevado con él,
y he visto desde allí
el mar extendiéndose hacia la lejanía,
y a los hombres, diminutos,
afanados en sus pequeños quehaceres,
la angustia como fardo tras la espalda.

Las nubes, que dividen
al monte en dos,
y la cima, ingrávida,
que se enseñoorea como la majestad de una cumbre,
como nube de algodón, regia,
como trono de majestad,
ingrávida, surrealista,
asentada sobre el vacío
y elevándose en el cielo azul.

Cenefa colgada en el aire,



suspendida en el azul,
es la cima de la montaña
cuando la rasga la nube;
sin soporte, ingrávida,
festoneando el horizonte,
ornándolo.

Así mi corazón
y el sueño de mi corazón,
y mi pensamiento,
ingrávido,
recorrido por todo,
atravesado por todas las cosas,
por todas las reflexiones,
por todas las meditaciones,
por todos los sufrimientos,
por hombres y mujeres y cosas.



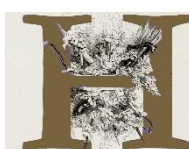
Viaje por los infinitos olivos



Goyo

Por la tarde regresó a él la paloma con una hoja verde de olivo en su pico, por donde supo Noé que habían disminuido las aguas de sobre la tierra. Esperó aún otros siete días, y soltó la paloma, que ya no volvió a él.

Génesis 7, 23-9, 10



Había visto, sin conservar un recuerdo que pudiera trascender, alguna imagen o fotografía, hasta que por circunstancias seguí a través de la televisión una etapa de la reciente Vuelta Ciclista a España. Se trataba de la etapa Úbeda–Cazorla, de 159 km. Allí estaban las plantaciones de olivos. La evolución y el resultado deportivo pasaron de inmediato a un segundo plano y el excelente seguimiento de las cámaras me permitió contemplar la inmensidad de los cultivos.

Se extendían por los llanos, ascendían por las lomas y bajaban hasta los cauces de los ríos en un paisaje monótono, ondulante y magnífico solo interrumpido por las poblaciones, en un viaje de más de dos horas. Los árboles formaban cuadrículas que por comparación con el tamaño de las bicicletas y otros vehículos se me antojaban de cuatro metros, aunque después supe que, por lo regular, seis metros era la distancia media entre árboles.



El olivo, milenario olivo, que puede vivir entre 150 y 2 000 años, impasible a la sequía o al frío extremo, manantial sinfín de nuestro aceite, reinaba omnipresente inundando aquellos parajes.

En la provincia de Jaén, de 13 500 km², hay 600 000 ha (6 000 km²) de plantaciones de olivos, que supone casi la mitad de la extensión de la provincia y tiene más de setenta millones de árboles, la cuarta parte del total de nuestro país.

Andaluces de Jaén
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿Quién,
quién levantó los olivos?

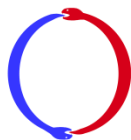
No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor.
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor

Fragmento del poema *Aceituneros*, Miguel Hernández, 1937

España es el primer productor mundial de aceite de oliva, 327 000 Tn anuales según datos de la campaña 2021-2022, el doble del siguiente, Italia.

Fantasia en fa menor





Miguel Quintana

El cronista que de esto escribía dice del otrora adolescente que se hallaba inmóvil sentado, la mirada en el piano —o pianista, ya que por este detalle en particular no acababa de pronunciarse—, fija y desoyendo acaso lo que alguno de sus contertulios le decía, ausente también del resto de cuanto le rodeaba, por lo cual supuso el cronista —que esto escribió para que jamás estas cosas cayeran en el olvido— que no debió de enterarse del momento cuando entró, ni de su vacilante paseo por las avenidas del Gran Café, una mujer que llevaba asida y portaba una mediana maleta, buscando al parecer a alguien al cual por lo visto no halló, motivo tal vez por el cual al final volvió hacia la puerta giratoria y por ella salió de nuevo al Paseo. Le adjudica el cronista a esta mujer mucho peso, queriendo ver en ella rasgos de mito —aunque con las prisas con que tenía que ejercer su oficio no pudo acotar cuanto quisiera—, o quizá rasgos de algún símbolo que, por la misma razón que se aduce, no alcanzó él a perfilar en todo su ser, ya que, así, al verla de repente irrumpir en el Café, le sobrevino una copiosa catarva de ellos a la memoria que, con lo azorado que estaba por el sobresalto, no pudo esclarecer cuanto deseara pero, como se ha dicho, le dedica un peso grande a la de la maleta, haciéndose innúmeras preguntas sobre esta, sobre su contenido, sobre su origen y sobre su destino, y sobre la propia mujer, sobre la que vierte no del todo desatinados comentarios, en todo caso siempre elogiosos e idealizantes, alabando su paso vacilante en



el que cree ver la marcha de la Humanidad, o al menos parte de ella, alabando asimismo el hecho de la búsqueda, en la que le parece vislumbrar la esencia de todo, pues osa pensar que como todas las cosas luchan por perseverar en su ser, buscar es precisamente este movimiento; alabando en fin su belleza informal, como el propio cronista escribe, esa belleza que se fragua en la taberna del descuido y se moldea después en el taller de la despreocupación, belleza por la que, por lo visto, el cronista que estos hechos describe tenía cierta debilidad en la que no estaba ausente del todo la admiración.

El caso es que la mujer entró, buscó, no halló y salió.

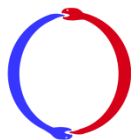
Y el cronista, con la observancia de estos hechos, dejó de la mano al otrora adolescente, el cual, como se ha dicho, miraba fijamente al pianista o al piano —pues este detalle fue siempre difícil de dilucidar incluso leyendo con sigilo cada uno de los párrafos en él implicados—, y quiso creer, tal vez porque así era lo cierto, que la fantasía del pasado en *Fa menor* había sido casi perfecta, cómo perfecta, claro que nos salía perfecta, mejor en el *Salón de actos*, piano menos batallado, más doncel y con menos heridas y cicatrices que el de la *Biblioteca*, aunque esta —la verdad siempre hay que decirla— tenía más nobleza, sí, era escenario noble, o pudiera haberlo sido si alguien alguna vez hubiera por lo menos un libro desbarbado, siempre pensé y creo que sigo pensando que era un pájaro de malísimo agüero un libro intonso, aunque solo fuera uno, en cualquier biblioteca, pero a pesar de los pájaros y de los agüeros la *Biblioteca* tenía una cierta hidalguía donde la Fantasía se vestía con galas de penumbra, aunque en el *Salón de actos* sonaba mejor, ah, eso sí, tal vez no tan a Franz, pues donde sonaba en realidad Franz ahora que lo pienso era, joder, en el vetusto piano de la decadente *Biblioteca* tabernaria o decimonónica, la *Biblioteca* aquella tocada de la lepra del tabaco sí atmósfera joder está bien claro Franz atmósfera total Viena taberna penumbrosa y humeante, además había sido allí creo recordar allí estoy casi seguro ¿no? cerca joder cerca de la sección de francés entre ventanas a primeras horas de la tarde otoño llovía cristales aburrido no zascandileando Cervantes y poetas siglo dieciocho Cifuentes joder sin abrir poetas dieciocho pero pues sí por qué no estos Meléndez y Quintana es buen escritor este pero es *liberal* sí lo había oído joder qué curioso *pero es liberal* o sea y era con ese significado joder qué pena de buen escritor porque es *liberal* aunque estos estaban en otra sección ¿aburrido? no sé seguramente no nunca estuve aburrido en la *Biblioteca* y me hubiera gustado tener tiempo para haber leído sí eso pensaba haber tenido tiempo todo el tiempo y haber leído todos aquellos intonsos cortarlos y leerlos todo folio tan grandes olían al siglo diecinueve con poemas del dieciocho cerrados pliegos tiempo para cortar tiempo para leer pero en el atril esperaba Haydn, y entonces abandonaba el aroma que tenían los poetas del dieciocho en las páginas del diecinueve e iba a la butaca y, mucho después



me di cuenta que Haydn sí menos brillante joder pero entonces eran sonatas ¿aburrido? había cosas en ellas oye es lo que dijo la chica esta antes sí en realidad es lo mismo como si al hablar ella estuviera leyendo mi mente ¿no? tal vez no la oyera yo bien o tal vez la oyera decir lo que yo quisiera oír o lo que yo quisiera que ella dijera el caso es que así es porque pensaba qué mejor uso del tiempo que leer qué puedo hacer mejor que leer y después pensé hubo tantos antes que no sabían leer y hubo antes tantos que no necesitaron escribir y hubo antes tantos que tuvieron todo el tiempo sin usarlo pero lo tuvieron y qué más da no tiene importancia ni el hecho en sí ni el pensar en ello, Haydn está ahí, los intonsos aquí, y entre los cristales o sea ventanas sección francés que es donde, libro abierto, estaba él entonces de pie leyendo, otoño y lluvia, gotas azules, cristales, *Hola* debí decir y casi seguro que ni respondió, para qué, o quizá diría *Hola*, sí, digamos que respondió *Hola*, *De qué curso eres* debí de preguntar yo, y casi seguro que no respondió, bueno, respondería tal vez *De cuarto*, porque, *Pero espera yo no te conocía*, y respondería seguramente *Es que he venido este curso*, o algo así diría y yo diría casi seguro *Ah* o algo así y después casi seguro que le preguntaría *Qué haces aquí* y él no me respondería casi seguro, aunque es posible que pudiera haber dicho *Leyendo* y yo diría *Ya veo* y estoy casi seguro que no me haya mirado cuando respondía como si leyese en voz alta el libro, vete a saber qué libro, Hugo, o Voltaire, qué había de Voltaire o Pascal, parecía más él de Pascal que de Voltaire, o pudiera ser Rabelais, porque joder con los pobres polacos, no habían traído nada o muy poco de polacos, y de alemanes tampoco mucho, y no es que fuera la repera de los ingleses, pero de literatura francesa había mucha, y por qué no iba a poder estar leyendo a Rabelais aunque no sonreía, así que, pero ahora que lo pienso cuántas veces pude verle reír creo que nunca y sonreír creo que jamás, o sea, Musset, tal vez Musset, el caso es que debí decirle *Es que tengo que tocar ahí el piano* y no creo que haya respondido palabra, aunque pudiera haberse extrañado y decir *Ah, el piano*, digamos que se extrañó mucho y debió de decirme *Ah, tocas el piano tú* y seguramente entonces mi enfermiza modestia me empujaría a callar o como mucho a decir *Sí, un poco*, y entonces él sonrió un poco también, me preguntó tal vez..., pero tampoco tiene tanta importancia el hecho en sí ni el pensar en ello, pues ni el hecho en sí ni pensar en ello va a detener la máquina del tiempo que camine su vía hasta llegar a la orilla donde todo el agua es recuerdo o, peor aún, donde todo el recuerdo es agua.

—¡Que si este es el libro de marras! —tuvo que preguntarle la adolescente, según dice la Crónica, por tercera o cuarta vez al otrora adolescente, enseñándole su propio libro, que ella previamente había estado hojeando durante un tiempo.

Pero el adolescente no podía desprenderse del aliento aquel de los poetas del dieciocho, himnodia, recordaba haber leído, Cadalso, que decía *no cantes más amor. Desde este día has de olvidar hasta su necio nombre*,



aplicate a la gran filosofía, sea tu libro el corazón del hombre, recordaba haber leído varios poetas, muchísimos poemas, mitología, nombres que han merecido todos estar encerrados en libros intonsos, polvo, todo polvo envuelto en olor a tabaco, poetas silencio, poemas, olvido, hombres humo, Arriaza, condenados, Lista, por el juez caprichoso del tiempo, Gallego, Arjona Meléndez, a odioso olvido como excrecencia, *no cantes más amor, oh necio nombre, vete, entra en el corazón*, Cadalso, no tuve tiempo tampoco yo, no tuve tiempo de leerlo todo, sirenas cantaron al mismo tiempo, sirenas, *tu peux bien te perdre et tu peux demain sans rien me dire disparaître, je sais bien que tu peux bien nous perdre toi qui ne veux pas que sur ton chemin*, no tuve tiempo, no, desperdicié mi tiempo, excrecencias, porque desperdicié mi tiempo. Pero ahora que lo pienso pudiera haber sido Montesquieu, por qué no. O, mucho más probablemente, Montaigne. Vamos, si hubiera sido yo el que hubiera estado allí leyendo de pie, hubiera estado con el libro de Montaigne en las manos. Otoño. Claro, comenzaba el curso, setiembre, octubre, ¿o cuándo comienza un otoño?, es igual, pero llovía. Una tarde, sí, con la lluvia en los cristales, monotonía de amor sin destino, Cervantes, Haydn entonces, el de la Galatea y las sonatas, después irrumpió William y Wolfgang. Y *Voilà*. ¿Orden? No sé. William, el primero. Wolfgang, tú después. No sé. Jamás lo sabré. ¿Importa saberlo? Tampoco lo sé. Por qué no iba a ser Montaigne, aquel. Si yo hubiera sido él seguramente hubiese estado enfrascado en el melodioso hontanar de Montaigne bebiendo como abeja de sus flores. Por qué no.

—¿Este es el libro de marras? —preguntó ella por quinta vez.

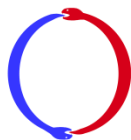
Despertó el otrora adolescente y dijo:

—Sí, ese es, por supuesto —y, volviendo a Montaigne, le dijo a ella—: Claro, tú con toda seguridad tuviste que leer también los *Ensayos*, y de ellos habrás sacado buen rédito, claro, claro. Los *Ensayos*, qué admirable cuerpo, al fin y al cabo, como hijo de qué padres, supongo, ¿no crees?

Y fijándose después en las gotas del cristal de la ventana supuso o quiso creer que recordaba entonces haber pensado que el libro que estaba en las manos de él en aquella ocasión era toda la realidad que subsistía en aquellos momentos, todo el ser, en el cual él mismo se hallaba como si fuese una página, o un párrafo, o una palabra esperando ser leída para resbalar como la gota en el ventanal hacia el centro, hacia no sabía qué centro, y recordó entonces *pondus meum amor meus*, y supo o se sintió ser gota resbalando fría y cálida, *eo feror, quocumque feror*, por la tersa epidermis de la transparencia de un cristal otoñal cuando nacía un curso nuevo como un río, como un río...

—Oye —le dice en voz alta a ella—, también habrás leído entonces el *Finnegans wake*.

—No —responde ella—, y no entiendo por qué dices *entonces*, pero, vamos, independientemente de esto, no, no lo he leído.



- Pues deberías hacerlo —dice él.
—¿Es interesante? —dice ella.
—Sí —dice él.
—¿Cuánto de interesante? —dice ella.
—Como para tirar cohetes —dice él.
—¿Lo tienes tú, aquí? —dice ella.
—No, no lo tiene nadie, excepto Joyce —dice él.
—¿Pero tú lo has leído? —dice ella.
—Sí y no —dice él.
—¿Entonces cómo hago para...? —dice ella.
—Joder, guapa, tú sabrás —dice él.

Que corría su curso también hacia el centro, no sabía qué centro, hacia allá, hacia más allá del párrafo de la página del libro del ser donde Montaigne había escrito, y que ahora antes de sentarme con Haydn al piano estaba de pie él entre ventanas de una biblioteca otoñal y casi abandonada leyendo, tal vez para dictar, como demiurgo, un mundo nuevo.

- Pero, joder, vamos a ver, si lo leíste es que lo tienes o sabes...
—*Quod nihil scitur*.
—¿Qué?
—Mira, siempre he sido partidario de la autopsia, así que, querida mía, búscatelo tú misma, encuéntralo y léelo, porque como te he dicho, tirarás cohetes.
—¿Autopsia?
— Sí. ¿Tú no?
—No sé lo que quieres decir.
—¿Estudiaste algo de griego?
—Algo, sí.
—¿Y no te suena?
—¡Ah, vamos!, ya, ya, pero, pero vamos a ver.
—Qué quieres ver.
—Joder, tío, ¿no tienes tú el jodido libro?
—Ya te dije antes que el libro solo lo tiene Joyce, nadie más, y yo no soy una excepción en nada, ¿sabes?
—¡No, no acabo de...!
—¿Sabes? —dice el otrora adolescente—. Me recuerdas..., bueno no quiero recordar lo que me recuerdas.

Y dice el cronista que de esto se ocupa, es decir, que de registrar en su voluminoso protocolo estos hechos se ocupaba, que el otrora adolescente cerró sus ojos y se apoyó confortablemente en el respaldo de su asiento sin desear pensar en nada, al mismo tiempo que la adolescente, o bien por impaciencia o bien porque no sabía en realidad qué quería hacer, encendió un cigarrillo y aspiró en profundidad una bocanada de humo que expulsó después con parsimonia, al mismo tiempo también, continúa el



cronista, que fue oído en todo el Gran Café el gran ladrido que el gran perro lanzó de forma gárrula al aire, como si en vez de un can, de desquiciada corneja se tratara, protestando quizá por la entrada de nuevo en el Café de la mujer que llevaba consigo asida una maleta en su mano.

Envuelta ella, así pues, en el ruido de la enloquecida urraca canina, entró a trompicones y trastabillando de variadas formas en la puerta giratoria, llegando incluso a casi caerse sobre las primeras mesas de la sala que estaban cerca de la entrada.

Pero el aullido intempestivo del cancerbero había sembrado sobre los surcos de más de uno en el Gran Café muchas semillas de pánico. Entre ellos, la Dama que le daba hoy por postular a favor de su *Flauta*. Estaba al acaso ella acordándose y relamiéndose con ellas —con las filigranas de la *Reina de la Noche*—, cuando hete aquí que de súbito las fauces del bruto rasgaron tan horrisonamente las telas del aire con su bramido, que estuvieron a punto de producirle un colapso en mitad del corazón a la anciana, la cual cada vez, decía ella misma, estaba menos preparada para sustos tales. Pero, repuesta del pseudocolapso, se irguió con alguna dificultad y se acercó a la de la maleta, que, sonriendo hacia el techo con desconocida razón —y tal vez con razón demasiado escasa—, deambulaba tambaleándose por los vericuetos aún muy poblados hoy del Gran Café, y llegado que hubo a la sonriente mujer, le tomó de la mano la maleta y le dijo:

—*Pars et puis tant pis pour ce que tu es, pars et puis tant pis si tu n'as su aimer, tant pis pour tout ce que tu n'as pas, tant pis pour toi et pour moi, tant pis pour tous ces jours où j'ai vécu pour toi...* —Y se abrazó entonces la anciana dama a la mujer desconocida.

Observó el cronista que la mujer de la maleta al poco cambió su anterior sonrisa por otra risa más franca, la cual desembocó al fin en una estridente carcajada que consiguió, a la par que acallar a todo un Gran Café, atemorizar incluso al cancerbero, de cuyos labios escaparon entonces febles relieves del ruido que mascaba.

En el silencio que sobrevino, tocó el acorde final de la *fantasía* el pianista. Se oyeron lejos tres o cinco tímidos y solitarios aplausos que tuvieron ninguna fortuna. Esperaba, por su parte, el otrora adolescente ahora, tras el final de la fantasía, poder ver al ejecutor, pero este, en vez de levantarse y saludar, volvió a colocar sus manos sobre el teclado y comenzó una sonata nueva. Esta empero fue pronto engullida por el renovado bullicio del Café. No necesitaba sin embargo el otrora adolescente oírla para saber de qué sonata era aquel sensible sonido que batallaba, y a la postre era vencido por él con el torbellino que poco a poco, tras la risotada de la mujer de la maleta, iba devorando los rincones, avenidas y espacios todos del Gran Café, y por esa razón, o sea, porque el bullicio engulló la sonata, no



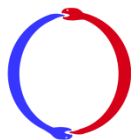
pudo el cronista oírlo y privó en consecuencia a su Crónica de la, pudiera decirse así, recensión subsiguiente, ya que lo que anotó con desgana sobre ella solo con excesiva generosidad pudiera calificarse de tal.

No necesitaba ni buscaba el del piano, de todos modos, andar en hablas de cronistas, pues él al jugar con el piano perseguía solo, antes de que *Hamlet* llegase, matar el tiempo y, pensaba sentado al instrumento, pocas armas mejores para ese intento pudieran hallarse. Y desde luego ninguna tan o más bella. Por lo que, desoyendo a tirios y troyanos, prosiguió con sus manos en las teclas asfixiando o tratando de asfixiar a esa serpiente, *serpiente* escribe el cronista cuando de ello habla, infinita e inmortal — que ambos adjetivos le aplica asimismo el cronista, sin atreverse a escribir solo uno—, *del tiempo*, el cual, para desgracia tanto de troyanos como de tirios, jamás fenecerá por mucho y bien que un pianista ejecute sonatas en bulliciosos Cafés o en los religiosamente silenciosos salones de los palacios.

Sin embargo, el cronista, por tenerlas más cerca, sí que dio buena cuenta y razón de las dos mujeres que por unos instantes habían congelado el ruido del Gran Café y sobre todo no pocos corazones, entre ellos, como se sabe fehacientemente, el del perro, al cual le entró, así dice el cronista, una especie de hipo o temblor al mismo tiempo que de sus ojos pendían también trémulas las lágrimas del miedo.

En efecto, cuenta la historia que acabada cuando creyó oportuno la de la maleta su risotada, así abrazada como estaba a la dama de la *Flauta*, fue conducida por esta hacia la mesa donde el otrora adolescente, queriendo a su vez romper los sellos de lo imposible, trataba de borrar de su mente el contenido del futuro y lavar con lejía los calzones del pasado, para fumar —así dice casi a la letra la historia—, para fumar el cigarro del presente, pero, con los ojos cerrados como tenía, no vio acercarse a la maleta ni a las dos mujeres, las cuales llegaron al fin y sin mediar palabra se sentaron. Quiso la dueña de la maleta esbozar segunda y tenebrosa carcajada entonces, pero una relampagueante mirada de la anciana detuvo aquel movimiento al instante, con tal violencia por otra parte, que la dueña de la maleta arrebató a la anciana su maleta e intentó con ella cubrirse el rostro, del cual, aunque se esforzó para impedirlo, brotaron tristes y cálidas las lágrimas.

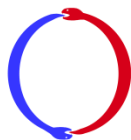
Indiferente a ellas, la dama invocó la atención del otrora adolescente. Cuando movida por ella este al fin abandonó su letargo, lo primero que vio fue el abundoso cabello desparramado por el mármol de la adolescente que, incapaz de reprimir su risa, recurría a doblar sobre la mesa su cerviz para que la anciana no se diese cuenta de ella. Es fama, y forjada esta en la acendrada fragua cuyas aguas brotan de la fuente misma de la verdad, que el pasaje de la Crónica, en el que se detiene el cronista —por otra parte



algo más de lo debido—, que describe el reír sin freno de la adolescente, el taparse el rostro con la maleta la mujer ahora llorosa de la maleta, el llamar la despierta dama al adormilado otrora adolescente para que se despertara, el, en fin, estar del aburrido a la par que heroico gato oscuro — oscuridad esta que indujo tantas veces a error, pues fiándose muchos en exceso en las meras apariencias creían ver un gato negro cuando la realidad era distinta, aunque tampoco pudiera predicarse de él que fuese níveo—, gato conocido por *Heráclito* a veces, más abundantemente por *Plotino*, aunque hubo también inúmero gentío que jamás mostró interés alguno por saber si tenía o no tenía nombre el gato, gato que ahora, después de largo día agitado y sin haber probado un mísero bocado digno de su hambre canina, ya no soportaba casi nada, pero no quería en cambio abandonar los alrededores de la adolescente, tiene, aquel pasaje de la Crónica tiene paso marcial, podría decirse, y alcanza algunas cotas de algo que pudiera parecer una cierta clase de humor.

Según ella, así pues, el otrora adolescente vio al principio, al abrir sus ojos tras la ensoñación, la moviente cabellera de la adolescente reptando o intentando conquistar la amplia llanura o estepa marmórea de la mesa donde la bella pretendía defender su irrefrenable risa de la mirada de la anciana, y mucho después se fijó en la mujer llorosa con una maleta tapando asimismo su rostro, y en la anciana dama, que con muchos visos de importunar, aunque con la energía mezclase en su voz modales muelles, había desencadenado una batería de preguntas sin solución de continuidad, en resumen de las cuales parecía quedar claro que ella tenía clavada en su pecho la duda de si la *Flauta* cabría en nuestro *Teatro* y deseaba por tanto que el otrora adolescente desenclavara aquella espada que tan cruelmente traspasaba aquel pecho, de forma tan honda, además, que interesaba incluso el propio corazón.

En medio de la repetición de una pregunta de la anciana, saltó de la adolescente hacia el otrora adolescente el gato. Visto este ágil y grácil brinco felino por la mujer de la maleta de reajo, comenzó ella entonces a bajar del rostro la máscara de la maleta con indecisión primero, pero al fin expedito quedó este y pudo por ello entonces el otrora adolescente comprobar los restos de las lágrimas en una faz que se le antojaba haber visto en no recordaba qué museo antaño, quizás el rostro de un cuadro, aunque no demasiado grande, que llenaba él solo por entero la sala entera de algún museo lejano. El gato, asentado ya cómodamente cabe el otrora adolescente, reparó de repente en la mujer de la maleta y comenzó a escrutarla de forma inquisitorial, formándose en su mente interrogantes variadas que, a pesar de su proverbial perspicacia, tuvo que abandonar sin poder llegar a resolver.



Por su parte, la mujer de la maleta se enamoró perdidamente y al instante del gato. Tal vez, aunque no hubiese estado enamorada de él, tampoco hubiera entendido lo que entonces decía al otrora adolescente la dama, de la *Flauta*, la cual, dice la Crónica que estaba diciéndole:

—Porque *Hamlet* cabe incluso en una habitación cualquiera, en una alcoba, por ejemplo, pero la *Flauta*..., la *Flauta* necesita más vastos espacios, ¿sabe usted?, horizontes más amplios, más dilatadas explanadas donde acoger..., ¿sabe usted?, para acoger..., ¿sabe usted?, para recibir en su seno tanta belleza y, amigo mío, considerando que...

Y añadía la Crónica tres o cuatro considerandos de la Dama que inexorablemente llevaban a la conclusión de que nuestro teatro, si no menguado —que ella no se atrevería jamás a llamarlo así—, era al menos algo más estrecho de lo que ella quisiera para que la *Flauta* sonara bien y sin desdoro ni menoscabo de lo que debería ser.

Pero al estar con tanta intensidad enamorada del gato, y al ser este amor tan joven e ilusionante, la mujer de la maleta ni entendía ni quería atender a lo que la Dama de la Flauta decía, sino que ella misma por su cuenta y riesgo comenzó a hablarle amorosamente al gato. Se sabe con bastante certeza que las palabras que le decía a *Plotino* la de la maleta, a fuer de amorosas, no sonaban, o al menos nadie las oía, incluso ni el agudo oído felino, sino que, dice el cronista que pensaba el otrora adolescente, eran como si estuviese todo el Gran Café sumergido en una gigantesca burbuja de agua, eran palabras que no se propagaban porque les faltaba aire, o como si, insiste el cronista en los símiles, como si la mujer de la maleta fuera muda y por su boca pudiera balbucir solo una materia sin sustancia.

Y en cambio, vibrante, la voz avejentada de soprano de la Dama de la *Flauta* se erguía límpida en medio de las olas del mar del ruido inundando con el inquieto oleaje de sus considerandos el oído un tanto abúlico del otrora adolescente, el cual, aunque la oía perfectamente no la escuchaba, porque a quien escuchaba, aunque no la oía, era a la de la maleta que hablaba amorosamente sin palabras al gato, y aunque en la Crónica no quedaron registradas estas no palabras —como era de esperar—, no se yerra si se afirma que el otrora adolescente conoció íntegro el contenido del idilio.

Aunque en puridad no cabría hablarse de idilio, pues, así como la de la maleta sí parecía tener un acendrado amor hacia el animal, este se hallaba indeciso y no decía ni miao.

Generalmente hablando, las dudas que rondaban por la mente del felino no duraban mucho, pues él con bastante rapidez solía solucionarlas,



y con notable éxito por añadidura. Pero el caso de esta mujer parecía distinto. Para empezar, no le gustaba al gato la maleta. No se trataba de que fuera una maleta con diseño no a la moda o que tuviera formas o volúmenes o colores incómodos. Era el hecho mismo de su existencia. No podía evitar que le diera mala espina aquello. Pudiera ocurrir, pensaba el gato, que en esa maleta hubiera gato encerrado. Y sabía él demasiado bien los disgustos que dan casi siempre los gatos encerrados. Tampoco le daba mejor espina la propia mujer. Aquello de reír y de llorar al mismo tiempo no podía anunciar más que desgracias. ¡Pues qué me dices —seguía pensando— de lo que dice y, sobre todo, de cómo lo dice! Porque, en realidad de verdad, el busilis de todo está en el cómo. Ya que, la verdad sea dicha, lo que realmente todo el mundo dice es la misma *sinsustanciada* de siempre, pero el *cómo*, el *cómo* de las cosas, esa es la cuestión. Y el cómo de esta, ¡joder con el cómo de esta! Es de miedo. Pero al mismo tiempo, y esto es lo que paraliza mi acción, tiene luz, tiene.., yo creo que tiene en sus ojos la luz del brillo de un rayo de esperanza... O tal vez un rayo de desesperanza sin brillo ni destello de luz.

Y el gato, por consiguiente, haciéndose tantas preguntas y cavilaciones no puede estar inmerso en idilio alguno con esta mujer, y opta en buena lógica por estar solo a la mira y ver en qué para el misterio de la de la maleta.

Lo cual, por otra parte, propiciaba la parte del idilio que le correspondía a ella, que, al ver tan bien puesto al atento y apuesto gato escuchándole sus amorosas e inaudibles palabras silente, como si fuera mera gárgola, convertía a estas en una sencilla declaración de amor de parte, pero en realidad muy vistosa.

Que, por otra parte, parecía ser tema importante que le importaba en buena parte al otrora adolescente, el cual seguía escuchando las vistosas no palabras de la mujer y viendo cómo la miraba de hito en hito el gato con sus ojos abiertos de par en par y paralizados.

De par en par, o mejor, a grito pelado había comenzado un poco antes el adalid a evacuar por su boca una buena masa de sapos y culebras. Como puede suponerse, este adalid era menos escuchado cuanto más alto oraba. De hecho, ocurría que, si hace un rato solo tenía entre su audiencia a un solo oyente, él mismo, ahora al haber dado mucho más fuelle a su gorja nadie le escuchaba, ni él mismo. Por esta razón tampoco el cronista trasvasó a sus protocolos las oleadas de su abrasadora oración. El mundo —pudiera así hacerse un resumen piadoso de su prédica de ahora—, el mundo caminaba ciego. El ser no era inmutable. No era infinito. No era inmortal. El ser no era bueno. El ser era solo contingencia. El ser era solo azar. Y ahora el tiempo del azar había escuchado la postrera campanada en el reloj de la nada. El mundo camina ciego porque no hay luz de verdad.



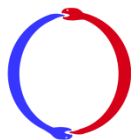
Hubo una vez un mundo —venía a compendiar así el adalid, como si hablara para niños, la Historia entera de la Humanidad—, en el que vivir en él suponía el placer sencillo de jugar con las esferas y su sonido, de amar a los mares y a las plantas, de comulgar en las selvas con los animales, un mundo en el que morir en él era solo el goce de dejar espacio al nieto para unirse al alma del universo. Pero aquel mundo ahora es solo el espectro del silencio.

Los niños que había en el Gran Café, lejos de escuchar al orador, estaban derramando sobre su mesa un vaso de agua unos, rompiendo otros una taza de té, tirando al suelo un plato los de más allá y llorando los últimos en medio de gritos insoportables junto una ventana que daba al Paseo, donde magnolios, plátanos y tilos se hacían eco de los silbos oscuros del viento.

Ni chicos ni grandes, nadie esperaba de todas formas que aclarase algo el orador los esbozos de metafísica tabernaria que acababa de vomitar, y por ello nadie se extrañó de que, echado por el momento todo el vómito hoy, recogiese el adalid sus bártulos, que en definitiva solo consistía esto en meterse las manos en los bolsillos de una especie de tabardo desfasado, y saliese del Café derecho como una vela y revestido de una lozana capa de dignidad, abandonando con gesto de soberbia en la mirada y con firme y pausado paso el bulevar principal del Gran Café para, tras girar con la puerta, entrar en los umbrales de la noche sin detenerse ni mirar atrás.

Dejó, por tanto, flotando en los salones del Gran Café y abiertas de par en par multitud de cuestiones y dudas que, si los clientes hubieran atendido, podrían haberle planteado, tales como el ser y la bondad o el ser la verdad, y cuya solución se desconoce por consiguiente, porque parece que era considerablemente más transcendental para el común sentir del público atender a la bondad o no de los calamares fritos que habían llegado a una mesa, o a lo bien o no tan bien que estaría hecha una tortilla con bonito que habían pedido en otra, en fin, atender a lo aromático y reparador que era aquel vino tinto con matices tan cálidos y aspecto tan encantador, y dejar en el armario colgadas las cosas que no se entendían, tal vez porque no existiesen.

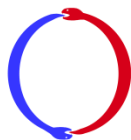
Pero en cambio sí que transvasó a sus protocolos el notario, y casi literalmente, además, las elucubraciones de un hombre que, solitario a veces, llevaba tiempo emborronando unos papeles con las excrecencias mentales que al parecer le fluían sin excesivo trabajo de su sesera. Es difícil llegar a atisbar la causa por la cual el cronista que estos escritos copiaba en su Crónica decide hacerlo, a no ser que se piense —lo cual sería muy deseable— que se fundaba en ser fiel y limpio espejo de la realidad que le rodeaba y que, por tanto, ninguno de sus personajes, por más nimio o imbécil que pareciese, era digno de perderse en los márgenes ingratos de su



Crónica como si fuese gente apestada a la que se recluye en malaterías para evitar contagios.

Y, con este presupuesto por delante, trasegó, como se ha dicho, el contenido de aquellos arrugados papeles del a veces solitario hombre a los ordenados —si es que él mismo conocía el orden— folios que componían su Crónica, sin dejar en aquellos odres viejos casi ninguna de las gotas del licor con que rellenó, como si fuese vino nuevo, los odres bien embadurnados y nuevos de sus protocolos. Fueron tan famosos los escritos del a veces solitario hombre que el cronista tomó en préstamo para dar mejor timbre a su Crónica, que no sería sino redundante detenerse en ellos mucho más.

Mejor sería seguir el rastro, cosa que el cronista no hace, al adalid deambulando sin destino por los callejones de la humedad de la noche, donde, incluso antes que esta, se había metido al abandonar, su alma asolada por la indiferencia de todos, los salones del Gran Café donde ella, aquella a la vez diosa y diablesa, le había acuchillado tantas veces como las mismas veces que ni le había mirado, aquella crudelísima mil veces más que cruel que la crueldad de la noche fría y la fría soledad donde ahora se hallaba expulsado del paraíso condenado a vagar y vagar por las espirales del vacío, donde sin rumbo, como se ha dicho, caminando incluso sin saber que caminaba y pensando sin saber que pensaba que todo era noche y sin saber si había aún vivido o todavía tenía vida más allá del aliento que echaba vaporoso a la nada que le envolvía, y sin saber si había su nao tocado el agudo cuchillo del bajío asesino, aquel fatal despeñadero donde siempre se tropieza, para caer y caer y caer sin fin y empujado por el vértigo y más vértigo hasta el último escalón del sueño sin despertar en el fondo del torbellino, pues sin ella no había luz, ni día, ni flor, ni nada, y de nada serviría construir un individuo nuevo, una raza nueva, un universo nuevo, para qué, ni de nada servirían ideas ni aunque todos qué risa te amasen qué risa joder pues aunque hubiese un amor entre todos joder pero ella ni me miró ¿no? joder era un ángel del infierno leía sí una mierda leía de libro qué mierda ni una puta vez sus ojos ¿ceniza? solo ellos tocar cerrar besar acariciar ceniza con fuego aún ¿un libro? no ¿no? estáticos los polvos o los átomos sin viento de aire acariciar el aire de sus cenizas qué mierda un libro solo tocar el aire y ni una vez y mira que hubiera bastado aunque fuera solo un segundo de la luz de sus ojos porque si me hubiera tocado la ceniza luminosa de su mirada aunque solo fuera un segundo no podría haber una eternidad más larga e intensa que ese segundo de sus ojos posados en mí y entonces sí entonces hubiera brotado relampagueante un mundo nuevo y hubiera sonreído dulcemente porque entonces todos se hubiesen amado y el mal hubiera sido desterrado eternamente por la eternidad del segundo de luz de sus ojos iluminando y creando el bien y el orden y la belleza ah pero ella atenta a nada o leyendo una mierda de libro ausente lejana estrella brillando infierno iluminada su cara sí la ventana poca luz



tarde tardía húmeda noche luz iluminaba su rostro enfrascado su cabello en un puñetero libro profundamente castaño oscuro con matices de cobre la luz de la ventana negra rojizos también como sus ojos ceniza móvil con filigranas de oro y fuego y su extraviada sonrisa miel un universo miel amor bondad dulcedumbre belleza..., y caminaba por los callejones de la vorágine y sin querer veía ratas, basura, y quería poner la yema de sus dedos sobre sus pómulos y viajar con ellos sobre sus cabellos de fuego y ceniza y asentarlos sobre sus labios, fresa de acidez perfumada y dulce, pero tropezaba con las cosas del caos, una farola, un automóvil, una persona de huida presurosa, más ratas, o topos, o erizos, o murciélagos, u orugas, algo vivo, ah todavía había vida, y seguía moviendo las yemas de sus dedos ardientes por el mar infinito, placer, de sus labios y se quemaban sus yemas en el fuego entreabierto de su sonrisa, pero el fuego creaba en sus yemas ese universo que buscaba, ave fénix, ese universo con tantos nombres pero que existía porque lo pensaba, aunque tropezaba con las telarañas de su laberinto, y bajaba sus dedos a la piel aterciopelada de su cuello sobre el cual estaba asentado su universo como roca inquebrantable donde se hallaba el quicio universal donde todo giraba y, además de las yemas, puso con infinita suavidad sus dedos y sus manos todas y acarició la columna y ella entonces al fin le miró un segundo, ceniza oscura, eternidad, el ser o la muerte.

Le vieron tropezar varias veces, caer, levantarse para volver a caer y levantarse y caminar hasta que al fin volvió sin saberlo otra vez cerca del Gran Café. En un banco cercano, bajo el cobijo maternal de un magnolio, se sentó primero, después se acostó y durmió al fin durante todo *Hamlet* un sueño injusto. Pero esto era de otra jurisdicción, y el cronista por ello no se hizo en sus protocolos eco alguno de ello, ya que, en realidad, con mucha dificultad, y sobre todo con mayor prisa, apenas si daba abasto con los personajes del interior que, lejos de estar dormidos, roncaban y aún tronaban a mandíbula batiente los más de ellos.

No era gran sorpresa confirmar una vez más que los que más gritaban, de entre los que aún velaban, eran los que menos razón tenían. Tampoco que los que nunca hablasen fueran los más sabios. A todo esto, tan sabido por todos, incluso el cronista llegaba. Por ello tenía que andar con pies de plomo tanteando aquí y allá para llegar a la sustancia de las cosas y, sobre todo, a la sustancia del corazón de los hombres y a la esencia del de las mujeres, no queriendo oír *sinsustanciadas* o vanas palabrerías de unos u otros, tarea ardua en realidad, a no ser que —lo cual siempre se había prometido a sí mismo no hacer—, a no ser que se echase mano de la fantasía propia para sacarse de la manga lo que no podría extraer de la misma realidad.



Y basado en este principio, ahora recientemente ratificado por él, lo primero que oyó el notario surgir de la realidad fue el pensamiento del otrora adolescente.

Era fuerte el ruido de su pensamiento y era además claro y distinto, como piden los cánones, pero el tufo del *dejá vu* o *entendu* le fatigaba, y cerró por ello sus ojos a aquellos efluvios para buscar novedades en otros lares. Cambió entonces su consideración hacia una pareja de enamorados, pero allí el tufo del *dejá entendu* era una peste en toda regla. Después fue fijándose hacia el norte y resto de puntos cardinales, en unos y otros, y volvió a oler el mismo aroma en todos.

No era frecuente en el notario cronista tropezar con la desilusión o dejarse llevar por el viento del desaliento, pero aquella tarde, aquel comienzo de una noche se convirtió de repente en un pedrusco en el que tropezó su pie y como consecuencia de ello hincó primero la rodilla y cayó al fin de bruces al suelo, en el cual hacía más de una centuria se habían empleado materiales de gran nobleza y se habían colocado estos muy bellamente, de tal forma que muy poco o nada tenía que envidiar a los suelos famosos que habían pisado delicados pies de princesas o ebúrneos coturnos de mancebos, o a los suelos donde habían danzado reinas envueltas en los brazos de reyes, o amado a emperadores emperatrices, y allí, en aquel suelo, sintió el cronista por un instante el comienzo de su noche, como si estuviera cayendo por un agujero negro hacia el sinfín del sinsentido. Y en un rapidísimo proceso pensó que nada que hubiera salido de sus manos valía nada, mejor, que nada había salido de sus manos, nada, nada que no fueran las ascuas del fracaso.

Junto a las bellas losas, que enmarcaban los mucho más bellos aún mosaicos de que se componía el suelo del Gran Café, permaneció unos instantes con los ojos cerrados, los abrió después y fijándose en torno a sí vio que todos sus personajes habían callado y le contemplaban todos. Solo se oían fuera las ráfagas del viento frotando los plátanos, tilos y magnolios, y las ráfagas del vértigo de los estorninos. El perro después, lejos, esbozó un gruñido, pero alguien, tal vez el miedo, lo abortó. Temió entonces el cronista que aquello pudiera ser el punto final de su Crónica. Pero le sacó de su temor el gato.

El oscuro gato fue el primero que cobró de nuevo vida. Los demás aún seguían, figuras de cera, envueltos en telas de duda, cuando él, descendiendo primero del seno de la adolescente, se apoyó después en el mármol de la mesa y saltó con la suavidad del deseo al fin sobre la geometría mitológica del suelo para acercarse con lentitud al cronista caído en el pozo de la indecisión. Si el cronista hubiera sentido por este animal una pizca de amor se hubiera dado cuenta de que el gato cuando a él llegó, le habló. El cronista en cambio no le oyó, pero en el dilatado y profundo silencio en



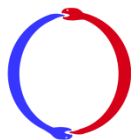
el que estaba sumido todo el Café entonces, todos los demás, figuras de cera oscilando en el vacío pendientes de un hilo de duda, oyeron con facilidad y nitidez cómo el gato oscuro le decía al cronista:

—*Il y a tant de rêve par delà ta nuit, tant et tant de soleil derrière tes murs gris, mais tu ne les vois pas car tu restes chez toi.*

Palabras cargadas de amor o de amistad, aunque bien sabía el gato que no estaba él en el devocionario del cronista. Así y todo, no tenía el felino empacho en animar al desanimado, pues intuía con su agudo olfato que a la postre venía a ser muy positivo para todo —incluida su cena— que el cronista recuperase cuanto antes su lira y continuara con los compases de su Crónica, en cuyas páginas —y de esto estaba él muy seguro— debían de comenzar en muy breve lapso de tiempo, tan pronto como el cronista se recuperase de su desvanecimiento, a saltar los manjares que el dueño y señor de la cocina, ahora mera estatua inanimada, le tenía reservado, como cada noche, para reparar las desgastadas fuerzas de su cuerpo gatuno, desgastadas, como se sabe, en un sinfín de actividad, mucha de la cual era casi del todo frenética y febril actividad.

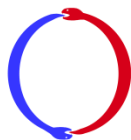
Pero el cronista no le oyó y dejó un tiempo más abandonada en el bello suelo su lira melodiosa. Tenía la curiosidad de saber qué pasaría con todos aquellos silentes e inmóviles espectadores si él no tomaba con sus manos la lira de la Crónica y pulsaba con sus dedos las cuerdas ahora mudas del instrumento. Estaba, así pues, a la mira el cronista poniendo sus ojos inquisitivos sobre el hombre que había dado la espalda a todo, sobre la dama que postulaba por la *Flauta*, ahora silentes, silentes y pendientes de la sentencia del destino estaba también el lector o lectora del libro pío del impío marqués, la adolescente, el otrora adolescente, paralizados ambos y entrelazados por la mirada, también congelado en el tiempo y el espacio el efebo, perdido en una mesa entre mujeres, el resto todo del Gran Café, el Gran Café mismo vuelto, como hoja de magnolio, seco y caído en su mismo suelo, aquel suelo en el que los planos y planes del arquitecto padre habían tocado la cima de la mitología y de la geometría para que por ellas pisara y deambulara la heroica ciudad antes y después de la siesta.

Le asaltó de nuevo y con renovada virulencia la duda, no puede ser —pensaba desde el suelo de su desilusión—, no puede ser que estas criaturas tengan vida, alma propia, no puede ser que tengan cuerpo, son solo fantasmas, no representan a nadie ni a nada, nada simbolizan. Pensaba, en efecto, que sus personajes no simbolizaban nada, pues apenas si eran meros diablos ardiendo como fuego fatuo en su cerebro enfermo. Pero incluso con dudas, o sin creer sus propias ideas, seguía mirando, examinándolos. El hombre que había dado la espalda a todo, de dónde había salido, era notorio que había tenido un gato, también se sabía que poca dulzura por su boca salía, pero nada más o muy poco más, tampoco hablaba casi con nadie



y parecía que podía sospecharse de él un pasado con varias escenas y actos enteros de tragedia, pero solo muy poco y muy pocas veces él había apuntado algo más que la mera expectación. La adolescente, aquella pizpireta niña hace dos o tres días con toda seguridad, ahora tal vez en la cima de todo, paradigma de la vida cuanto menos, sobre la cual tan fácil y placentero sería hablar, enredada muy posiblemente en la tela de araña involuntaria del azar, y que como resultado final se sospecha que no consiga cosecha distinta a la decepción. El otrora adolescente, personaje de añeja soledad, avezado en naderías, timorato y ostentoso al mismo tiempo, exhibidor de absurdos como leer en la vorágine un sermón del miércoles de ceniza, a la par ceniza él mismo de un fuego que nunca ardió. *¡Ah, sí!, oyó el cronista que el otrora adolescente pensaba, ¡soy apenas ceniza de un fuego que nunca ha ardido!, tan solo eso, le oyó pensar el cronista, tan solo eso, ceniza sin fuego.*

Y entonces el cronista allí, desde el suelo del desaliento, observó cómo el otrora adolescente desenlazaba de la adolescente su mirada y se levantó lentamente y paseó entre los espectros paralizados del Gran Café y, tanteando, como ocultándose de la ya lóbrega luz que había conquistado la atmósfera del Café, caminaba con sigilo, con cautela suma, buscando con brújula desimantada el fuego, el fuego que en él nunca antes había ardido pero que le había dejado en el corazón triste ceniza, y observó el cronista sin sorprenderse en exceso cómo aquellos espectros mudos e inmóviles iban recobrando de nuevo tras el paso vacilante y esquivo del otrora adolescente vida, y reanudaban su acción anterior, completando unos la frase que tenían antes en sus labios, acabando de beber de la copa de la que entonces bebían otros, reanudando el piano el compás que antes se había resuelto en silencio, el piano, a donde el otrora adolescente obligaba a sus pasos a llevarle en busca del fuego, creyendo que las cuerdas, regidas por sus manos, condensaban en torno a sí el aroma más intenso de la belleza, y ocultándose cuanto podía y temeroso al mismo tiempo de la vida que animaba con su paso, iba acercándose al piano, y al llegar vio que nadie estaba sentado al teclado y oyó que en el instrumento solo resonaba tenue la fantasía del silencio. Percibió un olor desagradable a cerrado mezclado con el olor del tabaco, pensó que era un olor oscuro, oscuro y antiguo como el aroma de flores de muerto —o tal vez de flor de muertos—, percibió luego el aroma oriental del piano, se mezcló este con el del tabaco, después percibió un ligero, enormemente ligero aroma de azahar y albahaca que luchaba por hacerse sitio en el reino del tabaco, después se sentó al teclado, pulsó una tecla, acaso *Mi bemol*, cuchillo que rasgó con el filo de la tersura de su timbre el terciopelo del silencio, siguió al *Fa*, y entonces recobró vida un hombre paralizado cerca, *Sol*, una mujer acabó de completar la risa que había comenzado antes, *Si, Si bemol*, niños llorando, otros ruidos confusos, rumor de agua, *Re*, dio un acorde pianísimo en *Re menor*, percibió incienso, una sala oscura conquistada por tristes augurios como objetos que al ser impregnados del vapor del acorde se les



insuflaba alma, después un arpegio *presto*, ladró tímido gruñido informe el perro, apoyó sin pulsar su izquierda en las teclas graves y acarició el marfil de cálido tacto, sintió entrar por la ventana la claridad de un joven leyendo, Montaigne, casi seguro, solo había francés, o Rabelais, aunque no, seguramente él no era de la cuerda de Rabelais, tampoco Voltaire, no sé si Montesquieu, tal vez Montesquieu, que el Estado necesita siervos que le sirvan y bien común y Estado Nuevo y Estado y Estado y para ello había que leer para defenderlo del Mal y Montesquieu era, también valía para esto Montesquieu, cuánto valía, y apoyó su izquierda sobre el teclado cálido del marfil armonioso y el joven pasó una página sin levantar sus ojos casi del último párrafo para ponerlos raudos en el párrafo siguiente de la nueva página, otro acorde *Fa sostenido*, ladrido del perro corto y nítido, *Do sostenido menor*, gran rumor todo el Gran Café resurrección, y el cronista, celoso entonces de que todo volviera a existir fuera de su voluntad, cerró los ojos encima de Perséfone y apoyó sus brazos sobre Eurídice sin querer escuchar la Fantasía que brotaba al mismo tiempo que creaba ella misma una biblioteca olvidada en un rincón polvoriento del tiempo donde se apilaban polvorientemente también tristes e intonsos libros no leídos, y apretaba sus ojos oscuros sobre su propia oscuridad produciéndose lágrimas que humedecieron a Perséfone en su rostro de hierro, y retorció sus manos sobre Eurídice negándose a aceptar que la vida renaciese fuera de su conciencia pues le parecía aquello el mayor de sus fracasos y el mayor de los fracasos posibles, pero su oído no le dejaba engañarse y oía alrededor de sí de nuevo todo el murmurio del Gran Café encima de su cabeza, entre cuyas voces reconoció la del adalid.

Recordaba el cronista haber visto al adalid fuera, en el Paseo, a la vera de los magnolios a donde no sabía bien por qué razón había acudido, y le sorprendió ahora oírle tan cerca, ya que suponía que tendría que estar tirado allá en un banco del Paseo durante toda la representación de *Hamlet*, pero ahora muy cerca de él le oía susurrar, babear mejor diría el cronista, babear a la adolescente pura y espesa lubricidad. No quiso oírle. Le molestaba incluso que existiera la posibilidad. No debería ser posible babear balbuciendo lascivia a una mujer ya, aunque muy joven, como aquella, libre y limpia, porque mi adolescente, pensaba el cronista con sus ojos en lágrimas cerrados junto a la boca marmórea de la férrea Perséfone, es una niña mujer limpia y libre como la misma limpieza de la libertad y no merece las babosas babas de los babosos, porque yo había pensado para ella un amor intenso y puro como solo intenso y puro puede ser el amor que no tiene otro intento que perderse en el interior de los ojos del otro, y este, anómalo, heterodoxo, sacrílego prostituye con suciedad la nieve si le dejo, por lo tanto hay que tomar cartas en el asunto y actuar.

Y entonces, fiel a su deseo, se levantó el cronista y comenzó a escribir. Solo quiero —escribía el cronista que le decía el adalid a la adolescente— no ver más que tus ojos ni sentir más que el perfume de tus labios,



nada más, porque nada más existe, no quiero así pues acariciar tus hombros ni apropiarme de tu pelo, no quiero adorar tu pecho, no quiero que se detengan en tus pómulos mis dedos ni que escalen ágiles por el pilar de tu cuello, casi ni tus manos quiero, apenas solo ver tus ojos, solo sentir tus labios, eso, porque nada existe tan bello. Había la Fantasía del otrora adolescente hecho renacer, como se ha dicho arriba, con sus notas desde el piano a todos en el Gran Café, y la adolescente, venida de nuevo a la vida, oía al imbécil, joder, porque este tío es un imbécil total, o si eso no es así es que yo estoy como una puta cabra, y como yo no estoy como una puta cabra, entonces este es un imbécil total, porque joder. Y siguió haciendo de él caso omiso.

Le habían quedado en la memoria colgando restos, restos del libro de Joyce que..., y no le gustaba lo que había oído al mismo tiempo que le atraía porque..., y le estaba impacientando que..., sí, sonaba incluso en el mar del ruido bien la sirena, un canto contra el viento, la marea, y no quiso atarse al mástil del barco, atrayente melodía seductora, Joyce, seguro que en Londres, *of course*, pero sí, quizá fueran menos importantes que el licor de mirto, ¿no?, cálido, o calentante, la sonata sonaba con melodía de mirto desenvolviendo sus alas de aire en la armonía atrayente de la sirena, sentada al piano, lejos, en un horizonte de olas crespas, llamada tal vez música preñada de unción de mirto, dulce paladar, cierras los ojos, tan cálida, no, no atarse al palo del barco si no volar si se puede en las olas de esa música, le impacientaba que..., porque, sí, había dulzura en..., incluso en los silencios, ¿Joyce?, ¿por qué?, así, de paso, pero lo había buscado y no lo había encontrado, Ulises sí, muy variadas, pero el otro, no digo que no, pero claro, qué diferencia, palabras escritas o sonidos que oyes y cuyo perfume sientes, joder qué diferencia aunque, regla general, ya sabes que nada de nada, joder, siempre hay que ir evaluando cada cosa en sí, y cada persona en sí, y diablos, no se pueden hacer reglas generales, porque ¿por qué Joyce? Porque, joder, es que me jode, aunque no puedo evitarlo, no lo puedo, y no poder evitarlo es estar azotada por una abrasiva brisa abrasadora que lija, rasca, lima, rasga, corroe como ácido dulce, joder, no me digas dónde, pero alguna vez en algún sitio oí esa música, cenando posiblemente algún día, endeble, parece endeble, irreal, endeble e irreal como un fantasma o como un ángel de pluma nadando en un mar con olas de espuma, joder, no sé lo que pasa.

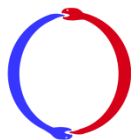
Dice el cronista que de esto se ocupaba que la adolescente encendió un cigarrillo entonces, aspiró el humo con anhelo y también de forma vehementemente lo expulsó por sus labios, como si deseara insuflar en todo el Gran Café con su aliento de confusión el espíritu de la claridad, claridad que en el Paseo, bajo las alas de los plátanos, tilos y magnolios, se había prácticamente acostado para pernoctar, claridad que incluso en el Gran Café era dudosa, entre lóbrega y ruidosa pensaba la adolescente, tanto que le impedía a ella misma el ruido de la claridad convertida en oscuridad auscultarse



el alma y escuchar, de fuerte que latía, el péndulo tembloroso de su corazón, que con vaivén anómalo amenazaba paralizar los engranajes trabajosos de su fatigada máquina de pensar. Continúa refiriendo el cronista cómo tuvo por momentos el picante humo del cigarrillo una sedante acción relajadora de su mente en la adolescente que, cerrando sus ojos, dejó de oír todo lo que oía excepto el piano, que era lo único que entonces quería escuchar. No entendía bien, dice el cronista —y posiblemente porque él mismo no entendía a su adolescente—, aquella música, pero tampoco, pensaba, se trataba de entenderlo todo, tampoco se trata de hacer preguntas siempre, además, no deja de ser un tanto estúpido formularse preguntas cuya respuesta sabes de antemano que es imposible, porque de lo que también se trata es, ¡joder!, de vivir, ¿no?, sin preguntas ni respuestas, vivir, sintiendo lo que sientes independientemente de su nombre, para qué hacerse preguntas con respuestas inexistentes, y se levantó de la mesa y, con los ojos cerrados, fue siguiendo la estela de la música y se acercó al piano, se sentó y escuchó y escuchó y escuchó el mundo nuevo que surgía allí, sí, un mundo de mirto en el que mantienen un equilibrio prodigioso el ácido y el dulce y el cálido y el oloroso aroma de penumbra que embriagaban tan cálidamente los oídos. Después de muchos compases, abrió los ojos. No conocía a aquella mujer que estaba sentada junto a ella tocando. Ausente la desconocida, seguía paso a paso por la vereda de la fantasía o de la sonata, qué más daba la palabra, sin apenas moverse, estatua inmóvil, le gustaban a la adolescente los ojos cerrados de la estatua que desgranaba, inexpresiva, expresivos pasos a la fantasía, y los dedos, tallos de mármol acariciando el marfil de las teclas, y el pecho, aroma blanco, y ausente la desconocida, abrió al fin sus ojos de hielo y mar y tornó hacia la adolescente su mirada de frío y rocío pero no se detuvo en ella y siguió explorando todo al mismo tiempo que lo creaba con sus dedos, le gustaban a la adolescente sus cabellos de ébano y azabache surgiendo de una lágrima grande de mármol, a medio camino entre el revuelo y el orden, cabellos de carbón inmóviles y cálidos, e, inexpresiva, volvió la estatua a pasar sobre los de la adolescente sus ojos de ceniza y cristal, fríos como el silencio, y de ellos siguió surgiendo la sonata o la fantasía, ¿importaban acaso las palabras?, y aquella música que se elevaba de la ceniza se convertía también en ella en cristal, y sin apartar de ellos su mirada fueron poco a poco los de la adolescente aumentando su brillo y alcanzaron al fin sus ojos el tacto del mirto y sintió en su pecho el sabor salobre del mar musical que con olas preñadas de espuma y belleza conquistaban sus oídos.

Mucho tiempo después de haber dado la ausente desconocida el acorde final a su fantasía, la adolescente pudo hablar, y le dijo:

—Todavía no he podido leer el *Finnegans Wake*, así que ¿puedes dejármelo?



Sabía que ella no respondería, o si respondía le diría que nadie tiene el libro ni nadie puede, u otras oscuras excusas que pudieran relacionarse con los negros magnolios o los llovedizos tilos del Paseo donde ahora se había paralizado la brisa, o con las pacíficas olas que en el cercano mar, durmiendo ahora el viento, oscilaban como bolas de algodón en la superficie salada de sus aguas, sabía que ella, si le contestaba, le diría que buscara por sí misma y que encontrara y que leyese, y pensando en ello, la adolescente prefirió que la desconocida dejara los labios entreabiertos e inmóviles y que de ellos surgiera solo el discurso de su sonrisa.

Cuenta el cronista que estos hechos narraba que se acercó despacio a ella el gato, y que cuando estuvo a su lado rozó ostensiblemente su lomo contra los tobillos de la adolescente, hecho que la despertó del letargo donde se había metido y del que no era capaz de salir. Lo cuenta con cierto desdén y de forma forzada el cronista, como si el hecho no tuviera la suficiente relevancia, pero a pesar de ello tiene que admitir que el roce del gato en los tobillos de la adolescente fue lo que hizo que ella se fijara mejor en la desconocida y reconociera en ella al otrora adolescente, el cual, cambiando entonces sus frágiles ojos de tembloroso rocío por unos más inquisitivos le preguntó:

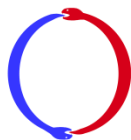
—Dime, cómo te interesa Joyce gustándote tanto Haydn.

—¿Ah, pero se excluyen? —contestó ella tomando al gato de la cara de Orfeo en el mosaico del suelo—. Además —añadió—, no he dicho que me gustase Haydn, creo —y llevándoselo al pecho lo acomodó del modo más natural para que él se hallara cómodo.

Se hallaba cómodo en el pecho de la adolescente el gato, reconoce el cronista, y hubiera allí de buenas ganas despachado un buen sueño si el hambre no se lo hubiera impedido. Qué profundo, pensaba desde su comodidad el gato, qué profundo y largo era hoy el día. Parece no solo un día, sino una existencia. Sí, seguía pensando el felino, nada ha habido antes ni nada creo que habrá después de hoy. Todo esto es ahora, este pecho, este aroma, este sueño, esta hambre. Todo antes era aire, todo después serán huesos.

No hacía de todos modos mucho caso el cronista, que de esto se ocupaba, de la nada desdeñable profundidad de la filosofía de *Plotino*, y casi solo se limitaba a observarle, sí, pensaba el cronista, es un bello animal este, quién lo dudaría, sus ojos verdes, robados a una anaconda, esa mirada suya, usurpada a una boa, tiene tanta belleza como un volcán y más fuerza que un cataclismo, pero a fin de cuentas no pasa de ser un miserable gato, de esto no hay duda, y donde tengo ahora mismo duda es en aquel.

Aquel o aquella pasó con rapidez una página de su piadoso libro y se dispuso a tomar un sorbo de su copa. Pero su copa estaba vacía. Llamó



con un gesto a un camarero y poco después llegó este y le sirvió otra copa. Tomaba vino espumoso, al parecer. Tal vez, vino espumoso dulce. Su copa rellena, la llevó a los labios y degustó largamente el licor en su garganta. Aunque lo degustó de forma mecánica y bastante inconscientemente, pues su mente estaba sumergida en su totalidad en el licor del marqués. Vino espumoso de este, pensaba el cronista, cuánta liturgia, espuma cuánta. Por un momento el cronista, contemplándola o contemplándolo, se sintió caer en la tentación de abandonar su oficio de notario fiel por el de fabulador. Le vino a la memoria Homero. Por qué no, diablos. O Dante. Ah, había tantos ejemplos. Por qué había de estar él tan pegado al suelo. Aunque ¡vaya suelo! No se acordaba de su reciente crisis, cuando estuvo a punto de cerrarlo todo y recoger sus bártulos. Por qué había que historiar siempre. Eran además sus personajes tan prosaicos. Gris, todo barro, sin una pizca de poesía. Este Café era arcilla, arcilla sin vuelo. Se acordó de que había una palabra, *ramplonería*, pensaba, aunque no estaba seguro del todo, que le venía a pelo a todos aquellos desgraciados. Llamó al camarero y pidió también él una botella de vino espumoso.

En la copa límpida, las burbujas viajaban hasta la superficie para explorar tan poéticamente delante de su nariz. Lo probó. Un sutil sabor a pasas. Pero el delicioso tacto del licor en su boca no le despejaba la duda en su mente. Juraría que se trata de una mujer. Pero no se descarta sea un hombre. Pensó que tampoco tenía tanta importancia. En realidad, ninguna. Volvió a beber más vino. Húmedas pasas picantes. Calor, pensó. ¿Importancia?, se preguntó. Ninguna, se respondió. ¿Por qué no fabular?, volvió a preguntarse. Solo se trataba de seguir el paso de la imaginación. ¿Por qué no iba a tener él, como cualquiera otro, licencia para mentir? Bueno, como cualquier otro poeta. Volvió a beber. Una copa entera. La iluminación del Gran Café cambió de pronto a una tenue tela dorada. Es decir, parecía estar uno contemplando en un museo un gran cuadro con un común denominador, el oro. ¿El oro puede ser un denominador común? Bueno, si no era el oro, al menos debía de ser el oropel. Eso era. El Gran Café era un dorado oropel colgado de la pared de algún museo. Iluminado por el crepúsculo. Aquella luz que bañaba con su licor dorado los mares, allá lejos, en la línea de los horizontes. O los valles o las casas. O las montañas. El licor dorado del crepúsculo. Crepúsculo, luz de oro líquido. Volvió a beber.

Al posarla sobre la mesa, la copa tropezó con el borde de la Crónica y se derramó sobre ella dulce licor de pasas picantes. ¿Pasas picantes? Dulces sí, ¿pero picantes? Mejor, doradas. Burbujas doradas con sabor a museo. Vaya desastre, pensó. Mojé todo esto, decía en voz baja. ¿Qué es?, seguía pensando, intentando ver qué parte de la Crónica se había mojado, o perdido, con el vino dulce derramado de pasas picantes. ¡Joder, el borracho del jabalí! ¿Y qué decía aquí? Joder, joder, casi no se puede leer. Ah, sí, era cuando decía aquello, cuánto tiempo, cuando decía aquel borracho, por cierto, dónde estará ahora, se pierde en el sexo, o algo así, porque



también sus palabras estaban mojadas entonces y era difícil leerle el pensamiento, pero al fin algo así, cuánto tiempo se pierde en el sexo, y lo gracioso del asunto es que me sonaba aquello, ya oído, pero joder con las campanas dónde diablos sonarían, y ahora está casi todo esto perdido por las burbujas de oropel dulce de una tela dorada colgada en una enorme pared de un gran museo. Pero todo tiene remedio, y encontraré la torre donde tañen las campanas. Volvió a beber otra copa. Era tan dulce el oro. Y oyó campanas. Era tan dulce el bronce. Sonaba tan bien a oropel crepuscular el crepúsculo. Profundo, sí, entrañable, por qué no decir entrañable, el bronceo son de las campanas. Y hasta podría olvidarme de toda esta caterva de inútiles. Plomo en las alas, conviene quitárselo. Cómo diablos vas a remontar con las alas llenas de plomo. Oí a aquel imbécil decir algo así como que un tal Sigüenza había conseguido crear una joya con humildes materiales. *Humildísimos*, decía. Y tenía además la delicadeza de declarar que no era idea suya. Por supuesto, añadía. Bah, un inútil, que además de no hacer nada, sueña proyectos. Cómo diablos con diablos así vas a engendrar una avecilla que se convierta después en águila que llegue alto. Para empezar, todos estos no tienen, por no tener, ni nombre. Joder, y si yo mismo ni creo en mis personajes. Homero por lo menos amaba a sus héroes. O los envidiaba. Pero desde luego confiaba en ellos. Lo mejor de todos estos, el vino. Espumoso, dulce, picante, tan ligeramente ardoroso, tan tenue su lengua de fuego dulce y espumosa. Por lo demás, él te arranca con sus uñas del corazón el tedio, te calienta el aliento, te acaricia los nervios. Pero estos diablos, mucho más que oscuros, negros, deambulando por ahí ciegos y alimentando con bobadas las calderas de Pedro Botero, estos...

Se sabe con suficiente certeza que en ese momento el cronista que de estos hechos con tanta fidelidad se ocupaba, cerró su húmeda Crónica, cerró asimismo sus no menos húmedos ojos y, también con algo más que suficiente certeza, se sabe que deseó de forma un tanto vehemente que le tragase la tierra.

La tierra, empero, no le tragó entonces, pues para más altos designios que quejarse inútilmente tenía preparado el Destino un más fértil destino para aquel fiel y ahora hundido cronista, sin cuya labor, sin cuyo esfuerzo, sin cuyo sudor se hubieran desvanecido en los vientos los hechos, mucho más que dignos de eterna memoria, que se engendraban y parían en los salones del Gran Café, tanto en el ceterior como en el ulterior. Y, aunque no se sabe de forma fehaciente, se sospecha con cierto fundamento que el abnegado cronista estuvo nadando con ánimo notable y a brazo partido durante más de una borrasca y luchando al mismo tiempo con denodado afán contra las olas adversas del desánimo, y que a la postre cruzó con éxito las aguas negras de la laguna del desaliento para arribar a las cálidas y luminosas arenas de la orilla, donde una alentadora brisa de céfiro le daba la bienvenida con sonrisa abierta.



Así pues, repuesto, lo primero que vio fueron dos mujeres de mediana edad que venían hacia él por el bulevar principal del Gran Café. Su paso era dudoso y estaba preñado de pausa. Al estar ya cerca oyó con claridad que una de ellas, con aire de heroína dramática y tomándole el brazo a la otra, decía:

—Yo es que me quedé pasmada porque, fíjate, me cogió él la mano y me dijo: *¡Mañana no vengas!* Y yo no daba crédito porque, sabes, habíamos *quedado*.

Y la otra mujer, aún más dramáticos los gestos de su cara, decía en paralelo, y sin que supiera el cronista a qué se refería:

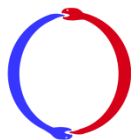
—No puede ser, no puede ser, no puede ser.

Y lo repitió cinco veces más que el cronista tuviera humor de contar, al mismo tiempo que acabada su pausa a su vera, reanudaban dudosas de nuevo su paseo hacia el fondo.

Hubiera quedado pensativo el cronista, si no se lo hubiera estorbado el simpático galope de tres perritos que, al lado de su ventana, en el Paseo, brincaban impelidos por el cosquilleo de la juventud y arrastraban a su dueño, cuyo mejor freno del que disponía para detenerlos era su risa. Paseo abajo, siguieron desbocados persiguiéndose el uno al otro y el otro al de más allá y arrastrando entre todos al riente dueño, hasta que al fin, alrededor de un tilo todos tres hicieron una maraña cuyo resultado no quiso seguir el cronista, pensando, con mucho acierto, que poco heroicos eran aquellos brutos atascados en el tronco de un tilo y que, en consecuencia, tenía él dentro tajo como, por ejemplo, desmadejar los hilos revueltos del ovillo de su Crónica y desnudar los nudos que poco a poco se iban formando.

Para paliar el ligero dolor de cabeza que el espumoso le había espumado en las sienes, no encontró mejor remedio que otra copa con la misma medicina. Había oído tantas veces que al toro había que cogerlo por los cuernos que, aunque él mismo no lo había comprobado nunca, pensaba que ya era hora de hacerlo alguna vez. Aunque no lo esperaba, el licor le arrastró en definitiva las telarañas de las dudas hacia el fondo. Notó cómo sus dudas se deslizaron por sus piernas hacia el suelo y allí, en el vientre de Perséfone, aunque no estaba totalmente seguro que fuera ella, se convirtieron en ceniza.

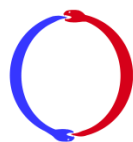
Pasó pronto un grupo de niños sobre ella y la pisotearon, dispersándola al fin en el aire. La medicina ahora no era picante. Ligeramente dulce,



ligeramente ácida, ligeramente cálida, eso sí. Nudos, pensaba. Había varios nudos en su tapiz. Aquel efebo ajedrecista, perdido por ahí. Un buen nudo. Un nudo desnudo. La de la *Flauta*, bartola con un agujero sola. El orador, también perdido, sin hallar lo que busca y sin conseguir lo que no le dan. Vacuidad, pensó. Falso, se dijo. Tapiz no fácil. Oyó entonces pensar al otrora adolescente.

—En realidad —se dijo el cronista— me jode este tío. No sé bien por qué. Porque hay personas que sin que abran la boca o que sin que sepas qué han hecho o qué vayan a hacer, te caen fatal. Y cómo diablos puedes quitarte de encima la sospecha de la idea de que son unos hijos de puta. Incluso es imposible, aunque te demuestren lo contrario. Y este es uno. Podrá decir lo que quiera, pero. Y a lo mejor es un pedazo de pan, pero. Y... ¿no es mejor hacer oídos sordos a los hijos de puta? Por otra parte, este individuo no es muy antiguo en la plaza, ¿no?, o es nuevo, ¿no? Y lo que me extraña es que siendo nuevo atraiga a las moscas. Tal vez tenga un sudor dulce. Bueno, o sea, mierda. ¿No acuden a ella los moscones? Y como la justicia es la moneda más falsa, la miel la bebida más amarga y la felicidad la riqueza más escasa, resulta que el peor tiene, ¡qué cierto es, amigo Job!, más éxito que el mejor.

No pudo seguir el cronista pensando. A parte de la poca tranquilidad de ánimo, a pesar de todos los pesares, que no acababa de enraizarse en él, acabaron de sentarse cerca de su mesa tres personas. Dos de ellas debían de ser sordas, porque la tercera hablaba a voces. Para más inri, las sordas debían ser mudas, porque hablaban tan bajo que no hablaban. Y la tercera infestaba de vozarrones inútiles que oían todos, excepto los destinatarios de los mismos. Para más inri aún, en medio de los vozarrones no viajaba idea alguna.



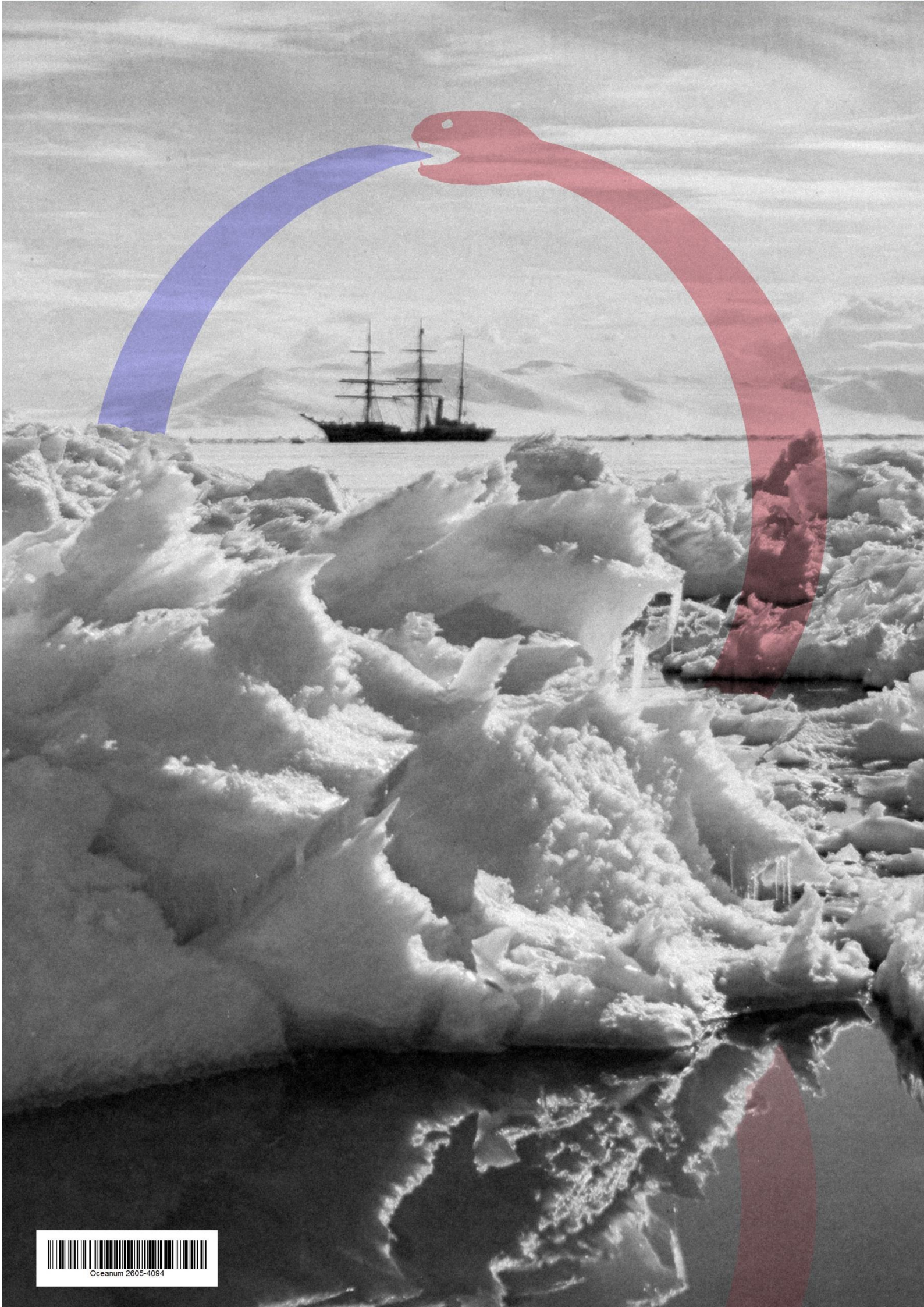
Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada de **Unseen histories**
(remasterizado por Jordan J. Floyd).

24	Antonio Leyva	58	Francisco Sancha
28	Sparganum	94	Rick Hatch
43, 45	Jacques Le Henaff	95	Farid A Qureshi
46	Henrique Pereira	99	Nick Andréka
49	Tiago Ferreira	106	Jean-Pierre Bazard
50	Urcomunicacion	110	Limi Change
51	Elena Ternovaja	117	Anne Nygård
52	Demián Ortiz		

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094